

COLLEGE

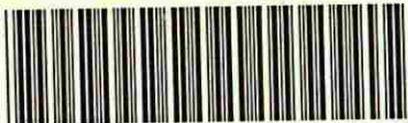
LIBRARY
DE
VIVIAN

25

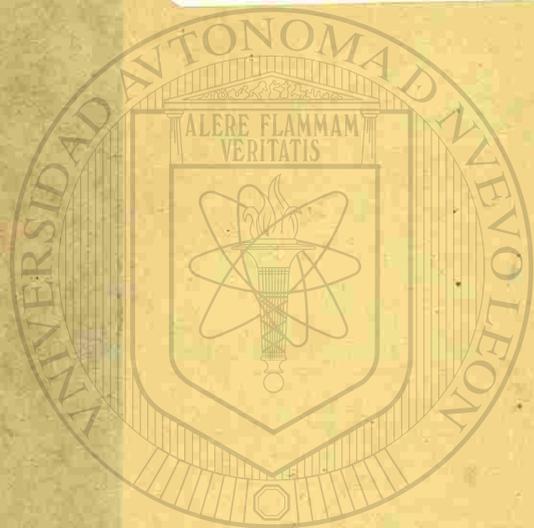
PQ2505

J78

v.2



1020026912

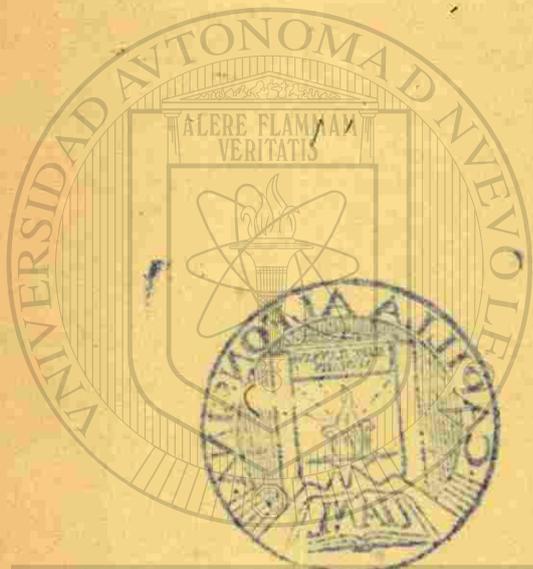


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA ALEGRÍA DE VIVIR.
UANL

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dir. CGP
"ALEG"

Núm.
Núm. Au
Núm. Ac
Procedenc
Precio
Fecha
Clasificac
Catalogo



PQ 2505
J 78
V. 2

EMILIO ZOLA

LA ALEGRÍA DE VIVIR

PRIMERA VERSION CASTELLANA

POR

C. DE TORRE-MUÑOZ

TOMO SEGUNDO

101176

ADMINISTRACIÓN

CALLE DEL CLAVEL, 11, SEG^o y no pronun-
MADRID ce, de su marido,

UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA U
"ALE



843

P. 2503

178

2.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de los Editores.

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

V. 2

Est. tip. de Evaristo Sánchez, San Martín, 2.

I.



ue tremenda agonía!

La señora Chanteau se había calmado, sin que la persiguiese ya el horror al veneno.

Y sin embargo, hablaba sola, incesantemente, con voz clara, con frases rápidas, interminables, y sin levantar de la almohada su cabeza.

Y no se dirigía a nadie, sino que su cerebro, cual máquina que se destornilla, como reloj que se descompone, empujaba a sus labios aquella oleada de palabras, último *tic-tac* de su inteligencia, falta ya de cuerda.

Todo su pasado desfilaba ante ella, y no pronunciaba una frase acerca del presente, de su marido,

de su hijo, de su sobrina, ni tampoco de su casa de Bonneville, donde había estado encerrada su ambición por espacio de diez años.

Hablaba como si fuese todavía la señorita de Vigniere, cuando ella daba lecciones en las casas más distinguidas de Caen; pronunciaba familiarmente nombres que jamás la oyeron ni Paulina ni Verónica; contaba largas historias sin hilación alguna, cortándolas con numerosos incidentes y cuyos detalles no comprendía siquiera la doméstica, aunque hacía muchos años que estaba á su servicio.

Semejante á los cofrecitos de donde se sacan viejas cartas amarillentas, parecía que anhelaba desembarazar su cabeza de tales recuerdos de juventud, antes de espirar.

Paulina, á pesar de su valor, sentía escalofríos ante aquella confesión involuntaria que salía á la superficie con el mismo trabajo de la muerte....

Y ya no era un soplo, un gemido; era una charla aterradora que llenaba todos los ámbitos de la casa.

Lázaro, cuando pasaba por delante de la puerta, oía algunas frases, y las daba cien vueltas para encontrarlas sentido, extraviándose como en una historia ignoraba que su madre refería, desde más allá de la vida, á gentes invisibles.

Cuando llegó el doctor Cazenove encontró á Chanteau y al cura Horteur en el comedor, preparándose á jugar á las damas, y hubiera podido creerse que no se habían movido de aquel sitio y que continuaban una partida empezada la víspera.

Cerca de allí aparecía la Minucha, sentada sobre sus patas traseras, en actitud de estudiar el tablero de damas.

El cura Horteur había llegado muy temprano, para continuar desempeñando su papel de consolador, y Paulina no hallaba ya inconveniente en que aquél subiese á visitar la enferma.

Dejó, pues, su juego el cura, y acompañó al médico en la visita, presentándose á la señora Chanteau como antiguo amigo que sólo deseaba tener noticias directas de ella.

La enferma les reconoció y quiso que se la incorporase en las almohadas, para recibirlos con la tranquilidad de una dama de la buena sociedad de Caen, en medio de su delirio sonriente.

El buen Doctor debía estar satisfecho de ella, ¿no es verdad? ¡Pronto abandonaría el lecho!... Y al cura Horteur le preguntó muy cortésmente por su salud.

Este último, aunque subió con la intención de

cumplir su deber de sacerdote, no se atrevió á decir una palabra, aturdido ante aquella agonía charlatana; y por otra parte, Paulina, que estaba presente, no le hubiera permitido aludir siquiera á asuntos de conciencia.

Cuando los dos se retiraron, la joven les acompañó hasta la meseta de la escalera, y el médico la dió allí instrucciones para los últimos instantes de la enferma.

Y mientras, fluían las palabras de rápida descomposición, con murmullo confuso é ininteligible.

—¿Luego creéis que no pasará de la noche?—
viejas, car...
de...
de...
de...

—Tal vez llegará á mañana—respondió Cazenove;— pero no la levantéis, porque podría quedarse en vuestras manos..... Yo volveré esta noche.

Quedó convenido que el cura permaneciese al lado de Chanteau, preparándole á recibir la noticia de la catástrofe, y Verónica en los umbrales de la puerta escuchaba con terror aquellas disposiciones.

La infeliz, desde que creyó en la posibilidad de la muerte de su señora, no decía una sola palabra, y duplicaba su celo por ella con la abnegación inconsciente de una bestia de carga.

Pero todos callaron al ver á Lázaro que subía, errante por la casa, sin fuerzas para asistir á las visitas del Doctor y conocer con exactitud el peligro.

El súbito silencio con que fué acogido le informó bastante, á pesar suyo, y se puso muy pálido.

—Mi querido amigo—le dijo el médico;—debiais acompañarme, almorzariais conmigo y regresaríamos aquí esta tarde.

El joven palideció más todavía.

—No, gracias—respondió;— no quiero alejarme.

Desde entonces Lázaro esperó, con dolorosa opresión en el alma, como si un cinturón de hierro le oprimiese los costados.

El día se prolongaba, y él no sabía cómo volaban las horas; no se acordaba de lo que había hecho, subiendo, bajando, mirando en lontananza ^{al} mar, cuyo oleaje murmurador lo aturdía; la marcha invencible de los minutos por instantes se materializaba y venía á ser para él como el empuje seguido de una barra de granito que todo lo barría hacia el abismo.

Luego se desesperaba, y habría querido que todo hubiese terminado para descansar de aquella abominable espectáculo.

Hacia las cuatro, subiendo otra vez á su cuarto,

entró bruscamente en el de su madre: quería verla, besarla todavía; mas cuando se inclinó, ella continuaba lanzando la madeja embrollada de sus frases, y no le presentó la mejilla con el movimiento fatigoso que la ahogaba desde su enfermedad.

¡Quizás no le veía! ¡Aquel rostro aplanado, con los labios ya ennegrecidos, no era el de su madre!

—Retírate— le dijo Paulina con dulzura.— Sal de aquí, Lázaro..... Yo te aseguro que aun no ha llegado el momento supremo.

Y Lázaro huyó en vez de subir á su cuarto, y salió de la casa llevando la visión de aquel rostro doloroso que no reconocía.

Su prima le engañaba; el momento iba á llegar; pero él se ahogaba, necesitaba aire y espacio, corría como un loco.

Aquel beso era el último, y la idea de no ver más á su madre, nunca, le sacudía furiosamente.

Creyó que alguno corría detrás de él, y volvióse: reconoció á Mateo, que procuraba alcanzarlo con sus patas pesadas; asaltóle un frenesí rabioso, sin razón alguna; cogió piedras y las arrojó contra el perro, balbuceando injurias, para hacerle volver á casa.

Mateo, sorprendido por tal recibimiento, se alegraba, y luego volvía otra vez, y miraba al joven dul-

emente, con ojos que parecían llenos de lágrimas, y Lázaro no pudo arrojar de su lado aquel pobre animal, que le siguió desde lejos, como para velar por él en su desesperación.

El mar inmenso también le irritaba, y lanzóse rápidamente al campo, buscando los parajes más escondidos, para estar solo y oculto, atravesando por tierras de labor y saltando vallados y cercas, trastornada su cabeza por la misma idea.

Y al regresar extenuado de cansancio, un espectáculo se alzó delante de él para llenarlo de supersticioso espanto: había allí, al borde del desierto camino un álamo solitario, negro, cuya copa iluminaba la luz de la luna con pálidos resplandores, asemejándose á colosal cirio amarillento que ardía en el crepúsculo, á la cabecera de algún gigantesco muerto acostado á través de la campiña.

—¡Vamos, Mateo!—exclamó con voz ahogada.— ¡Vamos! ¡Despachemos pronto!

Y volvió corriendo como había partido, y el pobre perro, que se atrevió á acercarse á él, le lamía suavemente las manos.

Mas á pesar de haber entrado ya la noche no había luz en la cocina, que estaba oscura y desierta, rojo el techo por el reflejo de las brasas del hornillo.

Aquellas tinieblas le aturdieron, y no tuvo valor para ir más lejos: quedóse de pie, extático, en medio del desorden de las cacerolas y las rodillas, escuchando los rumores que hacían estremecer la casa.

Al lado oía una tosecilla de su padre, á quien hablaba el cura Horteur con voz grave y sostenida; mas le asustaron enormemente pasos rápidos que sonaban en la escalera, cuchicheos, murmullo ronco en el piso superior...

No se atrevía á comprender. ¿Era que todo había concluído?

Y quedó inmóvil, sin fuerza para subir y enterarse, cuando vió bajar á Verónica; mas ella corría, encendió una luz y llevósela consigo, y con tanta prisa, que ni le dirigió la palabra, ni una mirada.

La cocina, iluminada un momento, volvió á quedar en tinieblas, y allá arriba las pisadas de la gente se suspendían.

Todavía descendió la doméstica otra vez, para tomar una taza, y siempre con el mismo apresuramiento mudo.

Lázaro no dudó: ¡todo había concluído!

Y entonces, desfalleciendo, sentóse en el borde

de la mesa, y esperó aún en el fondo de aquellas sombras, sin saber á qué, zumbándole los oídos en el gran silencio que reinaba.

Y sin embargo, la suprema agonía de la enferma duraba ya más de dos horas; agonía terrible que asustaba á Paulina y Verónica.

El miedo por el veneno había reaparecido con los últimos hipoes, y la señora Chanteau se levantaba, hablando aún con voz rápida, y agitándose poco á poco en furioso delirio.

Quería saltar del lecho, huir de la casa, donde alguno quería asesinarla.... y la joven y la doméstica apenas lograban sujetarla.

—¡Dejadme! ¡que me vais á matar! ¡es menester que huya! ¡pronto, pronto!

Verónica procuraba calmarla.

—Señora, miradnos.... No nos creáis capaces de haceros daño....

La moribunda, extenuada, respiraba un instante, y quería investigar la sala con sus ojos turbios, que acaso ya no veían.

—¡Cerrad el *secrétaire*! —proseguía. —¡Está en el cajoncito! ¡Ya la veo subir!... ¡Oh! tengo miedo.... os digo que la siento.... No la deis la llave, dejadme partir.... ¡Pronto, pronto!

Y ella golpeaba en sus almohadas, aunque Paulina la sujetaba.

—Tía mía, no hay aquí nadie..... somos nosotras.

—No, no..... ¡Escuchadla! ¡Ahí está!..... ¡Oh, Dios mío! Voy á morir, porque la bribona me ha obligado á beberlo todo..... ¡Voy á morir, voy á morir!

Sus dientes rechinaban, refugiábase en los brazos de su sobrina, á quien ya no conocía, y ésta la estrechaba dolorosamente contra su corazón, cesando de combatir la abominable sospecha.

No podía asistir entonces sino al fin de aquella desorganización, que concluía en el terror; pero ya era tiempo de que su deber terminase, porque ella sentía flaquear su valor para soportarlo todo á la vez.

Felizmente Verónica velaba, y extendió los brazos, murmurando:

— Señorita, tened cuidado.

Aquella era la crisis final: la señora Chanteau con violento esfuerzo había conseguido arrojar sus hinchadas piernas fuera del lecho, y sin la oportuna ayuda de la doméstica, habría caído al suelo.

Un espasmo la sacudía, lanzaba gritos sin articular palabras, apretaba los puños como para luchar con alguien cuerpo á cuerpo, como si se defendiese contra una visión que la oprimía la garganta.

Y en aquel último instante ella debió de comprender que moría.....

Y abrió sus ojos lúcidos, inteligentes, dilatados por el horror, y cruel sufrimiento la obligó á llevar sus manos al pecho.

Después cayó sobre las almohadas, y se tornó amoratada, negra.

Estaba muerta.

*
*
*

Reinó gran silencio.

Paulina, agotadas sus fuerzas, quiso aún cerrarla los ojos, y cuando salió del cuarto, dejando como guarda del cadáver, con Verónica, á la mujer Prouaune, á quien había enviado aviso después de la visita del médico, sintióse desfallecer en la escalera, y tuvo que sentarse un momento en los peñales, sin fuerzas para bajar y anunciar la muerte á Lázaro y á Chanteau.

Parecíale que las paredes daban vueltas alrededor de ella.

Pasaron algunos minutos, y volvió á emprender la marcha; mas oyendo en el comedor la voz del cura Horteur, prefirió entrar á la cocina.

Pero allí percibió la sombría silueta de Lázaro,

que se destacaba en la sombra con el rojizo fulgor del hornillo.

Sin hablar, acercóse á él con los brazos abiertos. Lázaro lo comprendió todo, y se abandonó en los hombros de la joven, mientras ella le apretaba con estrecho abrazo.

Luego se besaron en el rostro, ella con silencioso llanto y él sin derramar una lágrima, que no la encontraba, y tan angustiado que apenas respiraba.

Entonces Paulina aflojó los brazos, y murmuró la primera frase que vino á sus labios:

—¿Por qué estás aquí sin luz?

Él hizo un gesto para indicar que no necesitaba luz en su dolor.

—Es necesario encender una bujía—repuso ella.

Y Lázaro volvió á sentarse, porque no podía tenerse en pie.

Mateo, muy inquieto, había ido á dar una vuelta por el patio, olfateando el aire húmedo de la noche, y al volver, mirando fijamente á los dos jóvenes, fue á colocar su cabeza sobre las rodillas de su amo, y quedó inmóvil, interrogándole, con la mirada fija en los ojos de Lázaro.

Éste comenzó á temblar con la mirada del perro. Bruscamente se le saltaron las lágrimas y estalló

en sollozos, estrechando en sus brazos el cuello de aquel animal doméstico, amado por su madre hacía catorce años, y murmurando entrecortadas frases.

—¡Ah, mi pobre Mateo! ¡pobre Mateo!... ¡Ya no la veremos nunca!

Paulina, á pesar de su turbación, había encontrado y encendido una bujía, y no intentó consolarle, feliz con verle llorar.

Una misión penosa la quedaba: la de advertir á su tío Chanteau; pero como se decidiese á pasar al comedor, donde Verónica había llevado una lámpara al caer el crepúsculo, oyó que el cura Horteur acababa de presentar á Chanteau, por medio de largas frases eclesiásticas, la idea de que su mujer estaba perdida para él, y que sólo era cuestión de horas.

Así, cuando el anciano gotoso vió entrar á su sobrina, trastornada, con los párpados rojos, adivino la catástrofe, y Paulina no tuvo necesidad de hablar.

—¡Dios mío!—tartamudeó el viejo.—Yo no hubiera deseado otra cosa sino verla viva una vez todavía..... ¡Ah, malditas piernas, malditas piernas!

Y no pasó de allí, llorando un poco y exhalando suspiros débiles de enfermo; y luego volvía otra vez

á reñir con sus piernas, á injuriarlas, á maldecirlas, á quejarse como si hubiese temido la inminencia de un acceso de gota.

Discutióse un instante la posibilidad de subir al primer piso, para que pudiera abrazar una vez á la muerta; mas se juzgó que, además de la dificultad de la subida, era inútil procurarle la emoción de aquella suprema despedida, la cual, por otra parte, él no pedía.

Quedó en el comedor, ante el tablero de damas en desorden y relegado al otro extremo de la mesa, no sabiendo cómo situar sus manos de gotoso, no teniendo libre la cabeza (así decía) para leer y comprender un periódico.

Cuando se le acostó, asaltáronle recuerdos lejanos porque lloró mucho.

Dos largas noches y un día interminable pasaron; horas terribles cuando la muerte habita en la casa.

Cazenove sólo había reaparecido para hacer constar la defunción, sorprendido una vez más de tan rápido fin.

Lázaro, que no se acostó la primer noche, estuvo escribiendo hasta mediodía algunas cartas á parientes lejanos.

Había que trasportar el cadáver al cementerio de

Caen para inhumarle en el panteón de la familia; el Doctor se encargó amistosamente de todas las formalidades del entierro, y tuvo que hacer en Bonnevible su penosa declaración, que Chanteau mismo estaba encargado de recibirla, por ser alcalde del pueblo; Paulina, que no tenía traje negro, tuvo que arreglarse con ayuda de viejas faldas y un chal de lana, del que pudo hacerse el corpiño.

La primer noche, y también el día siguiente, lo pasaron todo en la agitación febril de tales ocupaciones; pero la segunda noche fué para ellos eterna, interminable por la dolorosa espera del día inmediato.

Nadie pudo descansar; las puertas estaban abiertas; bujías encendidas se destacaban en los peldaños de la escalera y en los muebles; un olor acre de fénol había invadido hasta las piezas más lejanas de la casa.

Todos estaban encorvados bajo el peso del dolor, con la boca cerrada, los ojos turbios por las lágrimas: sólo sentían la necesidad imperiosa de agarrarse á la vida.

En la mañana siguiente, á las diez, empezó á tocar á muerto la pequeña campana de la iglesia, y por consideración al cura Horteur, que había

plido como afectuoso amigo en aquellas tristes circunstancias, resolvióse celebrar la ceremonia religiosa en Bonneville, antes de llevar el féretro al cementerio de Caen.

Chanteau, desde que oyó los tañidos de la campana, agitábase en su sillón.

—¡Yo quiero verla llevar!— repetía. —¡Ah, infames piernas! ¡qué miseria tener estas miserables piernas!

En vano se intentó evitarle el cruel espectáculo: cuanto más tocaba la campana, más se incomodaba el viejo, y gritaba:

—¡Rodad mi sillón hasta el pasillo! ¡Ya siento que la bajan! ¡Pronto, pronto! ¡Yo quiero verla partir para siempre!

Fué menester que Paulina y Lázaro, vestidos de luto y enguantados ya para asistir al fúnebre acto, le obedeciesen; y uno por la derecha y otro por la izquierda, empujaron el sillón hasta el pie de la escalera.

Cuatro hombres bajaban el féretro, cuyo peso les rompía los hombros; y cuando apareció allí, con su madera nueva, sus agarradores relucientes, su placa de bronce grabada, Chanteau hizo un esfuerzo para levantarse.....

Pero sus piernas de plomo le clavaban, y cayó desplomado en el sillón, trémulo, y agitándose de tal manera que sus mandíbulas rechinaban como si estuviera hablando solo.

La angosta escalera hacía difícil la bajada, y él miraba á la gran caja amarillenta acercarse con lentitud, y cuando llegó hasta él, inclinóse un poco para leer lo que se había inscrito sobre la placa.

El pasillo era más ancho, y los hombres se dirigieron hacia el túmulo colocado delante del vestíbulo; él continuaba mirando, mirando cómo se iban allí cuarenta años de su vida, las cosas de otro tiempo, las buenas y las malas, que deploraba sentidamente, como se deplora la juventud perdida.

Detrás del féretro Paulina y Lázaro lloraban.

—No, no, dejadme— les dijo, cuando ellos se disponían á rodar otra vez el sillón hasta el comedor.

—Idos con ella, que yo quiero ver aún.

Se colocó el féretro en el túmulo; otros hombres llegaron á levantarlo; la comitiva se organizaba en el patio con toda la gente del país.

Mateo, encerrado desde por la mañana, gemía bajo la puerta de su perrera, y Minucha, sentada en la ventana de la cocina, examinaba con apariencias de sorpresa aquella gente y aquella caja que se lle-

vaban, y como no partiesen pronto, la gata, fastidiada, empezó á lamerse el vientre.

—¿Pero tú no vas? — preguntó Chanteau á Verónica, que estaba detrás de él.

—No, señor—respondió la criada, muy pálida.— La señorita ha dicho que me quede con vos.

La campana de la iglesia continuaba tañendo, y el féretro salió del patio, seguido de Paulina y de Lázaro, y negro con la luz del sol.

Y en su asiento de enfermo, por el claro de la puerta del vestíbulo, que había quedado abierta, Chanteau le vió partir.

La complicación de las ceremonias y otros asuntos que hubo necesidad de arreglar detuvieron á Paulina y Lázaro dos días en Caen.

Al regresar, después de una visita al cementerio, el tiempo había cambiado, y tremenda borrasca azotaba las costas; partieron de Arromanches con recia lluvia y con huracán tan fuerte, que la capota del cabriolé estuvo á punto de ser arrancada por el viento.

Paulina se acordaba de su primer viaje, cuando la señora Chanteau la trajo de París; reinaba entonces una tempestad parecida, y su pobre tía la pro-

hibió inclinarse fuera del coche para mirar al mar, y la anudó un pañuelo á la garganta.

Lázaro pensaba también, recostado en su asiento: veía á su madre en aquel camino, impaciente por abrazarle siempre que volvía de sus viajes; recordaba que una vez, en Diciembre, ella anduvo dos leguas á pie para verle más pronto, y tuvo que sentarse precisamente en aquel mismo sitio.

La lluvia caía sin cesar, y la joven y su primo no cambiaron una palabra desde Arromanches á Bonnevillle.

Mas al llegar al pueblo la lluvia cesó, redoblando el huracán su violencia, y fué necesario que el cochero se apease para llevar de la brida al caballo.

Y apenas el coche se había detenido enfrente de la puerta, pasó corriendo el pescador Houtelard, y gritó:

—¡Ah, señor Lázaro! ¡Mala cosa es ésta! ¡Me parece que se quiebra vuestro artificio!

No se podía ver el mar desde aquel ángulo del camino, y el joven, que había levantado la cabeza, vió á Verónica de pie en la terraza, con la vista fija en la playa.

Por el otro lado miraba también hacia allá el cura Horteur, apoyado en la tapia de su jardín, por temor de que el viento le rasgara la sotana.

El Cura se inclinó para gritarle :

—¡Se lavan perfectamente vuestras presas!

Entonces Lázaro bajó á la costa, seguido de Paulina, á pesar del tiempo inclemente, y cuando ambos llegaron á la parte baja, quedáronse estupefactos ante el espectáculo que presenciaron.

La marea, una de las mareas de Septiembre, subía con espantable ruido, aunque no había sido anunciada como peligrosa; pero la borrasca que soplaba desde la vispera por el Norte hinchaba las olas desmesuradamente, y montañas de agua se alzaban en el horizonte y rodaban y se estrellaban en las rocas.

Á lo lejos el mar estaba negro, con el siniestro reflejo de núbarrones de tinta que galopaban por un cielo lívido.

—Vuelve á subir—dijo el joven á la prima;—que yo voy á echar un vistazo á eso, y volveré en seguida.

Pero ella no respondió, y continuó siguiéndole hasta la playa.

Allí sostenían rudísimo combate las presas y la gran estacada que había sido construída últimamente.

Las olas, cada vez más gruesas, brincaban como

carneros, una tras otra, y su ejército era tan numeroso que nuevas masas avanzaban sin cesar; sus espaldas verdosas, sus crines de espuma subían hasta el infinito, cual empujadas por un hálito gigante; luego, en el fragor del choque, aquellos monstruos volaban hechos polvo y caían deshechos en blanca lluvia que el torbellino arrebatava.

En cada uno de aquellos embates rechinaba el maderamen de las presas; una tenía ya rotas sus machones laterales, y la gran viga central, agarrada todavía al fondo por uno de sus extremos, se tambaleaba desesperadamente como tronco inerte cuyos miembros ha cortado la metralla.

Otros dos resistían mejor, no perdiendo sino astillas de las vigas, pero se les veía temblar, fatigarse, adelgazarse en medio del abrazo estrecho y movable de la marejada.

—¡Bien decía yo!—dijo Prouane, que estaba completamente ebrio, recostado en el casco apolillado de una vieja barca.—¡Bien decía yo que sería preciso ver esto cuando el viento soprase de arriba! ¡Bien se burla el mar de las pajuelas de este joven!

Risas de burla acogían estas palabras.

Todo Bonneville estaba allí, hombres, mujeres y niños, muy divertidos con los embates enormes que

recibían las presas: el mar podía tragarse sus casas, es cierto; pero ellos le amaban con medrosa admiración, y habrían considerado como afrenta que el primer *bourgeois* advenedizo le hubiera domado con cuatro maderos y dos docenas de clavijas.

Y esto les excitaba, les enorgullecía como si fuera un triunfo personal.

—¡Atención!— gritaba Houtelard. — Mirad bien aquel cachivache, ¿eh?.... Pues ya le han quitado dos patas.

Llamábanse unos á otros, y Cuche contaba las olas.

—Se necesitan tres, ya veréis..... ¡Una! ésta le esclava..... ¡Dos! ésta le barre..... ¡Ah, la bribona! ¡Dos la han bastado! ¡qué bribona es la insaciable!

Y la palabra *bribona* era como una caricia dedicada al mar.

Hacíanse juramentos muy originales; la chiquillería danzaba cuando una mole de agua más grande caía sobre la estacada y rompía de golpe los travesaños.

—¡Uno más, uno más! A todos sucederá lo mismo; se romperán y estallarán como pulgas de mar bajo el zapato de un chico.

Tal era el espectáculo anhelado, la tremenda batalla decisiva. ¡En fin! ¡las primeras olas, hundiéndose en la armadura de las presas, les hacían reír!

—¡Lástima que no ande por aquí ese joven!— dijo con voz gangosa el tunante Tourmel.— ¡Bien podría ponerse de espaldas sobre ellas para reforzarlas!

Un silbido le hizo callar, porque los pescadores acababan de ver á Lázaro y á Paulina.

Estos, muy pálidos, habían oído todo, y continuaban mirando en silencio.

Poco significaban todavía aquellos maderos rotos; mas la marea debía subir aún por espacio de dos horas, y el pueblo sufriría grandemente no resistiendo la estacada.

El joven tenía cogida á su prima por el talle, y la estrechaba hacia sí mismo para protegerla contra las bruscas ráfagas que pasaban sobre ellos.

Una sombra lúgubre caía del cielo opaco, las olas mugían, y los dos estaban inmóviles, vestidos de riguroso luto, en medio del polvillo de agua volante, en el clamor que se alzaba cada vez más recio.

Alrededor de ellos los pescadores aguardaban, con la boca plegada por burlona sonrisa y animados de inquietud creciente.

—Esto no ha de ser muy largo—murmuró Houtelard.

Pero la estacada resistía, y á cada ola que la cubría de espuma, las maderas negras, cubiertas de alquitrán, reaparecían bajo el agua blanca; pero desde que una pieza se quebró, las más cercanas se aflojaron y se fueron deshaciendo en pedazos.

Hacia cincuenta años que los más viejos no habían visto una marejada tan fuerte.

Bien pronto hubo necesidad de alejarse, porque los maderos arrancados golpeaban á los otros y acabaron de destruir la estacada, cuyos restos fueron violentamente lanzados á tierra.

Ya solo quedaba derecha una de las vigas, semejante á las boyas que se ponen sobre los escollos.

Bonneville cesó de reír, y las mujeres se llevaron á sus hijos, vertiendo lágrimas.

La *bribona* les llamaba: había allí como un estu- por resignado; era la ruina esperada y sufrida en la estrecha vecindad que aquellas gentes tenían con el mar, el cual las alimentaba y también las mataba.

Hubo una desbandada general, un galope de almadreñas y gruesos zapatos; y todos se refugiaron detrás de los muros de guijarros, cuya sola línea protegía aún las casas; pero los maderos cedían ya

las planchas estaban dobladas, las olas enormes pasaban por encima de los malecones demasiado bajos.

Nada resistió: una avalancha de agua se estrelló en la misma casa de Houtelard, rompió los cristales y llenó la cocina.

Aquello fué una derrota completa: sólo el mar quedaba victorioso, barriendo toda la playa.

—¡No vayáis á vuestra casa!—gritaban las gentes á Houtelard. — Id á casa de los Gonin..... Todo ese lado se va á caer.....

Lázaro y Paulina habían retrocedido lentamente delante de la marea, y no siendo posible ningún socorro, volvían á su casa, cuando la joven se paró á mitad del camino para dirigir una ojeada al pueblo amenazado, aplastado entre las rocas y las olas.

—¡Pobres gentes!—murmuró.

Pero Lázaro no les perdonaba sus estúpidas risas: herido en el corazón por aquel estrago, que era para él una derrota, hizo un gesto de cólera, y dijo:

—¡Que se acuesten en esa cama, ya que tanto la quieren! ¡No seré yo tan necio que trate de impedirselo ahora!

Verónica bajaba á su encuentro con un paraguas,

porque la lluvia comenzaba otra vez, y el cura Horteur, siempre al abrigo de la cerca del huerto, les dirigió frases que no pudieron oír: el tiempo abominable, las presas destruidas, la miserable aldea que dejaban en peligro, entristecían más su regreso.

Cuando entraron en la casa les pareció desnuda, helada: sólo el viento atravesaba por las tristes salas con un gemido incesante.

Chanteau, amodorrado delante del fuego de la chimenea, se puso a llorar cuando ellos se presentaron.

Ni uno ni otro subió a cambiar de traje, para huir de los siniestros recuerdos que excitaba la escalera; la mesa estaba dispuesta y la lámpara encendida, y se sirvió en el acto la sopa.

Fué una triste comida la de aquella tarde, en la que las sacudidas profundas del mar, que hacían retemblar las paredes de la casa, cortaban la palabra en los labios.

Cuando se sirvió el té, la criada, que había guardado una actitud misteriosa, anunció bruscamente que la casa de los Houtelard y otras cinco habíanse desplomado, y que igual desgracia amenazaba a la mitad del pueblo.

Entonces Chanteau, desesperado de no haber po-

dido encontrar aún su equilibrio en medio de tantos sufrimientos, la tapó la boca diciendo que él tenía bastante con su propia desventura para oír hablar de las ajenas.

Acostáronse todos poco después rendidos de fatiga; pero Lázaro tuvo luz hasta el alba del siguiente día, y Paulina, inquieta, abrió suavemente la puerta de su cuarto para escuchar más de diez veces, sin que subiese del piso primero sino mortal silencio.

Desde la mañana siguiente empezaron para el joven las horas lentas y dolorosas que siguen á los grandes duelos; despertábase como de un desvanecimiento, ó después de una caída en la que sus miembros quedaban magullados; tenía en su memoria el recuerdo preciso, claro, sin visión alguna, de los sucesos que acababan de pasar; con la turbación de la fiebre, el hecho de la muerte, que él no había presenciado hasta entonces, estaba allí, en su casa, en su pobre madre arrebatada brutalmente en pocos días.

¡El horror del no ser era ya tangible!

Había cuatro personas en la casa, y de repente se veía un agujero, un hueco que se abría, y sólo quedaban tres con los escalofríos del miedo, apretándose

estrechamente para encontrar un poco del calor afectuoso que habían perdido.

¿Luego eso era morir, y morir para siempre, con los brazos trémulos, extendidos hacia una sombra que sólo dejaba de ella un recuerdo espantoso?

Él perdía á su pobre madre en cada hora, en cada instante, siempre que la imagen de la muerte se levantaba ante sus ojos; no había sufrido tanto ni cuando su prima bajó de la cámara mortuoria para arrojarle en sus brazos, ni durante las formalidades crueles del entierro; no sentía la dolorosa pérdida sino después de haber regresado á la casa vacía.

Y su pesar se exasperaba con los remordimientos de no haber llorado más en los instantes de la agonía, cuando algo de la que desaparecía del mundo estaba todavía allí.

El temor de no haber amado bastante á su madre le torturaba, le ahogaba hasta hacerle estallar en sollozos, y evocaba sin cesar á la muerte y estaba anheloso de ver su imagen.

Si subía la escalera, esperaba verla salir de su cuarto, verla atravesar por el pasillo con su rápido paso, y muchas veces se volvía, creyendo oírla, sintiendo en su alucinación que veía una punta de su vestido á través de la puerta.

Por la noche no se atrevía á apagar la lámpara, porque rumores furtivos se acercaban á su lecho; un aliento frío le soplabá en la frente en medio de la oscuridad.

Y la herida, en vez de cerrarse, agrandábase más y más, ya con una sacudida nerviosa al menor recuerdo, ya con la idea de una aparición real y rápida que se desvanecía al punto, dejándole la angustia y el desaliento del jamás.

Todo en la casa le recordaba á su madre: el cuarto, que había quedado lo mismo, sin cambiar de su sitio un mueble; el dedal de costura que se veía en el borde del velador, al lado de un trabajo de tapicería; la aguja del reloj parada en las siete y treinta y siete minutos, última hora de la existencia de su madre.

Primero evitó entrar allí; mas luego, subiendo rápidamente la escalera, una resolución súbita lo empujaba hacia el cuarto, y entraba, con el corazón latándole violentamente, y parecíale que los antiguos muebles, el *secretaire*, el velador, la cama, ¡la cama sobre todo! tenían un aspecto de majestad que les presentaba como otros distintos.

Una mañana, al entrar él, permaneció como extático: las persianas abiertas llenaban la sala de olea-

das de luz; rayos de sol, como brillante y alegre paño de fulgores, cubrían el lecho, hasta las almohadas; los muebles, la chimenea, la misma ventana aparecía guarnecida de flores en todas las macetas y vasos que se había podido encontrar.

Entonces él se acordó de que aquel día era un aniversario, el nacimiento de la que ya no existía, fecha siempre festejada en la casa y de la cual Paulina guardaba el recuerdo.

No había sino pobres flores de otoño, margaritas y rosas pálidas, mustias ya por las heladas; pero tenían todavía el aspecto y el olor de la vida, y resaltaban sus colores en la tristeza de muerte de aquel cuarto.

Aquella piadosa atención de la joven le trastornó conmovido, y lloró mucho.

Y el comedor, la cocina, la terraza estaban llenos del recuerdo de su madre, y la veía allí, en los pequeños objetos, aun en las costumbres que le habían faltado súbitamente.

Todo esto contribuía á su obsesión, y no hablaba, y tenía cierta especie de pudor inquieto para ocultar aquel tormento incesante, aquella rápida conversación mental que sostenía con la muerte.

Y como llegase hasta á no pensar en pronunciar el

nombre de la que ya no existía, hubiérase podido creer que el olvido lo llenaba, que ya no se acordaba de ella, cuando en realidad no pasaba un instante sin tener en el corazón el dolor de los recuerdos.

Solamente la mirada de su prima le adivinaba, y entonces él quería mentir; juraba que había apagado su lámpara á media noche; decía que estaba ocupado en cualquier trabajo imaginario, y se incomodaba si se le hacían más preguntas.

Su cuarto era su refugio, y subía á él para abandonarse, más tranquilo en aquella sala donde había crecido, no teniendo la idea de que nadie le adivinase el secreto de su malestar.

Desde los primeros días intentó salir y dar principio á sus largos paseos, y por lo menos se hubiera librado del silencio antipático de la doméstica y del penoso espectáculo de su padre, abatido en su sillón, no sabiendo en qué ocupar los diez dedos de sus manos; pero sentía repugnancia invencible hacia los paseos, y se fastidiaba fuera de casa, con un fastidio que llegaba al malestar.

El Océano inmenso, con sus eternas ondulaciones, con su flujo obstinado que azotaba las costas dos veces al día, irritábale como una fuerza estúpida, extraña á sus dolores, batiendo sin cesar las

mismas rocas un siglo y otro siglo, sin haber llorado jamás sobre una muerte humana.

Aquello era demasiado grande, demasiado frío para él, y se apresuraba á regresar á casa, á encerrarse en su cuarto, para sentirse menos pequeño, menos humillado entre el infinito del agua y el infinito del cielo.

Un lugar le atraía: el cementerio que rodeaba á la iglesia.

Su madre no estaba en él, pero allí pensaba en ella con tierna dulzura, y se tranquilizaba singularmente á pesar de su terror por la muerte.

Las tumbas yacían entre la hierba, algunos tamarindos habían crecido al abrigo de los muros de la iglesia, no se oía sino el silbido de las gaviotas que se mecían en las alas del viento; y allí se olvidaba de las horas, sin que pudiera ni aun leer los nombres inscritos en las losas funerarias, medio borrados ya por las lluvias del Oeste.

¡Y si Lázaro hubiese tenido la creencia en otra vida! ¡Si hubiese podido creer en que algún día encontraría á los suyos detrás del negro muro de la muerte!

Pero le faltaba este consuelo, por estar demasiado convencido del fin individual de los seres,

muriendo y perdiéndose en la eternidad de la vida; y sin embargo, sentía como una rebelión disfrazada de su *yo*, que no quería acabar de tal manera.

¡Qué alegría volver á empezar otra existencia, entre las estrellas, con los padres y los amigos! ¡Qué dulce sería la agonía del que así lo creyese, gozando en las afecciones perdidas, en los besos del primer encuentro, en la tranquila serenidad de ser inmortales por el alma!

Y él agonizaba delante de esta mentira caritativa de las religiones positivas, cuya piedad oculta á los débiles la verdad terrible. No, no (se repetía), todo acaba con la muerte; ninguna afección renace más allá del sepulcro; el adiós es eterno, para siempre, para siempre.....

¡Y esta palabra tremenda arrebatava su espíritu hasta el vértigo de la nada!

Una mañana, habiéndose detenido Lázaro á la sombra de los tamarindos, vió al cura Horteur en su huerto, separado del cementerio por una tapia muy baja: el buen clérigo, con su blusa gris, sus gruesos zapatos, cultivaba un cuadro de coliflores, y en su rostro, curtido por el áspero viento del mar, con la nuca abrasada por el sol, asemejábase á un viejo campesino encorvado sobre la dura tierra.

Mal pagado por el Gobierno, sin pie de altar en aquella pobre parroquia, habría perecido de hambre sin cultivar por sí mismo legumbres y hortalizas; distribuía en limosnas su poco dinero, y vivía solo, apenas servido por una chieuela, obligado muchas veces á prepararse la comida.

Para colmo de su infortunio, la tierra no valía nada en aquella roca, el viento le abrasaba las plantas, y no era en verdad mucha suerte desgarrarse la sotana en las rocas para tener por toda cosecha unos ajos héticos y escasos.

Y sin embargo, se ocultaba de las gentes cuando vestía la blusa gris, por temor de que se burlasen de la religión.

Lázaro iba á retirarse, cuando le vió sacar del bolsillo una pipa, llenarla con su pulgar y encender con gran ruido de labios; y cuando el cura gozaba con las primeras bocanadas de humo, vió al joven, y con ademán de susto procuró esconder la pipa.

Pero se decidió por reír, y le gritó:

—¡Eh! ¿tomáis el aire? ¡bueno! Entrad aquí, y veréis mi jardín.

Lázaro entró, y el cura dijo alegremente:

—¿Eh? ¿creeréis que soy un disipador? Pues no

tengo más vicio que éste, y éste no es de los que ofenden á Dios.

Desde entonces, fumando ruidosamente, no soltó de la boca su pipa sino para decir alguna frase corta y rápida; el cura de Verchemont le preocupaba, ¡hombre feliz que tenía un jardín magnífico, de terreno feracísimo donde todo crecía! ¡Y ved lo mal que se arreglan las cosas! Aquel cura no daba un solo golpe de azada.

Y en seguida se lamentaba de sus patatas, porque se le secaban hacía dos años, aunque el suelo aquel debiera convenirles.

—Pero no os incomodéis por mí—dijo Lázaro—y continuad vuestro trabajo.

El cura volvió á empuñar su podadera.

—A fe mía que nome haré rogar..... pues los galopines de la aldea van á venir dentro de poco para aprender el Catecismo, y antes tengo que dejar arreglado este cuadro.

Lázaro tomó asiento en un banco de piedra, alguna antigua losa sepulcral adosada á la tapia del cementerio; miraba al cura Horteur como separaba de la tierra los guijarros, y escuchábale al mismo tiempo hablar con su voz aguda de un niño viejo; llegó á tener envidia de verle así, tan pobre y tan

sencillo, con la cabeza fuera y sin la concupiscencia de la carne.

Para que el Obispo hubiese dejado á aquel hombre en tan miserable curato, envejeciendo, era necesario que se le considerase como dotado de grande inocencia de espíritu; y además, porque era de los que no se quejaban, y cuya ambición está satisfecha cuando tienen pan que comer y agua que beber.

—Pues no es alegre vivir entre estas cruces de muertos—dijo el joven.

El cura, sorprendido, levantó la cabeza y dejó caer la azada.

—¿Cómo que no es alegre?

—Cabal. ¡Siempre tenéis la muerte delante de los ojos, y todas las noches soñaréis con ella!

El cura se quitó de la boca la pipa y escupió.

—Por mi fe, que jamás he soñado con ella. ¡Todos estamos en las manos de Dios!

Y volvió á coger la azada, hundiéndola en la tierra con fuerte empuje de su pie.

Sus creencias le defendían contra el miedo, aunque no creía más allá del Catecismo: se moría y se volaba al cielo. ¡Nada menos complicado ni más tranquilizador!

Y sonrió con noble franqueza, porque la idea fija

de la salvación había bastado para llenar su angosto cráneo.

A partir de este día, Lázaro entraba casi todas las mañanas al huerto del cura; sentábase en la misma vieja piedra; olvidábase de sí mismo al ver cultivar sus legumbres al buen Horteur, tranquilizado ante la ciega inocencia de aquel hombre que vivía de la muerte sin tener un escalofrío.

¿Por qué no se volvería él tan niño como aquel anciano clérigo?

Latía en él, en su fondo íntimo, la esperanza secreta de volver á encontrar la fe desaparecida, por virtud de sus conversaciones con un hombre tan sencillo, cuya tranquila ignorancia le encantaba.

Él mismo llevó una pipa; los dos juntos fumaban, hablando de los insectos que se comían las hortalizas ó del estiércol que costaba muy caro, porque el cura hablaba pocas veces de Dios, inspirado en la tolerancia y en su experiencia de viejo confesor, pues después de treinta años de advertencias y consejos inútiles, se había reducido al cumplimiento estricto de su ministerio, con la caridad bien ordenada del campesino, que comienza por él mismo.

Aquel joven era muy amable, y no queriendo reñir con él ni luchar contra las ideas de París, pre-

30855

fería hablarle de su jardín; mientras Lázaro, zumbándole en la cabeza tantas palabras inútiles, se consideraba á veces como cerca de los dichosos tiempos en que su nodriza le refería leyendas maravillosas, y en que no tenía miedo.

Pero las mañanas se sucedieron, y Lázaro se encontraba por la noche en su cuarto con el recuerdo de su madre, y sin tener valor para apagar la lámpara.

Su fe estaba muerta.

Un día, estando con el cura Horteur sentado en la piedra funeraria, y fumando ambos, este último escondió su pipa al oír ruido de pasos detrás de los perales del huerto.

Era que llegaba Paulina en busca de su primo.

—El doctor está en casa—dijo ella—y le he invitado á almorzar con nosotros. Irás en seguida, ¿verdad?

Y sonreía, porque vió la pipa en el banco, detrás del cura, y éste la cogió en seguida, riéndose con la franca risa que tenía cada vez que cualquiera le encontraba fumando.

—Esto es demasiado estúpido—exclamó—porque se podría creer que estoy cometiendo un crimen.... ¡Ea! voy á encenderla delante de vos.

—¿Pero no sabéis, señor cura—respondió Paulina alegremente—que vais á venir á almorzar con nosotros y el doctor? Pues bien: allí la fumaréis, á los postres.

Y el cura entusiasmado gritó:

—¡Decís bien! ¡Acepto! Id delante, que voy á ponerme la sotana. ¡Y llevaré mi pipa, palabra de honor!

Aquel almuerzo fué el primero en que resonaron otra vez algunas risas en el comedor; el cura Horteur fumó en los postres, con grande alegría de los comensales, y Chanteau, que había comido en abundancia, parecía muy satisfecho por el soplo de vida que volvía á circular en su casa.

El doctor Cazenove contó historietas de salvajes, y Paulina, radiante de alegría, feliz con aquellos ruidos de vida, gozaba con la idea de que la distracción disipase el sombrío humor de Lázaro.

Desde entonces la joven quiso secundar las comidas de los sábados, interrumpidas por la muerte de su tía; el cura y el médico asistieron puntualmente; la antigua existencia volvía con regularidad á la casa, hasta el punto de que el viudo declaraba que sería capaz de bailar sin la maldita gota que le embargaba las piernas.

Solamente Lázaro quedaba aún desarreglado, con sus malas palabras cuando hablaba y temblando por modo súbito en medio de tales demostraciones de locuacidad.

Un sábado por la noche, cuando se estaba comiendo el asado, el cura Horteur recibió aviso de ir á auxiliar á un agonizante.

No apuró su vaso el buen clérigo: salió en el acto, sin escuchar al doctor, que había visto al enfermo antes de ir á comer, y le aseguró que hallaría muerto al desdichado.

Criticósele como pobre de espíritu, y el mismo Chanteau dijo:

—¡Ese cura tiene días en que no está muy fuerte!

—Pues ya quisiera yo verme en su lugar—dijo Lázaro brutalmente;—porque es más feliz que nosotros.

El doctor se echó á reír.

—¡Puede ser!—dijo.—Pero Mateo y la Minucha son también más felices que nosotros. ¡Ah! Reconozco en eso á nuestros jóvenes de hoy, que han desflorado las ciencias y están por eso enfermos, porque no han podido satisfacer en ellas las viejas ideas de lo absoluto, bebidas con la leche de sus nodrizas. Vos quisierais encontrar en las ciencias, re-

pentinamente y en conjunto, la mayor suma de verdades, cuando nosotros apenas las delectamos, cuando ellas no serán acaso nunca sino un eterno recuerdo..... Y vos las negáis, y os acogéis á la fe, que no quiere nada de vos, y caéis en el pesimismo..... Sí, esa es la enfermedad del fin del siglo: ¡sois Werther arrepentido!

Y se exaltaba, porque eso era su tema favorito.

Lázaro en sus discusiones exageraba la negación de toda certidumbre, y su creencia en el mal final y universal.

—¿Cómo vivir—preguntaba el joven—cuando en todas horas las cosas de la vida estallan bajo los pies?

El médico tuvo un arranque de pasión juvenil.

—¡Pero vivis! ¿No es ya bastante vivir? ¡La alegría está en la acción!

Y dirigiéndose á Paulina, que escuchaba sonriendo, añadió:

—Vamos, decidle qué es lo que vos hacéis para estar siempre contenta.

—¡Oh! ¿yo?—respondió ella con acento de burla.

—Pues procuro olvidar, por temor de incurrir en tristeza, y pensar en el prójimo..... Esto me ocupa y me obliga á llevar el mal con paciencia.

La respuesta irritó á Lázaro, quien sostuvo que las mujeres debían tener religión; y aparentaba no comprender por qué su prima había dejado de ir á la iglesia hacía largo tiempo.

Ella le dió explicaciones muy tranquilamente.

—Pues es bien sencillo! La confesión me hiere, y creo que muchas mujeres están en igual caso que yo.... Además, no puedo aceptar como verdaderas cosas que no comprendo. ¿Por qué he de mentir fingiendo aceptarlas? Por último, lo desconocido no me inquieta, porque tiene que ser lógico, y lo mejor es aguardarlo con la mayor alegría posible....

—Callaos, que viene el cura—interrumpió Chanteau, á quien esta conversación fastidiaba.

El enfermo había fallecido, y el cura volvía á acabar tranquilamente la comida, á la que puso remate con una copa de *chartreuse*.

**

Paulina había tomado la dirección de la casa, con la madurez sonriente de una buena mujer de gobierno.

Todas las compras y hasta los menores detalles pasaban fiscalizados por su mirada, y el manojito de llaves colgaba de su cintura, y esto lo hacía con na-

turalidad tan perfecta, que la misma Verónica no pareció incomodarse.

No obstante, la doméstica mostraba más aspereza desde la muerte de la señora Chanteau: parecía como que se operaba en ella un nuevo trabajo, una vuelta de su antiguo cariño hacia la muerte, mientras que sentía cierta silenciosa desconfianza delante de Paulina.

Si ésta la hablaba con dulzura, ofendíase con la menor palabra, y se la oía quejarse largamente en la cocina; y cuando pensaba así, en voz alta, después de obstinado silencio, siempre reaparecía en ella el estupor de la catástrofe.

¿Sabía acaso que la señora iba á morir?

Si lo hubiese sabido, no habría dicho nada de lo que dijo. ¡La justicia ante todo! No se debía matar á las gentes, aunque las gentes tuvieran defectos....

Pero ella se lavaba las manos después de tales reflexiones, y tanto peor para la persona que era la verdadera causa de la desgracia.

Mas tal seguridad no la tranquilizaba por completo, y continuaba gruñendo sola, luchando contra su imaginaria falta.

—Pero ¿qué es lo que devanas en tu cabeza?—la

preguntó Paulina un día.—Hemos hecho nuestro deber, y con la muerte nadie puede.

Verónica meneaba la cabeza.

—¡Dejadme en paz, que no se muere así!.... La señora era lo que era; mas ella me acogió muy pequeña, y me cortaría la lengua si yo pensase haber tenido alguna parte en esta desgracia..... No hablemos más, porque esto acabaría mal.

La palabra casamiento no había sido pronunciada una vez entre Lázaro y Paulina.

Chanteau, al lado del cual se sentaba á coser Paulina para distraerle, se arriesgó una vez á hacer alusión á la boda, anhelando realizarla cuanto antes, ya que el obstáculo había desaparecido.

Y era además que sentía la necesidad de guardar á Paulina en su casa, por el terror de caer en manos de la criada, si él la perdía para siempre; mas Paulina le dió á entender que no se podía decidir nada antes de pasar el luto riguroso.

Y no solamente las conveniencias sociales la daban esta resolución prudente, sino que contaba con pedir al tiempo la respuesta á una pregunta que no se atrevía á dirigirse ella misma: Luisa sorprendida y arrojada de la casa; sus amores destruidos; su existencia tal vez cambiada.....

¿Qué resolver ahora? ¿Se amaban ellos todavía? ¿Su matrimonio sería posible y razonable?

Todo esto flotaba en el aturdimiento súbito que les había dejado la catástrofe, sin que ni ella ni él tuvieran impaciencia para resolverlo con brusca solución.

Pero en Paulina se había suavizado mucho el recuerdo de la injuria: ella perdonó hacia largo tiempo, dispuesta á poner sus dos manos en las de Lázaro el día en que él se arrepintiera; y esto no lo deseaba por el triunfo celoso de verle humillarse, sino pensando en él, y sin querer obligarle al matrimonio si no la amaba.

Toda su zozobra consistía en esta duda: ¿Pensaba él todavía en Luisa, ó la había olvidado para volver de nuevo á su antiguo afecto de la niñez?

Y ante la idea de renunciar á Lázaro, más bien que á la de hacerle desgraciado, su corazón y su carne se rebelaban con dolor; ella contaba con tener fuerzas para ello, mas esperaba morir en seguida.....

Desde la muerte de su tía, un pensamiento generoso la asediaba: reconciliarse con Luisa.

Chanteau podía escribirla, y ella misma añadiría en la carta una palabra de olvido. ¡Estaba tan sólo, tan triste, que la presencia de aquella niña grande sería una distracción para todos!

Además, después de tan ruda sacudida del infortunio, el pasado le parecía muy antiguo, y aun tenía remordimiento de haberse mostrado tan violenta.

Pero cada vez que intentaba hablar de eso á su tío, impedíasele cierta especie de repugnancia.

¿No era acaso arriesgar su porvenir, tentar á Lázaro y perderle?

Tal vez ella habría tenido valor y altivez suficientes para someterse á tal prueba, si ésta no envolviese como cierta subversión de la idea de la justicia. ¡La traición sola era imperdonable!

Y por otra parte, ¿no era bastante ella para rehacer la alegría en la casa? ¿Pues para qué llamar á una extraña, cuando ella misma se desbordaba de ternura y de abnegación?

Sin saberlo, sin conocerlo siquiera, había orgullo en su abnegación, y halagaba su espíritu con la esperanza de ser la única dicha de los suyos.

Desde entonces comenzó el gran trabajo de Paulina. ¡Cómo se aplicó y se ingenió para hacer la felicidad de la casa! ¡Jamás había mostrado tanta valentía con su buen humor y su bondad!

Todas las mañanas, al despertarse sonriendo, ponía formal empeño en ocultar sus propias miserias

para no aumentar las de los otros; desafiaba á las catástrofes con su dulzura en la vida; estaba siempre con perfecta igualdad de carácter, y desarmaba á las malas voluntades; fuerte y sana como un árbol joven, la alegría que reinaba alrededor de ella era como vivo destello de su salud.

El principio del día la encantaba, por el placer de cumplir en el mismo día lo que había hecho en el anterior, y esperando sin impacencias al día siguiente; y si la doméstica gruñía aún, asaltada por caprichos bruscos, delante del hornillo de la cocina, una vida nueva arrojaba de la casa al dolor, las risas de otras veces resonaban en las salas y subían alegremente por el hueco de la escalera sonora.

El tío estaba encantado, porque aborrecía la tristeza.

Él, siendo su existencia abominable, agarrábase á la alegría con el desesperado abrazo del enfermo que quiere vivir aun con el dolor, y si cada día que pasaba era una victoria en la vida, pareciale que su sobrina calentaba la casa como tibio rayo del sol entre cuyos resplandores no se podía morir.

Mas Paulina tenía un pesar: Lázaro huía de todos sus consuelos.

Inquietábase al verle caer en su humor sombrío,

y adivinaba que en el fondo de su alma, aunque latía dolor por su madre, brotaba con recrudescencia el espanto de la muerte, agrandado con el temor de una enfermedad hereditaria.

¡Él también moriría por el corazón! ¡Él tenía la certidumbre de un fin trágico y prematuro!

Y á cada minuto se escuchaban los latidos con tal excitación nerviosa, que oía andar todas las ruedas de su máquina: las contracciones penosas del estómago, las secreciones rojizas de los riñones, los calores irritantes del hígado.... Y por encima del ruido de los otros órganos del cuerpo, saltaba el ruido violento y ronco del corazón, que sonaba como badajo de una campana en cada uno de sus miembros, hasta en la punta de los dedos.

Si ponía el codo en la mesa, su corazón latía en el mismo codo; si apoyaba la nuca en el respaldo de una butaca, su corazón latía en la nuca; si se sentaba, si se echaba, si andaba, su corazón latía en los muslos, en las caderas, en el vientre. ¡Siempre y siempre aquel ruido del corazón le media lentamente la existencia con el rechinar de un reloj que se destornilla!

Y entonces, en la obsesión del estudio incesante que hacía en su propio cuerpo, creía que todo habría

de romperse, que sus órganos se gastaban y rompían en pedazos, que su corazón crecía como un monstruo, destruyendo él mismo la máquina con recios martillazos.

Aquello no era vivir, escuchándose vivir de tal modo, temblando siempre por la fragilidad del mecanismo, esperando el grano de arena que debía ser bastante para destruirlo.

Así las angustias de Lázaro se habían aumentado.

Y no era sólo, como otras veces, que la idea de la muerte pasase por su rostro y le helase la carne: ahora no se atrevía siquiera á dormir, por el temor de no despertarse más; aborrecía el sueño; tenía horror de sentir que su ser desfallecía, al caer de la vigilia, del insomnio, en el vértigo de la nada.

Y luego su brusco despertar le sacudía más aún, cual si una mano colosal le hubiese agarrado por los cabellos, y sacándole de la hondura negra del no ser le hubiese arrojado otra vez á la vida, con el terror balbuciente de lo desconocido, de donde le sacaba.

— ¡Dios mío, Dios mío! ¡Es necesario morir! — pensaba.

Y cada noche su tormento era tan grande, que él prefería no acostarse, hasta que la luz del alba arrojaba de su lecho el miedo á las tinieblas.

Algunas veces, no obstante, Lázaro pasaba dos ó tres días sin ser visitado por la muerte.

Una mañana Paulina encontró en el cuarto del joven un almanaque señalado con infinidad de rasgos hechos con lápiz rojo, y sorprendida, le preguntó:

—¡Toma! ¿qué marcas así?..... ¡Pues apenas hay fechas señaladas!

Y él respondió tartamudeando:

—¿Yo?..... Yo no marco nada..... Yo no sé.....

Ella replicó jovialmente:

—¡Bah! yo creía que sólo las muchachas confiaban á los calendarios ciertas cosas que no se dicen á nadie..... ¡Ah! si es que piensas en nosotras todos esos días, confieso que eres muy amable..... ¿Conque tienes tantos secretos?

Y como él se turbase más con cada palabra, la joven tuvo la caridad de callar: ella había visto pasar una sombra por la frente pálida del hombre, la sombra del mal oculto que ella no podía curar de ningún modo.

Hacia algún tiempo que le subyugaba una nueva manía: en la certidumbre de su fin próximo, no salía de su cuarto, no cerraba un libro, no se servía de cualquier objeto sin creer que aquello era el últi-

mo acto de su vida, y que ya no volvería á ver ni el objeto, ni el libro, ni el cuarto, y había adquirido la costumbre de despedirse de todas las cosas, la necesidad indeclinable de volver á cogerlas, de verlas otra vez.

Esto se mezclaba con ideas de simetría: tres pasos á la izquierda y tres pasos á la derecha; igual número de sillas ó de muebles en cada lado de la chimenea ó de la puerta..... Y con la idea supersticiosa que cierto número de tactos en los objetos, cinco y siete, por ejemplo, hechos de particular manera, impedían que la despedida de ellos fuera definitiva.

Á pesar de su viva inteligencia y de su negación de lo sobrenatural, practicaba con docilidad de bruto aquella religión imbécil, y la disimulaba como una enfermedad vergonzosa: aquello era la revancha del desarreglo nervioso del pesimista y del positivista que declaraba creer únicamente en el hecho, en la experiencia.

Y era divertido verle.

—¿Qué tienes para taconear tanto?—gritaba Paulina.—Trés veces seguidas vas y vienes al armario para tocar la llave..... Déjala quieta, que no se escapará.

Por la noche, apenas acababa de acostarse, antes de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

retirarse, alineaba las sillas por orden determinado; hacía abrir y cerrar las puertas varias veces; entraba luego para imponer sus manos, la derecha después de la izquierda, en la obra maestra de su abuelo.

Paulina le esperaba al pie de la escalera, y acababa por reírse de él.

—¡Qué monomaniaco serás á los ochenta años! Déjame que te pregunte: ¿crees que es razonable atormentar así las cosas?

Una mañana le sorprendió besando siete veces la cabecera del lecho donde había espirado su madre, y ella adivinó la tortura que envenenaba la existencia de Lázaro.

Cuando él palidecía al leer en cualquier periódico una fecha futura del siglo xx, ella le miraba con tan profunda compasión, que le hacía volver la cabeza: sentíase entonces comprendido, y corría á ocultarse en su cuarto con el pudor confuso de mujer á quien se sorprende en su desnudez.

¡Cuántas veces él mismo se había llamado cobarde! ¡Cuántas había jurado luchar contra su mal! Entonces razonaba, y miraba á la muerte cara á cara, y para retarla, en lugar de velar en un sillón, se echaba al punto en su lecho: ya podía venir la muerte, que él la consideraba como una fortuna.

Mas en seguida los latidos de su corazón le llevaban sus juramentos, el soplo frío helaba su carne, y extendía las manos lanzando su habitual alarido:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Es necesario morir!

Y aquellas recaídas dolorosas le llenaban de vergüenza y desesperación.

Paulina, sin embargo, quería vencer, en el orgullo de su abnegación: ella conocía el mal; ella procuraba inspirar valor á Lázaro haciéndole amar la vida.

Imagino primero atacarle de frente, volviendo á empezar sus antiguas burlas de chiquilla sobre la *villana bestia del pesimismo*.

¿Qué era eso? Pues era ella quien ahora decía la misa al gran santo Schopenhauer, mientras él, como todos los farsantes pesimistas, consentía en hacer saltar el orbe con un petardo, rehusando absolutamente encontrarse en la danza.....

Estos sarcasmos le sacudían con risa tan mortificante, y él parecía sufrir tanto, que la joven no volvió á insistir.

En seguida intentó consuelos como si fuese un niño, y se esforzó en presentarle un medio amable, de paz riente, de afección fraternal: siempre la veía él dichosa, fresca, alegre, gozándose en la vida; la

casa estaba inundada de sol; no había sino dejarse vivir.

Y él no podía, porque aquella felicidad sonriente exasperaba más todavía su miedo al más allá.

Ella entonces recurrió á la astucia, pensando en lanzarlo á alguna ocupación grave que le aturdiere, y cada día, cada hora multiplicaba así las tentativas, sin retroceder ante el mal éxito, mientras él, lanzado de la misma ociosidad, sin gusto para nada, hasta no quería leer y dejaba pasar los días aniquilándose.

Un día Paulina tuvo esperanzas.

Había ido á dar un paseo por la playa, cuando Lázaro, pasando por delante de las ruinas de las presas y la estacada, de la cual todavía quedaban algunos pies derechos, se puso á explicar un nuevo sistema de defensa, de absoluta resistencia, según él aseguraba: todo consistía en duplicar el grueso, y dar al poste central una inclinación más pronunciada.

Y como él hubiese recobrado, explicando tales detalles, su voz vibrante, sus ojos resplandecientes, ella le instó para ponerse á la obra, porque su principal deseo era empujarle á la acción, aunque allí se consumiese el resto de su fortuna.

Pero él se encogió de hombros.

¿Para qué? Precisamente había palidecido en aquel instante, por asaltarle la idea rápida de que si él empezaba tal trabajo, probablemente moriría antes de haberlo terminado.....

Y por lo mismo, á fin de ocultar la turbación, invocó su rencor contra los pescadores de Bonneville.

—¡Valientes brutos! ¡Ellos se han burlado de mí cuando la bribona les amenazaba! Pues bien: que se los trague, que acabe con el pueblo, y ya no volverán á reírse de mis pajuelas, como decían.

Paulina dulcemente procuraba calmarlo.

¡Eran tan desgraciadas aquellas gentes!

Desde la marea que se había tragado la casa de los Houtelard, la más sólida del pueblo, y tres ó cuatro chozas de pobres, la miseria aumentaba.

Houtelard, antes el más rico de la aldea, se había instalado en una granja abandonada; pero los otros pescadores, no teniendo casa donde albergarse, acampaban en la playa bajo unas covachas que construyeron con viejas barcas, y las limosnas de la comarca se empleaban en aguardiente.....

Aquellos miserables vendían todo su ajuar, y sus vestidos para comprar litros del terrible *calvados*,

que les embrutece y les dejaba tendidos, como muertos, á través de las puertas.

¡Sólo Paulina les defendía siempre!

El cura les había abandonado; Chanteau hablaba de hacer dimisión de la alcaldía, por no estar al frente de aquella piara de puercos; Lázaro, cuando su prima le instaba á compadecerse del pobre pueblo, repetía el perpetuo argumento de su padre:

—¿Quién les obliga á vivir en él? No tienen más sino construir su vivienda en otra parte. ¡Verdaderamente es muy estúpido eso de vivir pegados casi bajo las olas!

Todo el mundo se hacía igual reflexión; y los pescadores que habían nacido allí, ¿por qué no marcharían á otra parte?

Y esto duraba hacía ya siglos y siglos, y como decía Prouane cuando estaba ebrio:

—¡Es menester que alguien nos trague!

Paulina redoblaba sus cuidados y distribuía socorros con largueza, habiendo sentido la alegría de asociar á Lázaro en sus obras de caridad, esperando distraerlo, conducirlo por el ejercicio de la piedad al olvido de sí mismo.

Todos los sábados quedaba él con su prima: los

dos recibían, de cuatro á seis de la tarde, á sus amiguitos pobres de la aldea, aquella larga cola de niños en harapos, cuyos padres les enviaban á pedir una limosna á la señorita.

Un sábado, como lloviese mucho, Paulina no pudo hacer su repartición de socorros en la terraza, según su costumbre, y Lázaro instaló un banco en la cocina.

—¡Cómo, señor!—exclamó Verónica.—¿Es que la señorita piensa en meter aquí toda esa canalla por-diosera? ¡Pues vaya una idea! Si queréis encontrar piojos hasta en la sopa.....

La joven entraba entonces con un taleguillo de dinero y su caja de medicinas, y la contestó riendo:

—¡Bah! antes de que suceda eso, ya darás una escobada..... ¿No ves qué lluvia tan fuerte? ¡Los pobres niños estarán caladitos hasta los huesos!..... Y además, el agua les habrá lavado lindamente.....

En efecto, los primeros que entraron tenían el rostro sonrosado y limpio por la lluvia, pero estaban tan empapados, que chorros de agua caían de sus guñapos sobre las baldosas de la cocina, lo que aumentaba el mal humor de Verónica, y más aún cuando la señorita la rogó que encendiese un buen fuego para que los muchachos se calentasen y secasen.

Paulina se había sentado delante de la mesa, teniendo al alcance de las manos el dinero y los otros donativos, y se disponía á llamar á los niños uno á uno, cuando Lázaro, que estaba de pie, al ver entre ellos al hijo de los Houtelard, grito con enojo:

—¡Te había prohibido volver aquí, gran pillo! ¿Pero tus padres no tienen vergüenza para enviarte á mendigar, ellos que tienen que comer, habiendo tantos infelices que perecen de hambre?

El hijo de Houtelard era un chico de quince años, muy alto y delgado, de triste y tímido aspecto, que se echó á llorar.

—¡Me pegan cuando no vengo!— dijo —La mujer agarra una cuerda y papá me empuja afuera.

Y se levantó la manga para enseñar una gran contusión amoratada que le había producido la cuerda de nudos.

La mujer aquella era la antigua criada del padre, quien se casó con ella al quedar viudo, y la cual mataba al chico á fuerza de latigazos.

Ahora vivían en una cloaca, y se vengaban en el pobre muchacho.

—Ponle en ese brazo una compresa de árnica— dijo Paulina dulcemente á Lázaro.

Y ella dió al chico una moneda de cinco francos.

— Toma, dales esto para que no te peguen, y diles que si continúan pegándote, si el sábado próximo trae señal de golpes en tu cuerpo, no les daré ni un céntimo.

Los otros pequeños, sentados á lo largo del banco, y alegres por el buen fuego que les calentaba las espaldas, se burlaban de aquello, dándose con los codos, mientras sus vestidos humeaban y gruesas gotas caían de sus pies desnudos.

Uno de los galopines más pequeños había cogido una zanahoria cruda, que estaba comiendo furtivamente.

—Cucho, levántate— dijo Paulina. —¿Has dicho á tu madre que cuento con obtener dentro de poco su admisión en los Incurables de Bayeux?

La mujer Cucho, aquella miserable abandonada que se prostituía á todos los hombres en los rincones de las calles, se había roto una pierna en el mes de Julio, y vivía contrahecha, cojeando lastimeramente, sin que su repugnante fealdad, aumentada por tal dolencia, hiciese retroceder á su ordinaria clientela.

—Sí, se lo he dicho— respondió el chiquillo con voz enronquecida; —pero ella no quiere.

—¿Cómo que no quiere?— gritó Lázaro. —Y tú

tampoco quieres, gandul; porque te dije la semana última que vinieras á trabajar en mi huerta, y hasta ahora te estoy esperando.

—Es que no tengo tiempo.

Entonces intervino Paulina, temiendo que su primo se arrebataste.

—Siéntate—dijo al muchacho—y espera, que hablaremos en breve. Procura reflexionar ó me incomodaré yo también.

Llegó el turno á la pequeña Gonin.

Era ésta una chicuela de trece años, que guardaba su lindo rostro bajo un bosque enmarañado de rubios cabellos, y antes de ser interrogada contó que la parálisis de su padre le subía ya á los brazos y á la lengua, porque sólo exhalaba el pobre diablo unos gruñidos que parecía una fiera; y el primo Cuche, aquel antiguo marinero que le había quitado la mujer, la mesa y el lecho, instalándose él como dueño de todo, se había arrojado sobre el viejo en la mañana del mismo día, con intención de rematarle.

—Madre también le pega—continuó la niña.—Por la noche se levanta en camisa, con el primo, y arroja vasijas de agua fría sobre papá, porque él gime con fuerza, y esto les incomoda..... ¡Si vieséis

cómo le han puesto! Está desnudo, señorita, y necesitaría un poco de lienzo.....

—Está bien..... ¡cállate!—dijo Lázaro interrumpiéndole, mientras Paulina, compadecida, enviaba á Verónica á buscar un par de sábanas.

Entonces Lázaro preguntó bruscamente á la chicuela:

—¿Y qué hacías tú anteanoche en la barca de Houtelard, con un hombre que huyó en seguida que pudo verme?

La mocosa se echó á reir sarcásticamente:

—No era un hombre..... era ése—respondió, designando al hijo de Cuche.—¡Me había tirado hacia atrás.....!

—Sí, sí, ya lo observé todo; tenías las enaguas por encima de la cabeza. ¡Ah! Empiezas bien pronto, á los trece años.....

Paulina le puso la mano en el brazo, porque los otros niños, al oír aquello, abrían enormemente los ojos en los que fulguraban precoces vicios.

¿Cómo remediar aquella podredumbre en el montón informe en que yacían confundidos hombres, mujeres y niños?

Paulina, entregando á la niña dos sábanas y un litro de vino, la dijo en voz baja algo que la inspi-

rasede miedo por las consecuencias de tal conducta, que la harían caer enferma y quedar desfigurada y fea antes de ser una mujer.

Este era el único modo de contenerla, amedrentándola.

Lázaro, para apresurar la distribución que le repugnaba y le irritaba, llamó á la hija de Prouane.

—Tu padre y tu madre estaban también borrachos ayer tarde..... Y se me ha dicho que tú estabas más que ellos.

—¡Oh! no, señor; era que me dolía la cabeza.

El joven puso delante de la chiquilla un plato con algunas bolitas de carne cruda.

—Come eso.

La niña tragó tres bolitas, haciendo muecas de desagrado.

—Basta ya, que no puedo más.

Paulina tomó una botella, y dijo:

—Esta bien; pero si no las comes todas, te quedas sin la copita de vino de quinina.

Entonces la chicuela, con la mirada centellante fija en la botella, tragó las demás sin repugnancia, y en seguida se arrojó en la garganta la copa de vino con el especial castañeteo de labios que denuncia al vicioso borracho.

Y no se retiraba de allí, sino que concluyó por suplicar á la señorita que la dejase llevarse á su casa la botella, para no tener que venir todos los días; que ella la escondería para que sus padres no la bebiesen el vino.

Paulina rehusó.

—¡Para que la vacíes de un trago!— dijo Lázaro.— Ahora hay que desconfiar de tí, pequeña bota de vino.

El banco se fué desocupando poco á poco, y todos los niños recibieron dinero, pan y carne; y aunque algunos se hacían los remolones ante el buen fuego, Verónica, que había observado la disminución de las zanahorias, les despidió inclemente, arrojándolos á la calle.

—¡Habrás visto! ¡Unas zanahorias tan ricas, y todavía llenas de tierra!

Quedó sólo el hijo de Cuche, sombrío y cabizbajo por el sermón que le esperaba.

Paulina le llamó entonces, le habló largamente en voz baja, acabó por darle un pedazo de pan y cinco francos, y él se fué con estúpido balanceo de bestia salvaje y testaruda, prometiendo trabajar y bien decidido á no hacer nada.

La doméstica exhalaba un suspiro de alivio, cuando súbitamente gritó:

—¡Pero si no han marchado todos! Todavía queda alguno en ese rincón.....

Quedaba la pequeña Tourmal, el aborto de los caminos y las calles, que tenía estatura de enana á pesar de sus diez años, y semejante á los niños fenómicos que son dislocados para los ejercicios de los circos ecuestres.

Estaba acurrucada entre la mesa y la chimenea, como si, temiendo ser sorprendida en actitud de hacer algo malo, se hubiese deslizado á hurtadillas hasta aquel sitio.

—¿Qué haces ahí?—la preguntó Paulina.

—Me caliente.

Verónica lanzó una ojeada inquieta alrededor de su cocina, porque los sábados anteriores, aunque los niños se reunían en la terraza, desaparecieron pequeños objetos; pero la cocina estaba en orden entonces, al parecer, y la chiqueta, que se había puesto de pie, comenzó á aturdirles con su voz aguda, murmurando:

—Papá está en el hospital, abuelito se ha herido en el trabajo, mamá no tiene vestido para salir de casa..... Tened piedad de nosotros, mi buena señorita.....

—¿Quieres no rompernos la cabeza con tus lamentaciones, embustera?—gritó Lázaro exasperado.

—Tu padre está en la cárcel por contrabandista, y el día en que tu abuelo se rompió la muñeca estaba robando los parques de ostras de Roqueboise..... Y si tu madre no tiene vestido, irá en camisa á merodear por los caminos, porque se la acusa de haber retorcido el cuello á cinco gallinas en el corral del posadero de Verchemont..... ¿Es que quieres burlarte de nosotros, y encubrirnos historias que conocemos mejor que tú? Lárgate de aquí, y cuéntaselas á los transeúntes por los caminos.

La niña, como si nada hubiese oído, volvió á empezar su ruego con impudente aplomo.

—¡Compadeceos, mi buena señorita, porque los dos hombres están enfermos y madre no puede salir..... ¡Dios os premiará!

—Toma y vete de aquí. ¡No mientas más!—la dijo Paulina, dándole una moneda.

La chiquilla no se hizo repetir la frase: de un salto salió de la cocina, y atravesó por el patio con toda la velocidad de sus cortas piernas.

Pero casi en el mismo instante la doméstica lanzó un grito.

—¡Ah, Dios mío! ¡El vaso que estaba sobre la mesa! ¡Es el vaso de plata de la señorita y se lo lleva esa infame!

Y echó á correr en persecución de la ladrona.

Dos minutos más tarde la traía por el brazo, con ceño terrible de gendarme, y pasó las mayores fatigas para registrarla, porque la chiquilla se defendía mordiéndolo, arañando, exhalando alaridos como si la degollasen.

El vaso no estaba en sus bolsillos, sino entre los harapos que la servían de camisa.

—Bien decía el señor cura que esta mocosa os robaría!—repitió Verónica—y lo que es yo iba ahora mismo en busca de la policía.

Lázaro también hablaba de la cárcel, irritado por el gesto provocador de la muchacha, que se erguía como una culebra á la cual se pisa la cola.

—¡Devuelve lo que te han dado!—exclamó él iracundo.—¿Donde está la moneda?

Y ella se puso la moneda en la boca para tragársela, cuando Paulina la detuvo, diciendo:

—Guárdala, pero advierte en tu casa que esa moneda es la última que te doy. En lo sucesivo iré yo misma á ver lo que necesitáis. ¡Vete!

Y la chiquilla echó á correr con sus pies desnudos saltando por los charcos, mientras Verónica empezaba la limpieza del banco y piso de la cocina con una esponja, la señorita se retiraba muy seria con

su bolsillo y caja de medicamentos, y Lázaro, muy excitado por aquella escena, iba á lavarse las manos en la fuente.

El pesar de Paulina consistía en que Lázaro no tomaba interés por los pobres de la aldea; si él quería ayudarla los sábados, era por virtud de complacencia á ella misma, sin que su corazón participase de la caridad.

Poco á poco él llegó á sufrir realmente con el aspecto de aquella chiquillería harapienta, en la que fermentaban todos los pecados de los hombres, y la cual era como un plantel de miserables que le hacía aborrecer la vida. ¡Dos horas después de tales buenas obras, concluía por hacer una mala, negando las limosnas y burlándose de la caridad.

Y entonces gritaba que sería prudente aplastar bajo el pie aquella nidada de insectos nocivos, en vez de ayudarla á crecer.

Paulina le escuchaba con sorpresa por tanta violencia, y con gran pena por no pensar de igual manera.

Aquel mismo sábado, cuando ambos estuvieron solos, el joven lanzó todo su disgusto en esta frase:

—¡Me parece que salgo de una alcantarilla!

Y en seguida añadió:

—¿Cómo puedes amar esos monstruos?

—Los amo por ellos mismos, y no por mí. ¡Tú recogerías del camino un perro lleno de sarna!

Él protestó:

—¡Un perro no es un hombre!

—¿Aliviar por el placer de aliviar no vale nada?

Es triste que no se enmienden, porque disminuiría su miseria; pero cuando ellos han comido y bebido algo caliente, esto me basta y ya estoy contenta. ¡Siempre resulta un dolor menos! ¿Por qué quieres que ellos nos recompensen de lo que hacemos en beneficio suyo?

Y luego concluyó con tristeza:

—¡Pobre amigo mío! Veo que eso no te divierte, y vale más que no vuelvas á ayudarme. ¡No tengo deseo de perturbar tu corazón y de hacerte más desventurado que ya eres!

Lázaro huía, y ella quedaba desolada.

Cuando Paulina lo veía tan nervioso, no podía creer en los únicos estragos del mal que él no confesaba, sino que imaginaba otros motivos de tristeza, y el pensamiento en Luisa la asaltaba súbitamente.

¡Él quizás pensaba siempre en aquella muchacha! ¡Él la echaba de menos con pesar! ¡Él sentía el sufrimiento de no verla!

Y entonces se quedaba fría, y apelaba al orgullo de su abnegación, y juraba otra vez esparcir la alegría con su propia alegría, para bastar á la dicha de todos.

* * *

Un día Lázaro tuvo una frase cruel.

—¡Qué soledad hay aquí!—dijo bostezando.

Ella le miró.

¿Era aquella frase una alusión?

¡Pero no tuvo suficiente valor para interrogarle de un modo franco!.... ¡Y su bondad luchaba, y su vida se convertía en tortura!

Otra sacudida aguardaba á Lázaro: el perro iba cada vez peor.

El pobre animal tenía más de catorce años, y le flaqueaban mucho las patas traseras; cuando le acometían las crisis dolorosas, no podía andar y se echaba en el patio al sol, mirando con ojos melancólicos á las gentes que salían de la casa.

¡Sus ojos tristes precisamente hacían daño á Lázaro! Eran ojos turbios, apagados, oscurecidos por una nubecilla azulada tan vaga como la de los ojos de un ciego; y sin embargo, veía todavía, y se arrastraba para ir á apoyar su cabeza sobre las rodillas de su amo, mirándole fijamente.

Todos sus juegos habían concluido: ya no rodaba sobre la espalda, ni daba vueltas para morderse la cola, ni sentía accesos de ternura por los hijuelos de la Minucha, cuando la doméstica iba á arrojarlos al mar.

Ahora pasaba los días en somnolencia de viejo postrado, y experimentaba tanta pena al ponerse de pie, que muchas veces cualquiera de la casa, observándole con lástima, le ayudaba, le sostenía unos minutos para hacerle caminar fácilmente.

Se llamó á un veterinario, que rompió á reir en viéndole. ¿Por qué incomodarse por aquel viejo perro? ¡Lo mejor era matarle! Bueno que se trate de prolongar la existencia del hombre, pero ¿á qué conducía dejar sufrir á una bestia sentenciada á muerte por su edad?

Naturalmente, se puso al veterinario en la calle, y se le dieron antes seis francos por su consulta.

Un sábado Mateo se puso á morir, y el doctor Cazenove, que había llegado temprano, ofreció á Lázaro ir á ver al perro, como si se tratase de una persona de la familia, y le encontraron echado, con la cabeza levantada y el ojo vivo todavía.

El médico lo examinó lentamente, con la preocupación reflexiva que le embargaba á la cabecera del lecho de un enfermo, y dijo:

—Una degeneración cancerosa en los riñones.... Está perdido, aunque podrá tirar algunos días.

El estado desesperado de Mateo entristeció la comida, porque todos recordaban lo que le había querido la señora Chanteau; mas á los postres, cuando el cura Horteur sacó la pipa, renació la alegría, y más al oírle dar excelentes noticias de los perales de su huerto, que en aquel año prometían soberbio fruto.

Chanteau, á pesar de los picotazos sordos que sentía, mensajeros de un ataque próximo, cantó una balada de su edad juvenil; la sobremesa fué encantadora; Lázaro mismo pensó en alegrarse.

Mas á eso de las nueve, al servir el té, Paulina gritó de repente:

—¡Mateo! ¡ahí está el pobre Mateo!

En efecto, Mateo, vacilando sobre sus patas, echando sangre, se deslizaba por el comedor, delante de Verónica que le perseguía con una rodilla, gritando:

—¡Se ha escapado de la cochera! Como que quiere estar con vos hasta el fin.... ¡No hay medio de levantar una pierna sin tenerlo bajo las faldas! ¡Vamos, animal, que no puedes quedar aquí!

El perro bajaba su cabeza temblorosa y miraba con dulce tristeza.

—¡Oh! ¡déjale!—suplicó Paulina.

Pero la criada se incomodó.

—¡Eso es! ¡déjale!..... Ya tengo bastante con limpiar la sangre que ha dejado por el camino. ¡Hacedos días que mi cocina está asquerosa! ¡Esto es repulsivo! ¿Quieres hacer lo mismo en el comedor, animal? ¡Vamos! ¡Hupp! ¿Quieres despacharte?

—Déjale—repitió Lázaro.—¡Vete!

Entonces, mientras Verónica cerraba furiosamente la puerta, Mateo, como si hubiese comprendido la escena, fué á apoyar su cabeza sobre las rodillas de su amo.

Todos quisieron festejarle, regalarle azúcar, excitarle un poco; mas el pobre animal apenas veía los terroncitos que ponían á su alcance en la mesa, meneaba la cola, daba una vuelta con temblor, chocaba contra la silla de Paulina.....

Chanteau ya no cantaba, sobrecogido como los otros con el espectáculo de Mateo moribundo, que hacía recordar al Mateo glotón y alegre de otros tiempos.

—No le fatiguéis—dijo dulcemente el Doctor—porque se le mataría.

El Cura, que fumaba en silencio su pipa, dijo luego, para explicar acaso su emoción:

—¡Diríase que estos perros viejos son hombres!

A las diez, cuando el Doctor y el Cura se retiraron, Lázaro fué á encerrar á Mateo en la cochera: acostólo en paja fresca, llenó de agua la vasija, y quiso retirarse; mas el perro, con penoso esfuerzo, levantóse y le seguía.

Tres veces tuvo necesidad de acostarlo, hasta que el animal se sometió, mirando con tanta tristeza cómo se alejaba el joven, que éste, conmovido, volvió de nuevo á abrazarle.

Lázaro procuró leer hasta media noche, y luego, anhelando el sueño, acostóse; pero no pudo cerrar los párpados: la imagen de Mateo no le abandonaba.

Veíalo sobre su lecho de paja, con la mirada indecisa dirigida hacia la puerta. ¡Mañana el perro estaría muerto!

Y en cada minuto se levantaba, escuchaba, creyendo haber sentido aullidos en el patio, porque parecía que estaba siempre en acecho de rumores imaginarios.

A eso de las dos le hicieron saltar del lecho algunos gemidos. ¿Quién lloraba? Salió al pasillo: la casa estaba oscura y silenciosa; ni el menor soplo salía del cuarto de Paulina.

Y entonces, no pudiendo contenerse, bajó á ver

al perro, sin más que ponerse rápidamente el pantalón y encender la bujía.

Mateo no estaba en la cama de paja, porque había preferido arrastrarse á alguna distancia sobre tierra blanda, y cuando vió entrar á su amo apenas tuvo fuerzas para levantar la cabeza.

Lázaro, después de dejar la palmatoria en el suelo, extrañóse del color negruzco de la tierra, y con el corazón desfallecido observó que el perro agonizaba en un charco de sangre: escapábasele la vida al pobre animal, que meneaba débilmente la cola, y cuyos ojos resplandecían aún con tenues fulgores.

—¡Ah, mi pobre perro! ¡pobre perro mío!—exclamó.

Y hablándole alto, como si el animal entendiese, le decía:

—Espera, que voy á cambiarte de sitio..... No, así te haces daño..... ¡Pero si estás mojado! ¡Y yo que no he traído una esponja! ¿Quieres beber?

Mateo seguía mirándole fijamente, y poco á poco el estertor agitó sus costados.

Entonces se movió la paja con leve ruido: era Minucha, la gata, que se había acostado en el lecho dispuesto para Mateo, y que se despertó con la luz.

—¿Quieres beber? ¡pobre perro, viejo mío!—repetía Lázaro.

Allí encontró una rodilla, la empapó en el agua de la vasija y la puso como si fuera una compresa en el cuello del moribundo animal, quien manifestó aliviarse.

—Pero ¿qué es eso, qué es eso?—dijo de pronto.

—¿Es que quieres levantarte?

Mateo, efectivamente, sacudido por estremecimientos, hacía esfuerzos para levantarse; estiraba sus miembros, y sus boqueadas y el aliento que le salía de los costados le hacían erguir el cuello.

Era que se acercaba el fin: cayó desplomado entre las piernas de su amo, de quien no apartaba la vista, procurando mirarle bajo sus párpados medio caídos.

Lázaro, subyugado por la mirada inteligente del moribundo, lo conservó entre sus piernas, y aquel largo cuerpo, tan pesado como el de un hombre, tuvo una agonía humana.

Esto duró algunos minutos.

Luego Lázaro vió verdaderas lágrimas, gruesas lágrimas que salían de los turbios ojos de la bestia, mientras la lengua salía también de las fauces convulsas, como para una postrera caricia: el perro lloraba y le lamía la mano.

—¡Mi pobre viejo Totó!—gritó el joven, rompiendo en sollozos.

Mateo había espirado; una espuma sanguinolenta fluía de su boca, y cuando se estiró el animal sobre el suelo parecía dormido.

Entonces Lázaro conoció que todo acababa una vez más; su perro moría ahora, y esta muerte era para él un dolor desproporcionado, un desengaño que hacía zozobrar su vida entera.

Porque aquella muerte le despertaba el recuerdo de las otras muertes, y su desfallecimiento no había sido más cruel cuando atravesó por el patio detrás del féretro de su madre.

¡Algo de ella misma se iba ahora en el pobre perro! ¡Algo de ella acababa de perder para siempre!

Los meses de dolor oculto reaparecían; sus noches turbadas por lúgubres pesadillas, sus paseos al cementerio de la aldea, su espantoso miedo ante la eternidad del no ser, de no vivir.

Sintióse un rumorcillo; Lázaro se volvió y vió á Minucha, sentada en la paja, lamiéndose el vientre.

Y casi al mismo tiempo la puerta se abrió, y Paulina entraba en la cochera con la misma preocupación que su primo, inquieta por haber observado que el cuarto del joven estaba abierto.

Cuando él la vió, su llanto fué más recio, y gritó él, que ocultaba el dolor de su madre con una especie de púdico salvajismo:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Ella le quería tanto! ¿Te acuerdas, Paulina? Lo acogió siendo pequeñito; le daba de comer, y él la seguía incesante por toda la casa.....

Luego añadió:

—¡Ah! ¡ya no queda nadie! ¡Estamos demasiado solos!

Lágrimas de pena subieron á los ojos de Paulina.

Ella se había inclinado para ver al pobre Mateo con el fulgor de la bujía, y sin que intentase consolar á su primo, hizo un ademán de desaliento.

¡Ella se reconocía por inútil é impotente en la casa!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO
6



II.
El fastidio era el fondo de las tristezas de Lázaro; un fastidio pesado, interminable, que surgía de todo su ser, como surge el agua turbia de un manantial emponzoñado.

Fastidiábase del reposo y del trabajo, y de sí mismo, más aún que de los otros.

Y sin embargo, cuando pensaba en su ociosidad se ruborizaba. ¿No era vergonzoso que un hombre de sus años perdiese la plenitud de la vida en aquel agujero de Bonneville?

Hasta entonces había tenido ciertos pretextos; mas ahora nada le sujetaba, y él mismo sentía desdén al considerarse como inútil, como una carga para los

suyos, cuando éstos apenas tenían medios de vivir.

Él hubiera debido ganar la vida, una fortuna porque así se lo había jurado en otro tiempo, y el hecho de no haberla ganado era en realidad una bancarrota propia, exclusivamente suya.

Los proyectos para el porvenir, las grandes empresas, la idea de la riqueza conquistada por un golpe de genio, no le faltaban nunca; sólo que, cuando el ensueño se desvanecía, el joven ya no hallaba un átomo de valor para ponerlo por obra.

—Esto no puede seguir así—decía con frecuencia á Paulina—y es menester que trabaje..... Tengo el proyecto de fundar un periódico en Caen.

Y ella le respondía:

—Espera á que pase el luto, porque no hay prisa y reflexiona bien antes de emprender ese negocio,

La verdad era que ella temblaba con la idea de tal fundación, á pesar de su deseo de verle trabajar, porque un nuevo fracaso le acabaría, y se acordaba demasiado de los seguidos abortos de su primo: la música, la medicina, la fábrica, las presas, todo lo que había emprendido.

Por otra parte, dos horas después de hablar así, Lázaro rehusaba aun escribir una carta, como si estuviese abrumado de cansancio.

Pasaron algunas semanas, y otra gran marea se llevó tres casas de Bonneville, y cuando los pescadores encontraban á Lázaro preguntábanle si tenía ya bastante con esas desgracias.....

A buen seguro que no se podía hacer nada en aquel asunto, pero declaraban ellos que era muy triste ver tanta madera perdida en las estacadas; y en sus palabras de dolor, en la manera con que le suplicaban que no dejase al mar tragarse el país, había cierta burla socarrona y feroz de marineros, orgullosos de su mar, de aquella bribona que tenía garras mortales.

Él se irritaba hasta el punto de no pasar por el pueblo en determinadas horas, porque la vista de las ruinas de la estacada y de las presas era para él insoportable.

Prouane le paró un día en que entraba á casa del cura Horteur.

—Señor Lázaro— le dijo humildemente, pero con sonrisa maliciosa en los labios y en los ojos— ¿sabéis que los pedazos de madera se están pudriendo en la playa?

—Sí, ¿y qué?

—Que si ya no seguís la obra, podríais dárnoslos..... Por lo menos servirían para calentarnos.

Una cólera mal contenida arrebató al joven, que respondió vivamente sin pensar en lo que decía:

—¡Imposible! los carpinteros reanudarán el trabajo la semana próxima.

Desde entonces todo el país se burlaba: la danza comenzaría otra vez, porque el hijo de Chateau era muy terco.

Pasaron quince días, y como nada se emprendió, los pescadores le preguntaron si consistía en no haber encontrado obreros, y entonces él concluyó por ocuparse realmente en reedificar las presas, cediendo también á las instancias de su prima, que prefería buscarle una ocupación cerca de ella.

Pero se entregó á la empresa aquella sin pasión, sostenido únicamente por su odio al mar y contando con domeñarle esta vez. ¡Vendrían luego las olas á besar los peñascos de Bonneville, ni más ni menos que un perro obediente!

Una vez más Lázaro trazó sus planes, calculando nuevos ángulos de resistencia y duplicando los pies de fuerza, y el gasto no sería muy elevado porque se utilizaría la mayor parte de la madera empleada anteriormente.

El carpintero presentó una cuenta de cuatro mil francos, y como la suma no era excesiva Lázaro con-

sintió en que Paulina la adelantase, persuadido (decía él) de que lograría sin trabajo la subvención del Consejo general del departamento.

Y esto constituía la única manera de subvenir á los primeros gastos, porque el Consejo no acordaría la subvención de un céntimo mientras las presas estuvieran convertidas en ruinas.

Los trabajos se empezaron con ahinco, y Lázaro iba todas las semanas á Caen para visitar al Prefecto y á los consejeros influyentes; y cuando se terminaba la obra de carpintería, obtuvo que un ingeniero delegado por el Prefecto pasase á reconocerla para informar después y otorgar la subvención con arreglo al informe.

El ingeniero, que estuvo un día en Bonneville, hombre muy amable, almorzó en casa de los Chan-teau, después de su paseo por la playa, evitando aquéllos pedirle su parecer, por discreción; pero en la mesa estuvo tan galante con Paulina, que ni aun ésta llegó á dudar del buen éxito del asunto.

Así es que, días más tarde, cuando Lázaro regresó de un viaje á Caen, toda la casa quedó estupefacta, consternada con las noticias que traía, y él estallaba de cólera: ¡aquel belitre ingeniero había emitido un informe abominable!

¡Oh! ¡Y eso que era un hombre tan cortés!

Y lo peor era que el Consejo general, fundándose en tal informe, había rechazado la instancia de subvención.

Y esto fué para el joven el principio de una nueva crisis de desaliento: las presas estaban terminadas, y Lázaro juró que resistirían á las más fuertes mareas, y que todos los ingenieros del mundo rabiarían de celos; pero la verdad es que, aunque tal ocurriera, el dinero empleado no volvería á entrar en la bolsa de su prima, y se desolaba amargamente el joven por haberla impulsado á un gasto desastroso.

Ella, no obstante, triunfando de sus instintos económicos, reclamaba la responsabilidad toda entera, y recordaba que ella misma le había obligado á aceptar el adelanto de la suma: esto era una obra de caridad, y ella no deploraba nada; ¡la hubiera dado más crecida á trueque de salvar al desventurado Bonneville!

Sin embargo, cuando el carpintero envió la *Memoria*, ella no pudo reprimir un gesto de disgusto y sorpresa dolorosa: los cuatro mil francos de la cuenta subían en aquélla á ocho mil, y en resumen había gastado más de veinte mil francos en aquellos pies

derechos que la primer tempestad arrancaría de cuajo.

Estaba por entonces la fortuna de Paulina reducida á unos cuarenta mil francos, ó sean dos mil de renta, lo preciso para vivir si por cualquier eventualidad se encontraba un día la joven abandonada á sí misma.

El dinero se había derretido poco á poco en la casa, donde ella continuaba pagándolo todo, con manos abiertas; pero desde aquel día vigiló atentamente los gastos, como previsora ama de gobierno.

Los Chanteau no tenían ya sus trescientos francos por mes, porque al morir la madre se descubrió la venta de cierto número de títulos, aunque nadie sabía qué se hizo de las cantidades recibidas; y por lo tanto, aun reuniendo su mensualidad con la de aquéllos, Paulina sólo disponía de unos cuatrocientos francos al mes, cantidad insuficiente en una casa tan pesada y costosa, y en la cual hubo necesidad de emplear verdaderos milagros de economía para salvar siquiera el dinero de las limosnas.

Desde el último invierno había terminado la curatela del Dr. Cazenove, y ella, siendo mayor de edad por la ley, disponía de sus bienes y de su fortuna; sin duda el médico no la estorbaba para nada,

porque él hasta rehusaba ser consultado, y ella sentíase más libre, más dueña de sí misma, encontrándose como verdadera ama de casa, no teniendo que rendir cuentas á nadie, suplicada por su tío para que todo lo arreglase como quisiera sin necesidad de hablarle nunca de lo que se refería á gastos é ingresos.

Lázaro tenía más horror que su padre á las cuestiones de dinero, y por lo tanto ella sola manejaba el bolsillo común, reemplazando en absoluto á su tía, con sentido práctico tan admirable, que muchas veces los dos hombres quedaban como estupefactos al observarlo.

Pero Verónica fué quien descubrió que la señorita era una roñosa, una *perra*. ¡Contentarse ahora con una libra de manteca todos los sábados!

*
*
*

Sucedíanse los días con regularidad monótona.

Mas aquel orden, aquellas costumbres sin cesar renovadas, que eran la felicidad doméstica para Paulina, exasperaban cada vez más el fastidio de Lázaro. ¡Nunca había sentido él tanta inquietud como en aquel período de paz tan sonriente inaugurado y sostenido por su prima!

La terminación de los trabajos en la playa acababa de ser para el joven un verdadero alivio, porque toda preocupación le embargaba, y en seguida comenzó a cambiar, todas las mañanas, de proyectos para el porvenir.

La idea de un periódico había sido abandonada como impropia de él mismo, y ahora se lamentaba de la pobreza, que no le permitía dedicarse tranquilamente á una obra literaria é histórica.

Luego acarició un pensamiento distinto: quería ser profesor, sufrir exámenes si era necesario para ello, á fin de asegurarse la diaria subsistencia con su trabajo de hombre de letras.

Ya no quedaba entre Paulina y él sino su compañerismo de otro tiempo, como una costumbre de afecto que les unía cual hermano y hermana: él, en su familiaridad más íntima, nunca hablaba de su casamiento, ya fuese por completo olvido, ya por demasiado conocido el proyecto; ella evitaba también hablar de tal asunto, esperando aún, y convencida de que él diría *si* como primera palabra.

Una tarde, al caer el crepúsculo, Paulina envió á buscar á Lázaro, para decirle que la sopa estaba servida, y entonces le sorprendió ocultando apresuradamente un objeto que ella no pudo reconocer.

—¿Qué es eso?—preguntóle riendo.—¿Versos para el día de mi cumpleaños?

—No, no—respondió él muy conmovido y balbuciente.—No es eso....

Era un guante de Luisa, que acababa de encontrar detrás de unos libros.

El guante, de piel de Sajonia, había conservado un olor fuerte, ese olor de fiera montés que el heliotropo, perfume preferido por la joven, dulcificaba con un polvillo de vainilla; y Lázaro, impresionable con los aromas, violentamente excitado por la mezcla de la esencia de las flores y del olor de la carne, quedó como extático, teniendo el guante en sus labios, aspirando fuertemente la voluptuosidad de sus recuerdos.

Desde aquel día, aun á pesar del tremendo vacío que le dejara en el alma la muerte de su madre, sólo pensó en desear á Luisa.

Tal vez no la había olvidado, sino que su recuerdo estaba como adormecido por el dolor, y fué necesario aquel suceso casual para despertarle con el calor mismo de su aliento.

Cuando estaba solo, cogía el guante, le aspiraba, le besaba, creía tenerla á ella en sus brazos, hundiendo sus labios en la nuca de la joven; y el mal-

estar nervioso en que vivía, la excitación de sus largas perezas, hacían más viva aquella carnal embriaguez.

Esto aumentó su humor sombrío, hasta el punto de mostrarse brusco con su prima, como si la guardase rencor de sus propios abandonos: ella, Paulina, no excitaba su concupiscencia carnal, y cuando la hablaba serena, con la alegría de la tranquilidad, satisfecha, él huía á su cuarto, entregábase á su vicio, abrasábase en el recuerdo ardoroso de la otra, y bajaba luego con el hastío de la vida.

Cambió de tal manera, que Paulina, desesperada, pasó noches amarguísimas: por el día, siempre valiente, de pie en aquella casa que dirigía con su dulce autoridad, olvidábase de los desvíos; por la noche, cuando cerraba la puerta de su dormitorio, entregábase á sus penas, todo su valor huía, lloraba como una niña sin fuerzas contra el mal.

No la quedaba ninguna esperanza, porque demasiado conocía que Lázaro se apartaba de ella más en cada hora.

¿Pero esto era posible?

La caridad no bastaba: se podía amar á las gentes y causar su desgracia, porque Lázaro, no obstante, era desgraciado, tal vez por culpa suya.

Y tras estos pensamientos, asaltábala el temor de una influencia rival: si ella se había tranquilizado anteriormente, explicando aquel humor sombrío de su primo por el duelo, ahora ya empezaba á buscar la causa en otras partes, y forjábase hipótesis distintas, y siempre acababa por fijarse en la idea de Luisa, aquella idea que surgió en su espíritu al día siguiente de la muerte de la señora Chanteau, y que ella misma había despreciado con orgullosa confianza en la ternura de su primo.

Desde que ponía la palmatoria en la mesa de noche, sentábase al borde de su cama, sin fuerzas para empezar á desnudarse; su alegría de las horas diurnas, su orden, su paciencia, la abrumaban entonces, como un vestido muy pesado que se soporta en los hombros; ella no podía engañarse, porque el día transcurrido, como los anteriores, como los que seguirían luego, acababa de pasar en medio del fastidio desesperado de Lázaro, aquel fastidio de que estaba henchida toda la casa.

¿Para qué su propia alegría, si no era posible esparcirla en aquel lugar amado?

Ella no nombraba á Luisa, no quería pensar en la joven; pero veía pasar ante sus ojos su linda imagen, interesando á Lázaro con su languidez es-

tudiada de coqueta y alegrándole con el roce de sus faldas....

Y los minutos volaban y no podía desvanecer aquella imagen.

¿Qué partido adoptar? ¿Era necesario llamar á Luisa?

Sin duda el joven la esperaba, y nada más cómodo que curarle de su fastidio llamándola.

Y esta visión la torturaba además con la creencia de que la felicidad de la casa estaba en manos de la otra....

Luego, sublevándose ante aquella idea, dejaba el borde del lecho y abría la ventana para respirar aire libre, porque se ahogaba; delante de la negra inmensidad del espacio y contemplando el mar que gemía, estaba largas horas de codos en el alféizar, sin poder dormir, con la garganta abrasada. ¡No!

¡Jamás sería ella bastante miserable para tolerar la vuelta de la muchacha! ¿No les había sorprendido á los dos en los brazos? ¿No fué aquello una traición ruin, cerca de ella misma, en un cuarto vecino del suyo, en una estancia que consideraba como propia?

¡Esta villanía quedaba sin perdón! Si ella perdonase, podría decirse en verdad que era cómplice de ellos para echar al uno en brazos de la otra.

Sus celos se aumentaban con el espectáculo que ella misma evocaba, ahogábanla los sollozos, metía su rostro entre los brazos desnudos, pegaba sus labios á la carne.

Avanzaba la noche, los vientos pasaban por encima de su cuello, agitándola su suelta cabellera, y la sangre de cólera que ardía en sus venas no se refrescaba, y la lucha proseguía entre su bondad y su pasión; la voz de la dulzura se obstinaba en hablarla con débil acento de las alegrías de la caridad, de la dicha de ser buena para el prójimo, y ella quería hacer callar esa voz imbécil, esa voz de la abnegación que así se transformaba en cobardía; y poco á poco reconocía que era su propia voz, la voz de sus mismos razonamientos.

¿Qué importaba su sufrimiento si ellos habían de ser dichosos?

Y entonces sollozaba más débilmente, y escuchaba cómo subía el mar en el fondo de las tinieblas....

Una noche, después de haber llorado largo tiempo en la ventana, acostóse y apagó su bujía; y en hallándose rodeada de tinieblas, con los ojos muy abiertos, resolvióse bruscamente á tomar resolución definitiva: la primera obra de la mañana inmediata sería escribir á Luisa, por medio de su tío

rogándola que fuese á pasar un mes en Bonneville.

No sintió exaltarse su corazón al expresar tal idea; nada le pareció más natural ni más fácil; ella bien podía dar su vida si él la necesitaba.....

Y al punto se durmió con profundo sueño, como hacia muchas semanas que no reposaba de igual tranquilo modo.

Pero á la mañana siguiente, cuando bajó al comedor para almorzar y se vió colocada entre su tío y su primo, en aquella mesa de familia en que los sitios de los tres aparecían designados por amplias tazas de leche, olvidóse de todo, conoció que la faltaban fuerzas.

—¿No comes?—la dijo Chanteau.—¿Qué tienes?

—Nada, tío—respondió.—Al contrario; he dormido como una bienaventurada.

Lázaro comía en silencio, cansado ya del día que apenas empezaba, y ella no tenía valor para dárselo á otra. ¡Oh! la idea de que Luisa le besaría para consolarle, no podía resistirla.

Y sin embargo, cuando él se retiró, Paulina quiso hacer lo que hubo resuelto la noche anterior.

—¿Cómo tienes hoy las manos, tío?—preguntó á Chanteau.

Él miró sus manos, invadidas por concreciones tofáceas, y dobló penosamente las falanges.

—Menos mal—respondió.—La derecha está más flexible..... Si viene el cura, jugaremos una partida.

Y después de un rato de silencio, añadió:

—¿Por qué me preguntas eso?

Indudablemente ella esperaba que su tío no podría escribir, porque se ruborizó con la pregunta, y dejando la carta para el día siguiente, contestó balbuceando:

—Por nada..... para saberlo.

A partir de este día, la lucha que sostuvo fué más dolorosa.

En su cámara, después de las crisis de lágrimas, conseguía dominarse, y se hacía el juramento de dictar la carta á su tío; pero en cuanto empezaba su vida cotidiana entre aquellos á quien amaba, quedábase sin fuerzas para cumplirle.

Ocurrían algunos hechos insignificantes que la destrozaban el corazón: el pan que cortaba para su primo, los zapatos del joven que ella misma recomendaba á la doméstica, todas las habituales acciones de la familia.....

Si podía ser dichosa en aquel recinto del hogar doméstico, ¿para qué llevar á él una extraña? ¿Por

qué alterar aquellas costumbres tan dulces que tenían ellos solos hacia tantos años?

Y el pensamiento de que esto no sucedería si Luisa llegase, de que ya no cortaría ella el pan para su primo, ni cuidaría de sus vestidos, sino la otra, ahogábala en su desesperación, quebrantaba en un instante la dicha entera de su existencia.

Y tal pensamiento, combinándose de ese modo con todos los cuidados que ella prestaba á la casa, envenenaba ahora su actividad de ama de gobierno previsora.

—¡Pues qué!— se decía muchas veces—¿nos amamos y no somos felices? ¡Luego nuestro cariño sólo produce infelicidad en nosotros mismos!

Incesantemente meditaba en ello, y procuraba comprender la causa: ésta debía ser el hecho de que su carácter y el de su primo no coincidían.

¡Pues bien! Ella hubiera querido amoldar el suyo al de Lázaro, abdicar toda voluntad personal, y si no lo conseguía, su paciencia fracasaba y su buen humor se tornaba en tristeza; quería entonces reír, ahogar esa tristeza en su alegría, y tampoco lograba su imperio, y entonces caía como enervada por la lucha.

—¡Pues bueno es esto!—refunfuñaba Verónica, de

la mañana á la noche.—No sois más que tres en la casa, y acabaréis por rechazaros todos.... La señora no tenía siempre buen humor; pero, al menos, cuando ella vivía no se pensaba en tirarse las cacerolas á la cabeza.

Chanteau experimentaba también los efectos de aquel lento despego de los jóvenes: cuando tenía una crisis, gritaba más fuerte, según decía la doméstica, porque tenía caprichos y violencias de enfermo, necesidad imperiosa de atormentar á todo el mundo; en fin, la casa era un infierno.

Paulina, aguijoneada siempre por los celos, preguntábase si tenía derecho para imponer á Lázaro su dicha con ella; ¡ciertamente que deseaba, ante todo, la felicidad de su primo, aun al precio de sus lágrimas!

¿Pues por qué encerrarle así, obligarle á una soledad en la que él sufría?

Tal vez la amaba aún, y volvería á ella cuando la juzgase más exactamente, comparándola con la otra; y en todo caso, ella debía permitirle escoger, porque esto era justo, y la idea de la justicia estaba siempre clara en su mente, como soberana.

* * *

Cada trimestre Paulina iba á Caen para cobrar la renta: partía por la mañana y regresaba por la noche, después de haber agotado una lista de pequeñas compras que ella formaba previamente.

A la sazón, en el trimestre de Junio, se la esperó en vano hasta las nueve para comer, y Chanteau envió á Lázaro á inspeccionar el camino, por temor de un accidente, mientras Verónica repetía, con mucha tranquilidad, que la señorita, retrasada en las compras, se habría decidido á dormir en Caen.

Aquella noche se durmió mal en la casa de Bonnevillle, y en la mañana siguiente, desde el desayuno, volvieron á repetirse los temores de un accidente.

Hacia el mediodía Lázaro se decidía á marchar á Arromanches, cuando Verónica, que estaba de centinela en el camino, apareció gritando:

—¡Aquí está la señorita!

Fué necesario rodar el sillón de Chanteau hasta la terraza, y padre é hijo esperaban, mientras la doméstica daba detalles.

—Es la berlina del tío Malivoire.... He conocido de lejos á la señorita por sus cintas de tul.... Pero, si no me engaño, viene gente con ella....

En fin, el carruaje paró delante de la puerta.

Acercóse Lázaro, y cuando abría la boca para interrogar á Paulina, que saltó ligeramente á tierra, quedóse como petrificado: en pos de ella saltaba también otra joven, vestida con un lindo traje de seda color de lila, y las dos se reían alegremente, como buenas amigas.

Fué tan grande su sorpresa, que se volvió hacia su padre, y le dijo:

— Viene con ella Luisa.

—¡Luisa! ¡Ah! ¡Pues ha sido una idea excelente!— gritó el buen Chanteau.

Y cuando las dos jóvenes llegaron juntas ante él, una de luto riguroso y otra con su claro vestido de verano, él exclamó, encantado por las distracciones que preveía:

—Pero ¿qué es esto? ¿Habéis hecho ya las paces?.... Ya sabéis que yo nunca he comprendido....

¿Eh? ¡Qué mal has procedido, Luisita, guardándonos rencor en los tristes días que hemos pasado! Pero ya se acabó, ¿no es eso?

Las dos muchachas estaban confusas, inmóviles; habíanse ruborizado con las palabras de Lázaro, y evitaban mirarse, y cuando Luisa, para ocultar su turbación, abrazó á Chanteau, éste pidió explicaciones.

— ¿Pero os habéis encontrado?

Entonces Luisa volvi6se hacia su amiga, y mirándola con ternura, dijo:

— Pues Paulina subía á casa de mi padre, justamente cuando yo bajaba. ¡No hay que reñirla por haberse quedado, porque yo he hecho todo lo posible para que se quedase!.... Y como el telégrafo sólo llega á Arromanches, hemos pensado que nosotras estaríamos aquí antes que un despacho.... ¿Me perdonáis?

Y se arrojó al cuello de Chanteau, con igual mimo que otras veces.

Él no preguntó más, porque cuando las cosas van á pedir de boca por sí mismas, salen bien y son buenas.

— ¿Y Lázaro? — añadió de pronto. — ¿No la dices nada?

Hasta entonces el joven permanecía un poco atrás, sonriendo con alguna afectación, y el ap6strofe de su padre acabó de turbarle, y más aún cuando observó que Luisa se ruborizaba, sin dar hacia él un paso.

¿Por qué había venido? ¿por qué su prima traía con ella á su rival, aquella misma á quien tan rudamente arrojó de la casa?

Esto le causaba estupor, y no lo comprendía.

— Bésala, Lázaro, porque ella no se atreve — dijo dulcemente Paulina.

Y ella aparecía más blanca en su traje de luto, aunque con rostro sereno y ojos humildes.

Con su aspecto maternal, aquel aspecto de grave serenidad que ella daba á su semblante en las principales ocupaciones del gobierno de la casa, contemplaba á los dos jóvenes; y se contentó con sonreír cuando Lázaro se decidió á desflorar con sus labios las tersas mejillas de Luisa.

De repente, Verónica, que veía todo eso, retir6se al fondo de su cocina, absolutamente sofocada.

Ella tampoco lo comprendía; después de lo que había pasado, era aquello tener muy pequeño corazón; la señorita hacía cosas imposibles, cuando ella se empeñaba en querer ser buena; no era ya bastante llevar á la casa la chiquillería andrajosa de Bonneville, sino que llevaba también las queridas del señor Lázaro!

Cuando la doméstica se desahogó refunfuñando esas frases al lado del hornillo, volvió á la sala para exclamar en voz alta:

— ¡Ya sabéis que el almuerzo está esperando hace una hora! ¡Las patatas estarán como un carbón!

Se almorzó con buen apetito.

Mas Chanteau era el único que reía francamente, demasiado alegre para observar el malestar persistente de los tres jóvenes: ellos manifestaban una cortesía afectuosa, y guardaban en el fondo de su alma una tristeza inquieta, como después de las querellas en que se perdona, aunque jamás se olviden injurias irreparables.

La tarde se ocupó en preparar la instalación de la recién llegada, que volvió á entrar en su antiguo cuarto del piso primero, y por la noche, si la señora Chanteau hubiese bajado con su paso corto y rápido á sentarse á la mesa, habríase creído que el pasado entero se reproducía.

Y sin embargo, la prevención entre los jóvenes duró todavía una semana.

Lázaro, que no osaba interrogar á Paulina, no se explicaba lo que él consideró como un arrebato de fantasía exaltada, como un golpe de locura, porque el pensamiento de un sacrificio posible, de una elección ofrecida con amplia libertad, no le asaltaba la mente ni por un instante.

Él mismo, en los estragos que los deseos producían en su alma por la ociosidad en que vivía, jamás había pensado en casarse con Luisa.

Así, desde que los tres volvieron á encontrarse frente á frente, resultó una situación falsa en la que todos sufrían: su silencio era en ocasiones molesto, y otras veces ciertas frases quedaban interrumpidas en los labios, para evitar una alusión involuntaria.

Paulina, que no había previsto lo que pasaba, en el heroísmo de su bondad, estaba más obligada á exagerar sus risas para atraer á todos hacia el amistoso abandono de otros tiempos, y sintió profunda alegría cuando observó que Lázaro se animaba.

La presencia de Luisa le había tranquilizado.

El joven huía de encontrarse solo con ella, sublevándose ante el pensamiento de que pudiera hacer traición á la confianza de su prima, y presa de febril ternura, proclamaba á Paulina como la mejor de las mujeres, una verdadera santa, de la que él se declaraba indigno.

Paulina, por otra parte, era feliz con su victoria cuando veía á Lázaro tan poco amable con Luisa y turbado en su presencia.

Al terminar la primer semana, ella dirigió algunas reconvenciones al joven.

—¿Por qué te marchas en cuanto me ves con

Luisa?... Eso no está bien, y me causa pesar. Ella no ha venido para que le pongamos mala cara.

Lázaro evitó responder, y sólo hizo un gesto vago que nada significaba.

—Si yo la he traído— continuó Paulina— es para que sepas que desde hace largo tiempo teniais ambos mi perdón..... He procurado borrar aquel penoso ensueño, y ya no me queda nada de él..... ¡Ya ves tú! No tengo miedo por mi confianza en vosotros.

Y Lázaro, conmovido, la tomó en sus brazos, estrechándola fuertemente.

Luego, cuando se desvaneció su emoción, hizo promesa de ser amable con la otra.

Desde entonces pasaron los días en intimidad encantadora, y Lázaro no se fastidiaba.

En lugar de subir á su cuarto y encerrarse allí en salvaje anhelo de soledad, el joven inventaba juegos y proponía paseos de los que se regresaba con embriaguez de aire libre y puro.

Y así fué que, insensiblemente, Luisa volvió á apoderarse de él por completo.

Lázaro comenzó por atreverse á ofrecerla el brazo, y se dejó penetrar del perfume embriagador que hasta el más pequeño cabo de sus encajes exhalaba.

Luchó al principio, quiso alejarse al sentir que la embriaguez subía; pero su misma prima le instaba á ayudar á la joven por los ásperos acantilados, ó cuando tenían que saltar un arroyo, y ella saltaba gallardamente como un hombre, mientras la otra, con un tenue grito de alondra herida, se dejaba caer en brazos del joven.

Luego, á la vuelta, él la sostenía, y sus risas comprimidas, sus cuchicheos al oído se reanudaban.

Nada de esto inquietaba todavía á Paulina; ella conservaba su actitud bizarra, sin comprender acaso que jugaba su dicha, á menos que no estuviera cansada y sintiese necesidad de ser socorrida.

¡El olor sano de sus brazos de ama de gobierno á buen seguro que no turbaba á nadie!

¡Con qué especie de temeridad sonriente obligaba á Lázaro á ocuparse continuamente en su amiga, como para mostrarle su absoluta confianza!

Pero ni el uno ni la otra la hubieran engañado.

Si Lázaro se dejaba caer en las redes, resistía siempre, hacía en seguida un esfuerzo para salir, y se mostraba más cariñoso con ella; sentía en aquel juego una sorpresa de su carne, á la cual cedía deliciosamente; juraba, empero, que todo se detendría entonces en el terreno de las risas permitidas. ¿Por

qué rechazar esa alegría, estando resuelto á cumplir su deber de hombre honrado?

Luisa tenía más escrúpulos que el joven.

No se acusaba de coquetería, porque era naturalmente halagadora, y se manifestaba así, tal vez no sabiéndolo, en un gesto, en un aliento; pero no hubiera pronunciado una sola palabra, ni dado un paso más, creyendo que podía ser desagradable á Paulina.

El perdón del pasado la enternecía hasta el llanto, y quería probarla que era digna de ella, que la había consagrado una de esas adoraciones exuberantes de mujer que se traducen en juramentos, en besos, en toda suerte de frivolidades apasionadas.

También la vigilaba ella sin cesar, para acudir en socorro suyo, si la veía la menor sombra en la frente: de pronto dejaba el brazo de Lázaro para tomar el de ella, incomodándose por ser abandonada de nuevo, y procuraba distraerla, no la dejaba, afectaba aún malquistarse con el joven.

Nunca había parecido tan encantadora como en aquella emoción continua, en la necesidad de agradecer que la arrebatava y en seguida la desolaba, llenando la casa á todas horas con el torbellino de sus énaguas y con su languidez mimosa de joven astuta.

Mas poco á poco Paulina volvió á caer en sus torturas antiguas, y su esperanza, su triunfo de un instante aumentaba la crueldad de aquéllas.

Ya no eran sacudidas violentas, crisis celosas que la acometían por una hora en otros tiempos: era un desquiciamiento invencible; era como una masa enorme que caía sobre ella y cuyo peso la aplastaba más cada minuto.

En verdad que no tenía que hacerles reconvección alguna, porque los dos la colmaban de atenciones, los dos luchaban contra la atracción que les arrojaba al uno en brazos de la otra; mas precisamente Paulina sufría por esas mismas atenciones, y comenzaba á ver claro desde que ellos se entendían para librarla del dolor de sus amores.

La piedad de los dos amantes era insoportable para ella: ¿no estaban embelesados en sus votos, en sus cuchicheos rápidos cuando les dejaba reunidos, y luego, en presentándose ella, reinaba silencio brusco, y Luisa la llenaba de besos violentos y Lázaro la expresaba humildad afectuosa?

Ella les hubiera preferido culpables á que la hicieran traición á hurtadillas.

Porque tales precauciones de honestidad, tal compensación de caricias, que todo lo decían, dejábanla

desarmada, sin voluntad ni energía para reconquistar su bien perdido. El día en que trajo á su rival tenía en el alma el pensamiento de luchar con ella si fuera necesario; pero ¿qué hacer contra unos niños que tienen pena de amarse?

Ella lo había querido, porque pudo haberse casado con Lázaro sin inquietarse con la idea de que pudiera haberle forzado á darla su mano; pero ahora, la idea de disponer así de él, de exigirle el cumplimiento de una promesa que sin duda deploraba, causábala repulsión y amargura.

¡No! ¡Ella moriría si él amaba á otra!

Entonces fué la época de los más crueles sufrimientos de Paulina, y no obstante, con su valor sencillo, era como la madre del pequeño mundo en que vivía: cuidaba de Chanteau, que iba peor cada día; suplía muchas veces á Verónica, y trataba á Lázaro y Luisa como niños turbulentos, para sonreír ante ellos por sus escapatorias.... riendo más que los dos jóvenes, con la risa franca y sonora que expresa la salud y el valor de la vida.

De la mañana á la noche exageraba su actividad, rehusando con frecuencia acompañar á los muchachos en sus paseos, con el pretexto de una limpieza general de la casa ó de una gran leña.

Pero Lázaro era entonces el más ruidoso, el más expansivo; su fastidio había desaparecido por completo; silbaba en la escalera, y decía que los días eran demasiado cortos.

Y no hacía nada, porque la nueva pasión que le había invadido parecía ocuparle más allá de su tiempo y de sus fuerzas....

¡Otra vez conquistaría el mundo!

Porque todos los días, en la hora de la comida, formaba nuevos y extraordinarios proyectos para el porvenir: ya no le gustaba la literatura, y confesaba que no se presentaría á los exámenes necesarios para ingresar en el profesorado, aunque largo tiempo había permanecido encerrado en su cuarto con tal pretexto, y tan desalentado, que no abría un libro.

¿Pero no era un estúpido sólo por haber pensado atarse las manos en el profesorado, para luego escribir romances y novelas?

¡De ninguna manera! ¡nada mejor que la política!

Y su plan estaba bien trazado: conocía un poco al diputado por Caen, le acompañaría á París en calidad de secretario particular, y allí, en pocos meses, haría su carrera, porque el Imperio tenía necesidad de jóvenes inteligentes.

Cuando Paulina, inquieta con aquel galope de ideas y palabras, intentaba calmarle, aconsejándole un empleo modesto y seguro, él la recriminaba por su prudencia, y la llamaba *abuela* con acento de mofa; y el ruido volvía á empezar, y la casa resonaba con alegría demasiado estrepitosa que denunciaba una miseria oculta.

Un día en que Lázaro y Luisa habían ido solos á Verchemont, Paulina, teniendo necesidad de una receta para abrillantar el terciopelo, subió á registrar el armario de su primo, donde creía haberla visto, sobre un pedazo de papel, entre dos hojas de un libro.

Y allí, al lado de unos folletos, encontró el viejo guante de su amiga, aquel guante olvidado en cuyo olor él se embriagaba con tanta frecuencia hasta una especie de alucinación carnal.

Aquel hallazgo fué para la joven como un rayo de luz: reconoció el objeto que Lázaro escondió con tanta precipitación la noche en que ella subía repentinamente para decirle que bajase á comer.

Y cayó en una silla, anonadada por tal revelación.

¡Dios mío! ¡Él amaba ya á aquella muchacha antes de que ésta volviera á entrar en la casa! ¡Él vivía

con ella! ¡Él había llevado á sus labios aquel pedazo de piel que guardaba algo de su olor!

Y fuertes sollozos sacudieron su corazón, mientras sus ojos, anegados en lágrimas, contemplaban el guante, que ella conservaba entre sus manos trémulas.

—Y bien, señorita, ¿la habéis encontrado?— preguntó en la escalera la recia voz de Verónica, que subía.—Me parece que la mejor receta es frotarle con una corteza raída de tocino.

Y entró.

Al principio no pudo comprender lo que ocurría, viéndola deshecha en lágrimas y con los dedos crispados sobre el viejo guante; mas pronto olfateó el cuarto, y adivinó el motivo de tanta desesperación.

—¡Demonio!—exclamó con la brutalidad que manifestaba en ocasiones.—¡Ya debíais esperar lo que sucede! ¡Yo os lo había prevenido! Vos misma los habéis reunido y ellos.... se divierten.... Y además, puede que la señora tuviera razón; es decir, que esa muñeca le caliente más que vos....

Y meneó la cabeza, añadiendo en voz sombría, como si hablase con ella á solas:

—¡Ah! ¡La señora veía claro, á pesar de sus defec-

tos! ¡Lo que es yo no puedo tragar eso de que haya muerto!

Por la noche, en su cuarto, luego que cerró la puerta y puso la palmatoria en la cómoda, Paulina se sentó en el borde de su cama, diciéndose que ella debía hacer lo posible para casar á Lázaro y Luisa. En todo el día, sintiendo zumbidos sordos que la rompían el cráneo, había podido formular un pensamiento preciso; y en aquella hora de la noche, cuando podía sufrir sin testigos, dedujo tal consecuencia como lógica é inevitable.

Sí, era menester casarlos: esto resonaba en el interior de su conciencia como una orden, como voz de razón y de justicia que no podía hacer que enmudeciese.

Por un momento, ella, tan valerosa, volvióse asustada, creyendo oír la voz de su tía, que la imponía la obediencia; y entonces, aunque estaba vestida, cayó sobre el lecho y hundió la cabeza en los almohadones para sofocar sus gemidos.

¡Oh! ¡Entregarle á otra! ¡Verle en los brazos de otra, y para siempre, y sin esperanza de recobrarle!

No, ella no tendría valor para tanto sacrificio; ella quería mejor continuar viviendo aquella vida

miserable; nadie le obtendría, ni ella misma, ni la otra, y él se consumiría en larga espera.

No tardó en caer en desfallecimiento grandísimo, porque su carne estaba aniquilada.

Entonces se echó en la cama, no teniendo fuerzas para desnudarse, y razonó largamente: intentó demostrarse que Luisa haría más por la felicidad de Lázaro que ella misma.

¿No le había sacado de su fastidio sombrío con las caricias de amante?

Indudablemente él necesitaba una mujer así, colgada siempre de su cuello, haciendo huir con sus besos las ideas téticas, los terrores de la muerte.

Y Paulina se encontraba, comparándose con la otra, demasiado fría, sin amorosa gracia de mujer, no teniendo sino la bondad, y ésta no significa nada para los jóvenes.

Otra consideración la impresionó más todavía; ella estaba arruinada, y los proyectos de porvenir que formaba su primo, aquellos proyectos que tanto la inquietaban, exigían mucho dinero.

¿Podía ella imponerle la estrechez en que vivía la familia, la medianía que tanto le repugnaba?

Esta existencia sería terrible, de continuos dolores, de amarguras y querellas por las ambiciones perdidas.

Ella le aportaría todos los rencores de la pobreza, mientras Luisa, que era rica, le abriría las grandes situaciones que él soñaba; asegurábase que el padre de la joven tenía reservada á su yerno una buena plaza, un puesto acaso en la Banca; y aunque Lázaro afectaba desdeñar á los hombres de negocios financieros, las cosas se arreglarían á satisfacción de ambos.

No podía vacilar más, y aun sospechaba que cometería una acción villana si no casaba á los dos jóvenes: este matrimonio se le representaba en su insomnio como desenlace natural y necesario que debía apresurar, so pena de perder su propia estimación.

La noche entera se pasó en medio de tal lucha.

Al rayar el alba, Paulina se desnudó: estaba ya tranquila, y disfrutó en el lecho de profundo reposo, aunque sin dormir un instante; jamás se había sentido tan ligera, tan desprendida de sus sentimientos; todo concluía; acababa de cortar los lazos de su egoísmo, y no esperaba en nada ni en nadie; tenía, en suma, el placer sutil y delicado del sacrificio.

El orgullo de su abnegación se desvanecía, y aceptaba que los suyos fuesen dichosos aunque ella fuera desgraciada. ¡Esto era el grado supremo en el amor al prójimo!

Desaparecer uno mismo; darlo todo, sin creer que se da bastante; amar hasta el punto de alegrarse de una felicidad que no se logra y que no se tendrá nunca.....

El sol resplandecía en el espacio cuando Paulina se durmió con profundo sueño.

* * *

Aquel día bajó muy tarde al comedor.

Al despertar había tenido la satisfacción de coordinar sus resoluciones de la noche anterior, claras y firmes, y en seguida se apercibió de que se olvidaba de ella misma, de la situación que iba á tener en lo sucesivo; porque si tenía valor para casar á Lázaro y Luisa, ¿jamás le tendría para vivir con ellos!

La abnegación no pasa de ciertos límites, y ella temía también la vuelta de sus violencias, una escena cruel en la que sería víctima.

Además, ¿no hacía ya bastante? ¿Quién hubiera tenido la crueldad de imponerla aquella tortura inútil?

Su resolución fué tomada en el acto, irrevocablemente.

Dejaría para siempre la casa, llena de tantos recuerdos; era su vida que cambiaba en absoluto, y no retrocedía, y llevaba hasta el fin el sacrificio.

En el almuerzo mostró la tranquila alegría que nunca la abandonaba.

La vista de Lázaro y Luisa, cuchicheando y riendo, la dejó valiente y serena, sin otra debilidad que gran frío en el corazón.....

Luego, como era sábado, imaginó animarlos á los dos á dar un largo paseo, á fin de estar sola cuando llegara el Dr. Cazenove.

Efectivamente, ellos partieron, y Paulina tuvo la precaución de ir á esperar al doctor en el camino.

El médico, en viéndola, quiso que subiera á su cabriolé para regresar á su casa; mas ella le rogó que, por el contrario, se apease, para regresar despacio á pie, mientras Martín conducía delante el carruaje desocupado.

Y Paulina, en breves palabras, desahogó su corazón: todo se lo dijo; su proyecto de dar Lázaro á Luisa, y su voluntad de dejar la casa, porque esta confesión le parecía necesaria.

Cazenove se detuvo súbitamente en medio del camino, y la cogió entre sus brazos largos y delgados; temblaba de emoción, y la dió un fuerte beso en los cabellos.

—Tienes razón, hija mía..... y ¿qué quieres? me alegro infinito, porque esto podría acabar mucho

peor. Hace meses que me atormenta esa idea, y yo estaba enfermo de pena cuando iba á vuestra casa, y adivinaba que eras desgraciada..... ¡Ah! ¡te ha desvalijado hermosamente esa buena familia! Primero, el oro; después, el corazón.....

La joven quiso interrumpirle.

—Amigo mío, yo os suplico..... ¡Los juzgáis mal!

—¿Mal? posible será, pero esto no impide que me regocije por tí. ¡Vaya, vaya! Da tu Lázaro, y cree que no haces á la otra un lindo presente..... ¡Oh! sin duda que es joven muy gallardo y lleno de las mejores intenciones; pero..... la verdad es que prefiero que la otra sea desgraciada con él, y no tú..... Estos haraganes, á quien la vida fastidia, son cargas muy pesadas de llevar, hasta para espaldas más recias que las tuyas. ¡Mejor te desearía yo un mozo leñador, sí, un leñador, que esté alegre de la mañana á la noche, y ría hasta ahuecarse las mejillas!

Luego, viendo las lágrimas que subían á los ojos de Paulina, añadió con voz acariciadora:

—¡Bueno, bueno! ¡Ya sé que le amas! ¡No hablemos de eso!..... ¡Ea! bésame otra vez, hija mía, que eres muy valiente para tener tanta razón de sobra..... ¡Y el imbécil que no comprende!.....

Y él la tomó del brazo y la estrechó paternalmente.

Desde entonces hablaron con prudencia y empezaron á andar con lentitud.

En primer lugar, claro es que ella no debía permanecer en Bonneville, y él se encargaría de encontrarla un acomodo: justamente tenía en Saint-Lô una parienta anciana y rica, que buscaba una señorita de compañía.

La joven estaría allí perfectamente, y tanto más, cuanto que aquella señora, no teniendo hijos, podría aficionarse á ella, quererla y adoptarla.

Todo quedó convenido, y él la ofreció una respuesta definitiva de su parienta antes de tres días, conviniendo en no hablar á nadie de este formal proyecto de partida.

Ella temía que las gentes viesan allí como una amenaza, y por lo tanto anhelaba que el casamiento se celebrase, y marchar en seguida, á la mañana siguiente, sin ruido alguno, como persona en lo sucesivo inútil en la casa.

A los tres días recibió una carta del doctor: se la esperaba en Saint-Lô desde el momento en que quedase libre.

Y el mismo día, aprovechando una ausencia de

Lázaro, ella misma condujo á Luisa á un ángulo retirado del huerto, sentándose en un viejo banco, bajo espeso toldo de tamarindos.

Enfrente, por encima de la tapia, sólo se veía el mar y el cielo: una inmensidad azul cortada en el lejano horizonte por línea casi imperceptible.

—Querida mía—dijo Paulina con su paternal acento;—vamos á hablar como hermanas, ¿quieres? Tú me amas algo....

Luisa la interrumpió, abrazándola por el talle.

—¡Oh, sí!

—Pues bien; si me amas, haces mal en no decirme todo. ¿Por qué guardas tus secretos?

—¡Si yo no tengo secretos!

—Sí, sí... búscalos. Vamos, ábreme tu corazón.

Las dos se miraron tan cerca durante un momento, que sentían el tibio aliento; pero los ojos de la una se enturbiaban con la mirada límpida de la otra.

El silencio era penosísimo.

—¡Dímelo todo! Las cosas que se hablan están cerca de ser arregladas, y disimulándolas, ocultándolas, se pueden convertir en malas ¿No te parece así? Ya ves que no sería muy agradable inmodarnos otra vez....

Entonces Luisa, súbitamente, sin dejarla acabar, estalló en sollozos; oprimíala el talle con manos convulsivas; dejó caer su cabeza sobre el hombro de Paulina, y balbuceó, por fin, entre lágrimas:

— ¡Oh! ¡mal hecho en recordar esas cosas! ¡No debíamos hablar de ellas, nunca, nunca! Despideme inmediatamente, antes que causarme tanta pena.....

En vano Paulina procuró tranquilizarla.

— No, no..... Yo comprendo bien. ¡Sospechas de mí todavía! ¿Por qué me hablas de un secreto? No tengo ninguno, te lo juro; todas mis acciones se dirigen á que tú nada tengas que echarme en cara. No tengo yo la culpa de que ocurra algo que te alarme; pero ten entendido que vigilo hasta mi manera de reir, aunque no lo aparente..... Y si no me crees, Paulina, marcharé, marcharé inmediatamente.....

Estaban solas en el ancho espacio; el huertecillo; devastado por el viento del Oeste, se extendía á sus pies como terreno inculto; el mar inmenso desarrollaba en lontananza su eterno infinito.

— ¡Pero escúchame! — exclamó Paulina. — No te dirijo ningún reproche, sino que, por el contrario, deseo tranquilizarte.

Y poniéndola ambas manos en los hombros, y

obligándola á levantar los ojos, la dijo dulcemente, cual madre que interroga á su hija:

— ¿Amas á Lázaro? ¡Y él también te ama! Lo sé.....

Una oleada de sangre azotó el rostro de Luisa, quien tembló con más violencia, y quiso apartarse de Paulina y huir.

— ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy si no me comprendes! ¿Quieres que tratase yo de ese asunto sólo por el placer de atormentarte?.... Os amáis, ¿no es cierto?..... Pues bien; ¡yo quiero que os caséis!

Luisa, aturdida, cesó de resistir, y el estupor de su alma la secó las lágrimas, la dejó inmóvil, con las manos caídas, inertes.

— ¡Cómo! ¿y tú?

— ¿Yo, querida mía?..... Pues yo me he preguntado seriamente hace ya algunas semanas, por la noche, en las horas en que se ve más claro....., y he reconocido que sólo sentía por Lázaro una buena amistad..... ¿No lo observas tú misma? Somos él y yo dos camaradas, dos muchachos que se estiman, y no hay en nosotros ni el menor sentimiento de enamorados.....

Y Paulina elegía las frases para que su mentira pareciese verosímil.

Pero su rival seguía mirándola fijamente, como si quisiese adivinar el sentido exacto de tales palabras.

—¿Por qué mientes?— murmuró Luisa.—¿Eres capaz de dejar de amar, después de haber amado?

Paulina se turbó, y dijo:

—¿Pero qué te importa eso? Vosotros os amáis, y lo natural es que él se case contigo..... ¿Yo? Pues yo, que he sido educada con él, quedaré siendo su hermana. Las ideas pasan cuando se ha esperado largo tiempo..... Y además, hay otras razones.....

Mas ella comprendió al punto que se metía en laberinto inextricable, que se extraviaba, y repuso con la mayor franqueza:

—¡Oh, querida mía! ¡déjame hacer! Si yo le amo todavía bastante para desear que sea tu marido, es porque ahora considero eso como necesario á su felicidad. ¿Te desagrada? ¿No harías lo mismo por mí? Vamos, hablemos claramente. ¿Quieres entrar en el complot? ¿quieres que tú y yo nos entendamos para obligarle á ser dichoso? Y si él se incomodase, creyendo que me debía algo, sería necesario que me ayudases á persuadirle, porque eres tú la que ama, eres tú la mujer que necesita..... ¡Yo te lo ruego! Sé cómplice conmigo, y convengámoslo todo ahora que estamos solas.

Pero Luisa observaba que Paulina estaba trémula, desolada en medio de sus ruegos, y replicó rechazándolos:

—No, no, no acepto. ¡Sería abominable si lo hiciéramos así! Tú le amas, lo sé, y estás inventando ficciones para martirizar tu corazón más y más..... En vez de ayudarte, se lo diré todo cuando él vuelva.

Entonces Paulina la abrazó con fuerza, la impidió continuar oprimiéndola la cabeza contra su pecho.

—¡Cállate, mala niña!— dijo.—Es necesario que pensemos en él.

Y las dos callaron, permaneciendo así abrazadas.

Pero Luisa cedía, abandonándose á su amiga con languidez acariciadora, y un golpe de lágrimas subió á sus ojos, lágrimas dulces que salieron lentamente; sin hablar, estrechaba en sus brazos á Paulina, como si no encontrase en sí misma nada más discreto ni más íntimo para darla gracias; conocía que era superior á ella, y no se atrevía ni aun á levantar la mirada, por miedo de no hallar la de su amiga.

Mas al cabo de algunos segundos echó hacia atrás la cabeza con una sonriente confusión en el rostro, levantó los labios y dió á Paulina un beso mudo.....

El mar á lo lejos, bajo el cielo sin mancha, sólo tenía una ola inmensa que rompiese el azul purí-

simo: había allí una sencillez, una pureza sin límites en la cual se perdían las palabras que ellas no se atrevían á pronunciar.

 Cuando Lázaro regresó, Paulina subió á su cuarto para hablarle, aquel ancho cuarto tan amado en que los dos habían vivido felices horas.

Porque anhelaba completar su obra en el mismo día, y, sin transición alguna, habló resueltamente á su primo.

La cámara estaba llena todavía de los recuerdos de aquellas horas; las algas secas aparecían en el suelo; el modelo de las estacadas yacía sobre el piano; la mesa desaparecía bajo montones de libros y de papeles de música.

—Lázaro—dijole Paulina.—¿Quieres que hablemos un rato? porque tengo que decirte cosas muy serias.

Él, aparentando mucha sorpresa, colocóse delante de ella.

—¿Pues qué ocurre? ¿Acaso papá te ha amenazado?

—No, no, escucha; es menester que resolvamos este asunto, porque nada se adelanta con callar y

callar. ¿Te acuerdas de que mi tía formó el proyecto de casarnos? Acuérdate igualmente de que hemos hablado de eso muchas veces, y últimamente pocas semanas ha..... Pues bien: yo creo que procederíamos con cordura en esta ocasión renunciando á ese proyecto.

El joven se puso muy pálido: no la dejó concluir, y gritó con iracundia:

—¿Qué? ¿qué dices ahí? ¿Pues no eres ya mi mujer? Mañana, si quieres, iremos á casa del cura para terminar de una vez..... ¿Y es eso lo que llamas cosas serias?

Ella le respondió con su voz más serena.

—Es muy serio, puesto que te incomodas..... Te repito que es necesario hablar; cierto que somos antiguos camaradas, pero me temo que no hay en nosotros ni una hilacha de enamorados; ¿á qué obstinarnos en un proyecto que no ha de hacer la felicidad de uno ni la de otro?

Entonces Lázaro prorrumpió en palabras entrecortadas.

¿Era una querrela lo que buscaba Paulina? Pues no podía él estar á todas horas colgado del cuello de su prima.

Y si se hubo diferido el matrimonio, bien sabido es que...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

ella que no fué por culpa suya, y era injusto venir ahora á decirle que no la amaba. ¡La había amado tanto, y precisamente en aquel mismo cuarto, que jamás se atrevió á tocarla con sus manos, por el temor de no poderse contener y producirse indignamente!

Paulina, ante este recuerdo, sintió en sus mejillas un rubor ardiente; él tenía razón; ella se acordaba de los deseos contenidos, del aliento ardoroso en que la envolvía el joven; pero ¡cuán lejos estaban aquellas horas de estremecimientos deliciosos! ¡qué fría amistad de hermano la manifestaba ahora!

Así es que respondió con voz triste:

—¡Pobre amigo mío! Si efectivamente me amases, en lugar de defenderte, como lo haces, estarías ya en mis brazos, y llorarías, y me dirías otras cosas muy distintas para convencerme.....

Él palideció más, hizo un ademán de protesta, y se dejó caer sobre una silla.

—No, no—continuó Paulina—es claro que no me amas..... ¡Qué quieres! No estaremos destinados el uno para el otro..... Cuando nos reuníamos aquí, juntos, estabas obligado por las circunstancias á pensar en mí, y sólo en mí; pero más tarde, la idea se te ha pasado, porque no tenía nada para retenerte conmigo.

Una sacudida de exasperación le arrebató, y moviéndose en su silla, tartamudeaba:

—Pero vamos á ver, ¿á dónde vas á parar? ¿qué significa todo eso? Llego de paseo muy tranquilamente, subo á mi cuarto para ponerme las zapatillas y tú me caes encima de la espalda, y me cuentas historias extravagantes..... Que no te amo, que no hemos sido hechos el uno para el otro, que es menester desechar el proyecto de nuestro casamiento.... ¿Me quieres decir qué significa todo esto?

Paulina, que se había aproximado á él, le dijo lentamente:

—Esto significa que amas á otra, y yo te aconsejo que te cases con ella.

Lázaro se quedó al oirla como si estuviera mudo. Pero bien pronto empezó á burlarse. ¡Bueno! Las antiguas escenas reaparecerían, y otra vez los celos iban á echarlo todo á rodar. ¡Si ella no podía verle contento un solo día! ¡Si era necesario que ella hiciese el vacío alrededor de él!....

Paulina le escuchaba con ademán de dolor, y repentinamente le puso en los hombros las manos temblorosas y dejó ver todo su corazón en este gemido involuntario:

—¡Oh, amigo mío! ¿puedes creer que yo anhele

hacerte daño? No comprendes entonces que sólo deseo tu dicha, que aceptaría todo por asegurarte un placer de una hora.... ¿No es eso? Tú amas á Luisa: pues te digo que te cases con ella. Compréndeme bien: yo no figuro aquí para nada; yo te la doy....

Y él la miró con extravío.

En aquella naturaleza nerviosa y sin equilibrio, los sentimientos saltaban, con la menor sacudida, de extremo á extremo.

Sus párpados latían con violencia, y estalló en sollozos.

—¡Cállate, cállate! ¡Soy un miserable! Sí, me desprecio por todo lo que acontece en esta casa hace muchos años.... ¡Yo soy tu acreedor, y no lo niego! Te hemos cogido tu dinero y yo lo he derrochado como un imbécil, y ahora mismo he caído tan bajo que me haces la limosna de una palabra empeñada, una palabra que me devuelves por compasión, como á hombre que no tiene valor ni honor.

—¡Lázaro, Lázaro!—murmuró ella asustada.

Y con un movimiento furioso, él se puso de pie y empezó á andar, y se golpeaba el pecho con los puños.

—¡Déjame! ¡Debiera matarme en seguida para hacerme justicia! ¿No eres tú la que yo debía amar?

¿No es abominable desear á la otra porque no me estaba destinada, porque es menos buena y menos bella que tú? ¡Cuando un hombre cae en estas honduras, es porque tiene fango en el alma!.... Ya ves que nada te oculto, que no quiero excusarme.... Ahora, escucha: antes que aceptar tu sacrificio, yo mismo pondré á Luisa en la calle, y me iré á América, y no volveré á veros nunca, nunca, ni á una ni á otra.

Paulina se esforzó en tranquilizarle y en hacerle razonar; ¿pero no había de aceptar las cosas una vez siquiera sin exageración? ¿no veía cómo ella le hablaba con prudencia, después de haber reflexionado mucho? Aquel casamiento sería excelente para todos, y si ella hablaba del asunto con voz tan sosegada, era porque, lejos de sufrir por él, ahora le deseaba....

Mas en su deseo de convencerle, tuvo la poca habilidad de hacer una alusión á la fortuna de Luisa y dar á entender que el padre de ésta, al día siguiente de su matrimonio, le daría una buena colocación.

—¡Eso es!—gritó con arrebató.—¡Véndeme ahora, de presente! ¡Di también que no debo amarte porque te he arruinado! ¡Declara que me falta aún co-

meter la villanía de ir por eso á casarme con una muchacha rica!..... ¡Ah, no! Todo eso es demasiado grosero. ¡Jamás! ¿oyes? ¡jamás!

Paulina, cuyas fuerzas la abandonaban, cesó de suplicar, y reinó penoso silencio.

Lázaro había caído otra vez en la silla, con las piernas destrozadas por el cansancio, y Paulina andaba lentamente por el cuarto, parándose delante de cada mueble, de aquellos objetos que eran antiguos amigos suyos: la mesa en que tantas veces apoyó sus brazos, el armario donde estaban guardados aún los juguetes de su infancia.....

¡Si él la amase bastante para rechazar á la otra!

Pero ella conocía al joven, que ocultaba el mayor abandono bajo la fogosidad primera de sus bellos sentimientos; y además, estaba ya cansada de esperar, y temía ceder á una astucia de su debilidad de mujer.

—Ya reflexionarás—concluyó, parándose delante de él.—No quiero atormentarte más, porque estoy seguro de que mañana serás más razonable.

El día siguiente, no obstante, se pasó en una especie de tristeza que llenaba de sombras toda la

casa: Luisa tenía los ojos enrojecidos; Lázaro huía de ella, y estuvo largas horas encerrado en su cuarto.

Pero en los días sucesivos se dispó lentamente la tristeza, y volvieron á empezar las risas, los cuchi-cheos, los rozamientos furtivos y apasionados.

Paulina esperaba, sintiéndose animada de locas esperanzas á pesar de su fría razón: antes de aquella incertidumbre cruel parecíala no haber conocido el sufrimiento, y una tarde, hacia la hora del crepúsculo, cuando bajaba á la cocina para tomar una bujía, encontró á Lázaro y Luisa que se abrazaban al pie de la escalera.

La joven huyó de allí riéndose, y él, alentado por la obscuridad que reinaba, atrajo hacia sí á Paulina, y la plantó en ambas mejillas dos fuertes besos de hermano.

—He reflexionado—murmuró—y comprendo que tú eres la mejor, la más prudente.... Pero te amo siempre, y te amo como amaba á mi madre.....

Ella tuvo fuerzas para responder:

—Pues asunto arreglado, y ya estoy satisfecha.

Mas temiendo perder el sentido, no se atrevió á entrar en la cocina, porque adivinaba su palidez y sentía frío en el rostro; y sin luz subió á su cuarto, diciendo que se le había olvidado la palmatoria.

Y allí, en la obscuridad de la noche, creyó que iba á morir sofocada, no hallando lágrimas en su corazón.

¿Qué le había hecho ella, ¡Dios mío! para que aquel hombre desgarrase de tal modo sus heridas? ¿No podía haber aceptado desde el primer instante, cuando ella tenía valor para todo, en lugar de haberla hecho concebir una esperanza vana?

Ahora el sacrificio era doble: ella le perdía segunda vez, y con tanto más íntimo dolor, cuanto que se imaginaba haberle vuelto á su antiguo afecto.

¡Oh, Dios mío! ella tenía valor, pero era una crueldad inaudita hacerla sufrir tan ingrata carga.

Todo se arregló inmediatamente.

Verónica, semejante á una estúpida, sólo comprendía que las cosas marchaban al revés desde la muerte de la señora; pero el pobre Chanteau sufrió un trastorno completo cuando supo la noticia.

Él, que de ordinario no se ocupaba en nada, y que movía la cabeza con signos de aprobación á cada antojo de los demás, como retirado en el egoísmo de los minutos de calma que robaba á sus incesantes dolores, rompió á llorar cuando Paulina misma le comunicó la noticia.

Él la miraba, balbuceaba palabras extrañas y aun

confesiones involuntarias: no había sido por culpa suya; hubiera anhelado hacer el casamiento hace mucho tiempo, por el dinero y por el matrimonio; ella sabía perfectamente que él se encontraba casi siempre demasiado mal....

Y entonces Paulina le abrazó alegremente, jurándole que era ella, sólo ella, la que obligaba á Lázaro á casarse con Luisa, por razones de estricta conveniencia.

Al principio Chanteau no la creía, y cerraba los ojos con ademán de tristeza, repitiendo:

—¿Es verdad? ¿es verdad?

Y luego, como la veía reír, se consoló pronto y aun se manifestó jovial, porque aquel viejo asunto le oprimía el corazón, sin que él se atreviese á hablar.

Besó á Luisita en las mejillas, y por la noche, de sobremesa, cantó una antigua balada.

Pero al retirarse al lecho, acompañándole cariñosamente Paulina, manifestó grande inquietud.

—Tú quedarás con nosotros, ¿no es eso? — preguntó.

La joven titubeó un segundo, y en seguida contestó, ruborizándose de la mentira:

—Sin duda, tío.

*
**

Empleóse más de un mes en el arreglo de las formalidades: el Sr. Thibaudier, padre de Luisa, había accedido con agrado á la petición de Lázaro, que era ahijado suyo, y no hubo entre los dos un punto de discusión en nada, sino cuando el joven rehusó en absoluto marchar á París para dirigir una compañía de seguros de la cual el banquero poseía gran número de acciones.

Porque Lázaro quería pasar un año ó dos en Bonneville, donde pensaba escribir una obra literaria, magistral, antes de presentarse en París; y entonces el Sr. Thibaudier se contentó con alzarse de hombros, y tratarle amistosamente de gran idiota....

El casamiento debía efectuarse en Caen, y durante los quince días últimos hubo entre los dos pueblos idas y venidas casi diarias, una fiebre extraordinaria de viajes. Paulina se aturdió, acompañaba á Luisa, y regresaba aniquilada.

Como Chanteau no podía moverse de Bonneville, ella tuvo que prometer asistir á la ceremonia para representar á la familia de su primo, y la proximidad del día la aterraba.

La víspera se arregló perfectamente para no hacer noche en Caen, porque sospechaba que así padecería más levemente, regresando á Bonneville para dor-

mir en su lecho, arrullada por el rumor del mar: expuso, por consiguiente, que la salud de su tío la inspiraba serios temores, y ella quería no estar lejos de él por largo espacio de tiempo.

Inútilmente el mismo Chanteau la instaba á pasar algunos días en Caen. Pues qué, ¿estaba entonces enfermo? Al contrario; muy excitado por la idea de la boda y del banquete, al cual no podía concurrir, meditaba ya con socarronería exigir á Verónica un plato prohibido, una perdiz trufada, por ejemplo, que cuantas veces la comía otras tantas le acarrea una violenta crisis.

Mas á pesar de todo, ella declaró que regresaría por la noche, contando así con más libertad para hacer su maleta en la mañana siguiente y desaparecer.

Una lluvia finísima caía, y acababan de dar las doce de la noche, cuando la vieja berlina del tío Malivoire condujo á Paulina á Bonneville el día del casamiento.

Vestida con traje de seda blanca, y mal abrigada con su ligero chal, estaba trémula, muy pálida y con las manos abrasando.

En la cocina encontró á Verónica, que la esperaba, dormida sobre un ángulo de la mesa, y no

pudo obtener de ella sino palabras confusas: que el señor no había sido prudente, que entonces dormía y que nadie vino á la casa.

Paulina tomó una bujía y subió á su cuarto, helada en aquella casa vacía, desesperada hasta morir por el silencio y las tinieblas que la agobiaban los hombros.

Y cuando iba presurosa á refugiarse en su dormitorio, un movimiento irresistible, del que ella misma se extrañaba, la hizo abrir la puerta del cuarto de Lázaro, y levantó la luz para mirar hacia dentro, como si la cámara le pareciese llena de humo.

Nada había cambiado, cada mueble estaba en su sitio, y sin embargo sintió vagamente como una sensación de desastre, de aniquilamiento; un miedo íntimo, profundo, como en la cámara de un muerto.

Con pasos lentos, acercóse á la mesa, miró el fintero, la pluma, una página comenzada que estaba fresca todavía.... Y en seguida salió.

Todo había concluído; ¡la puerta se cerraba sobre la soledad de aquel cuarto!

En el suyo volvió á sentir Paulina la misma sensación de lo desconocido: ¿era aquél su cuarto, con las rosas azules del papel de las paredes, con un an-

gosto lecho de hierro, bajo cortinaje de blanca muselina?

¡Y vivía allí hacía tantos años!

Sin dejar la bujía, ella, siempre tan valerosa, separó las cortinas, miró debajo del lecho y detrás de los muebles, escudriñó toda la pieza: era como si un estupor inmenso la obligase á quedar de pie delante de las cosas y los sucesos.

Jamás hubiera creído que tal angustia pudiese caer desde aquel techo, y deploraba entonces no haberse quedado en Caen, sintiendo aquella casa más terrible todavía, poblada de recuerdos y desierta, en la frialdad de las tinieblas y en noche de recia lluvia.

La idea de acostarse le pareció insufrible; sentóse aun sin haberse quitado el sombrero, quedó inmóvil algunos minutos, miraba con ojos muy abiertos la luz de la bujía que la cegaba.

Pero súbitamente se estremeció asombrada: ¿qué hacía en aquel sitio, con la cabeza henchida de un tropel tumultuoso de ideas cuyo zumbido ensordecedor la impedía pensar? Era ya la una; mejor estaría en la cama: empezó á desnudarse con manos ardorosas y torpes.

Una necesidad de orden persistía en aquella di-

sipación de la vida; guardó cuidadosamente el sombrero, miró á sus botinas para ver si se habían destrozado, dejó su traje doblado sobre el respaldo de una silla, y cuando estaba en enaguas y en camisa, dejó caer la mirada sobre su garganta de virgen, y poco á poco se llenaron de rubor y de púrpura sus mejillas.

En la turbación de su cerebro, las imágenes se precisaban, se levantaban distintas: los otros dos, en su alcoba nupcial, allá abajo, una alcoba que ella conocía y que ella misma, por la mañana, había adornado con flores; la desposada estaba en el lecho y él entraba, se acercaba con sonrisa de ternura.....

Y entonces, con ademán violento hizo deslizar sus enaguas, quitóse la camisa, y completamente desnuda se contemplaba todavía.

¿Pero no había para ella las delicias del amor?

¡Jamás llegarían sus bodas!

Y su mirada descendía por el seno, mórbido y torneado, y por sus anchas caderas, y por su vientre donde estaba adormecida una maternidad poderosa.

Ella era, sí, robusta y potente; la savia de la vida llenaba sus miembros, palpitaba en los pliegues más

secretos de su carne; respiraba su propio aroma de mujer, como un ramo de flores que se abren esperando el instante de la fecundación (1).

Y no era ella, era la otra quien estaba en el fondo de la alcoba, allá abajo, mecida en los brazos de su marido, aquel hombre á quien ella misma esperaba hacía tantos años.

Y, sin embargo, estaba orgullosa, altiva, gozando de la dicha de ser mujer.....

Entonces la rabia de los celos la mordió las entrañas, en presencia de los cuadros que su excitada fantasía continuaba desarrollando: ella quería vivir, vivir por completo, vivir con la dicha de la vida, porque amaba la vida.....

Ella era más hermosa que la otra, era más fuerte, y, sin embargo, él no la había elegido; nunca le conocería; nada de ella debía esperarle, ni los brazos, ni los labios, ni las caderas; todo su cuerpo entonces podía ser arrojado á la nada, como harapo inútil. ¿Pero era posible que ellos estuviesen juntos, cuando ella estaba sola, tiritando de fiebre, en aquella casa fría?

(1) Omitimos aquí una descripción demasiado *naturalista*, que no añade ninguna belleza al conjunto de esta magistral escena.—(N. del T.)

De repente se arrojó sobre el lecho, agarró la almohada entre sus brazos convulsos, mordíala para ahogar sus sollozos, intentaba aniquilar su carne sobreexcitada aplastándose sobre el colchón.

En vano sus párpados se cerraban para no ver: veía siempre aquellos cuadros fantásticos, semejantes á monstruosidades que se alzaban en las tinieblas.

¿Qué hacer? ¿arrancarse los ojos? ¡Y veríalos todavía! ¡y veríalos siempre!

Los minutos pasaban, y no tenía conciencia sino de la eternidad de su tortura.

Un estremecimiento la volvió á la realidad: alguien estaba allí, porque ella había oído una risa.....

Pero sólo encontró que la bujía se acababa, y que la llama hizo saltar la arandela. ¿Si alguno la hubiese visto?

Aquella risa imaginaria corrió por su piel como una caricia brutal; el pudor la asaltaba con fuerza, y cruzó los brazos por debajo de la garganta para no verse ella misma; púsose vivamente una camisa de dormir, y se hundió entre las sábanas, cubriéndose hasta la barba.

Quando la bujía se consumió, Paulina ya no se

movía, anonadada por la vergüenza ó la crisis que acababa de pasar.

*
**

Al ser de día hizo su maleta, aunque no encontraba manera de anunciar su marcha á Chanteau; pero fué necesario decírselo todo antes de la noche, porque el doctor Cazenove vendría á buscarla en la mañana del siguiente día, para llevarla á casa de su parienta.

Cuando el gotoso comprendió, levantó sus débiles brazos de enfermo, con ademanes de loco, para tenerla; balbuceaba, suplicaba, decía que jamás haría aquello, que no le abandonaría, porque tanto era asesinarlo, y él moriría al punto.

Luego, comprendiendo la dulce firmeza de su sobrina, se decidió á confesar el daño que se había hecho la tarde anterior, comiendo una perdiz trufada cuyas puntas ligeras le abrasaban ya las articulaciones: siempre la misma lucha, y ella no tendría valor para dejarle abandonada en medio de un violento acceso.

Y efectivamente, hacia las seis de la mañana Verónica subió al cuarto de Paulina, para prevenirla que sentía gritar al señor en su cámara; tenía un

humor execrable; clamaba por toda la casa diciendo que si la señorita marchaba, ella también desfilaría bien pronto, porque no era plato de gusto cuidar á un viejo tan poco razonable.

Paulina no tuvo más remedio que instalarse otra vez á la cabecera del lecho de su tío, y cuando el Doctor se presentó para llevársela, ella le mostró al enfermo, que gritaba más fuerte, que la decía que no partiera si tenía corazón.

Todo se retrasó.

Cada día la joven temblaba de ver regresar á Lázaro y Luisa, cuyo nuevo cuarto, la antigua cámara destinada á huéspedes amigos, estaba dispuesto desde el día del casamiento.

Pero ellos se olvidaban en Caen: Lázaro escribía que tomaba notas del mundo financiero antes de ir á encerrarse en Bonneville, para comenzar una gran novela, en cuyas páginas habría de decir la verdad sobre los forjadores de negocios bursátiles.

Pero de pronto llegó una mañana sin su mujer, anunciando que iba á instalarse con ella en París: el suegro le había convencido, y él, Lázaro, aceptaba el puesto en la Compañía de seguros, con el pretexto de que así tomaría mejor sus notas del natural, y más tarde volvería para dedicarse en absoluto á las letras.

Cuando Lázaro llenó dos cajas con los objetos que deseaba llevar consigo, y la berlina del tío Malivoire llegó á la puerta para buscar la carga, Paulina quedó como aturdida, sin que se despertasen sus antiguas violencias.

Chanteau, que aún sufría del último ataque, la preguntó:

—Espero que te quedes, ¿no es verdad? Quédate, si, hasta después de haberme enterrado.

Ella no quiso responderle en el acto.

Arriba estaba su maleta hecha, y ella la miraba durante horas enteras; y como los otros marchaban á París; haría mal en abandonar á su tío.

Cierto que desconfiaba de las resoluciones de su primo; pero si los recién casados volvían, ella estaría entonces libre para alejarse.

Y Cazenove, furioso, diciéndola que así perdía una posición soberbia para ocultar hasta su existencia á unas gentes que vivían á sus expensas desde su juventud, la decidió de repente.

—Vamos, vete—la repetía entonces Chanteau.—Si vas á ganar dinero y ser dichosa, no puedo obligarte á arrastrar los zapatos con un estafermo como yo..... ¡Vete!

Pero una mañana, Paulina le respondió:

—No, tío mío; me quedo.

El Doctor, que estaba presente, marchó furioso, levantando sus brazos al cielo.

—¡Es incomprensible esta muchacha! ¡Y qué avispero es la tal casa! ¡Jamás la infeliz saldrá de ahí dentro!



III.



Después de un invierno muy frío llegó la primavera muy lluviosa, y el mar, azotado de continuo por borrascas, parecía inmenso lago de fango.

Luego el verano tardío se prolongó hasta la mitad del otoño, con sus días de sol ardiente que sofocaban la inmensidad del espacio bajo calores insufribles; y otro invierno reapareció, y otra primavera, y otro verano,

y todos pasaron lentamente, minuto á minuto, con la marcha cadenciosa de las horas.

Paulina, como si su corazón se regulase con el movimiento de relojería de las estaciones, había recobrado su antigua calma: sus penas se adormecían entre las ocupaciones diarias de la casa, que siempre eran las mismas.

Bajaba por la mañana, daba un beso á su tío, vigilaba la limpieza y la cocina, reanudaba con Verónica la conversación que habían tenido el día anterior, sentábase dos veces á la mesa, hablaba un rato por la noche con el gotoso, y se retiraba muy temprano á su dormitorio.

Y en la mañana siguiente volvía á empezar iguales tareas, sin que tal monotonía fuera interrumpida una sola vez por algún suceso inesperado.

Chanteau, cada vez más postrado por la gota, con las piernas rígidas, las manos deformes, permanecía silencioso, cuando no exhalaba gritos, como hundido en la beatitud de no sufrir.

Verónica, que parecía como si hubiese perdido su lengua, llegó á caer en sombría torpeza.

Únicamente los sábados se turbaba algún tanto la paz de la casa, cuando el cura Horteur y el doctor Cazenove iban exactamente á comer: oíanse enton-

ces ruidosos ecos de palabras hasta más de las diez de la noche, y luego, mientras los gruesos zapatos del clérigo resonaban en el pavimento del patio, el coche del médico partía con el pesado trote del viejo caballo.

Hasta la alegría de Paulina se había moderado, aquella alegría valiente que brotaba de su corazón aun en el rigor de las desdichas y los dolores, y su risa franca y sonora no llenaba ya el hueco de la escalera ni el ámbito de las salas.

Ella era como la actividad y la bondad de la casa triunfando del fastidio, presentando en cada mañana un nuevo elemento de vida, el valor de vivir.

Al cabo de un año su corazón dormía, y ella pudo creer que las horas se deslizaban de igual manera, uniformes y dulces siempre, sin que nada despertase sus adormecidos dolores.

En los primeros tiempos, después de la marcha de Luisa á París, cada carta de Lázaro era una turbación para Paulina: ella vivía sólo para tales cartas; ella las esperaba con impaciencia, las leía muchas veces, buscaba hasta más allá de las palabras escritas las cosas que él no decía.

Por espacio de tres meses las cartas llegaron regularmente cada quince días, muy largas, llenas de de-

talles, rebosando halagüeñas esperanzas; Lázaro se apasionaba una vez más, y se había lanzado á los negocios soñando ganar en seguida una fortuna colosal.

A creerlo, la Compañía de seguros realizaba enormes beneficios, y él no pararía allí, sino que aumentaba las empresas, manifestábase encantado del mundo financiero é industrial, gentes de relaciones corteses á quienes había juzgado tan estúpidamente en sus desvarios de poeta.

Todo proyecto literario estaba olvidado, y nada ocultaba de las alegrías de su casa, refiriendo hasta las puerilidades de enamorados, los besos que robaba á su mujer, los nidos en que ocultaban sus amores, y exponía ampliamente su dicha para dar gracias á ella, á quien se la debía, y llamándola «hermana querida.»

Esos detalles, esos pasajes familiares eran precisamente los que imprimían á los dedos de Paulina una fiebre ligera, y ella quedaba luego como aturdida por el perfume del amor que subía del papel, olor de heliotropo, el perfume predilecto de Luisa.

¡Aquel papel había dormido cerca de su lecho! Y ella cerraba los ojos, y veía fulgurar las líneas, y continuar las frases interrumpidas, y se creía en es-

trecha intimidad con la luna de miel de los recién casados.

Pero poco á poco las cartas se hicieron más raras y eran más cortas, y su primo, que cesó de hablar de sus negocios, se contentaba con enviarle expresiones de parte de su mujer....

No daba explicación de esto, sino que cesaba sencillamente de contarlo. ¿Estaba contento en su situación, ó ya le cansaban los asuntos financieros? ¿Acaso la paz del matrimonio estaba comprometida por alguna mala inteligencia?

Paulina hacía mil suposiciones, y se alarmaba por el fastidio, el desaliento que ella adivinaba en el fondo de ciertas palabras, escritas como con pena.

Hacia el mes de Abril, después de seis semanas de silencio, recibió un billete de cuatro líneas; por él supo que Luisa estaba en cinta de tres meses, y luego comenzó otra vez largo silencio, sin que recibiera ninguna noticia.

Mayo y Junio pasaron.

Una gran marejada destruyó las presas, incidente considerable del que se habló mucho tiempo. Bonnevillle entero se burlaba de la obra y los pescadores robaron el maderamen arrancado por las olas.

Ocurrió otra aventura: la niña Gonin, que apenas

tenía trece años, dió á luz una niña, y no había seguridad de que la recién nacida fuese hija del joven Cucho, porque también andaba aquella muchacha con un hombre de cincuenta años....

Luego reinó la calma, y la aldea siguió viviendo al pie de los acantilados como una de las vegetaciones del mar.

En Julio fué necesario restaurar el muro de la terraza y un ángulo entero de la casa, y al dar los albañiles el primer golpe de piqueta, empezó á desmoronarse todo lo restante.

Paulina era la que siempre pagaba: un nuevo hueco se hizo en su cómoda, y su fortuna quedó reducida á unos treinta mil francos: ella manejaba perfectamente la casa con sus trescientos francos mensuales de renta, y en aquella ocasión tuvo que vender nuevos títulos para no sacar el dinero de su tío, que estaba colocado á rédito.

Y claro es que Chanteau, como su mujer en otro tiempo, la decía que llevara cuenta.

¡Ella lo hubiera dado todo! Porque su avaricia se había gastado con el lento derroche de su herencia, y sólo procuraba salvar los céntimos de sus limosnas, porque la desolaba el temor de tener que interrumpir su distribución del sábado.

Una mañana, hacia el mes de Julio, cuando Verónica barria el yeso que habían dejado los albañiles, Paulina recibió una carta que la trastornó.

Era una carta fechada en Caen, y sólo contenía algunas palabras: Lázaro, sin ninguna explicación, la anunciaba que en el día siguiente llegaría á Bonnevillle.

Paulina corrió á anunciar la noticia á su tío, y los dos se miraron: Chanteau expresó en sus ojos el temor que le acometía si el matrimonio pensaba en instalarse allí por mucho tiempo, y aunque nada preguntó, leyó en los ojos de su sobrina la firme resolución de su marcha inmediata.

En efecto, hacia las cinco de la tarde, con un tiempo soberbio, Lázaro bajó del coche delante de la casa, y Paulina se adelantó á recibirle; pero aun antes de darle un abrazo, quedóse extática al ver que venía solo.

—¿Cómo? ¿vienes solo?

—Sí—respondió él simplemente.

Y se adelantó á plantar dos fuertes besos en las mejillas de su prima.

—Y Luisa, ¿dónde está?

—En Clermont, casa de su prima. El médico la ha recomendado el aire de las montañas.... Su embarazo la fatiga mucho.

Y mientras hablaba se dirigía hacia el interior de la casa, mirando á todos los rincones, y mirando más á su prima, con emoción apenas reprimida, que le hacía temblar los labios.

De repente salió de la cocina un perro, para ladrarle en las piernas, y el joven expresó su extrañeza.

—¿Qué es esto?

—Es Lulú—respondió Paulina.—Como no te conocía.... ¡Eh, Lulú! ¿quieres morder á tu amo?

El perro continuó gruñendo.

—Es muy feo, querida. ¿Dónde has pescado esta horrible foca?

En efecto, el pobre animal era muy feo, y además tenía un genio execrable, siempre aullando, con una melancolía de perro desheredado hasta hacer llorar á las gentes que le oían.

—¿Qué quieres? cuando me le dieron, se me figuró que llegaría á ser una soberbia y hermosa bestia, y ya ves, se ha quedado en lo que es....

Entonces Lázaro pensó en los años pasados, en lo que ya no existía, y murmuró en voz baja:

—¡Mi pobre Mateo!

Verónica le recibió en el vestíbulo, moviendo alegremente la cabeza y sin dejar de pelar una zana-

horia; mas él se dirigió inmediatamente al comedor, donde su padre le esperaba, agitado por el rumor de las voces.

Paulina gritó desde la puerta:

—¿Sabes, tío, que Luisa ha ido á Clermont?

Chanteau, cuya inquieta mirada se dilató entonces con alegría, preguntó á su hijo antes de abrazarle:

—¿La esperas aquí? ¿Cuándo vendrá?

—No, no—respondió Lázaro;—iré yo á buscarla antes de regresar á París.... Pasaré con vosotros quince días, y en seguida marcharé.

La mirada de Chanteau se dirigió hacia Paulina con expresión de regocijo; Lázaro le besó, y él le devolvió dos vigorosos besos.

Y conociendo el gotoso que era necesario manifestar sentimiento por la ausencia de Luisa, dijo:

—Es lástima que tu mujer no haya podido venir, porque hubiéramos sido felices con su presencia.... Pero será otra vez.... Prométenos que la traerás otra vez, ¿no es verdad?

Paulina callaba, ocultando bajo aparente alegría y afecto la sacudida interior que había recibido: ya no partiría, y no podía decir si esto la hacía feliz ó desgraciada, sino que sentía una tristeza infinita al

encontrar á Lázaro envejecido, con la boca plegada, los ojos apagados, arrugas en las mejillas y en la frente.

El también la miraba, y pareciale que se había desarrollado más todavía, ganando en belleza y en robustez, porque murmuró sonriendo con pálida sonrisa:

—¡Diablo! ¡aquí sí que habéis sufrido poco durante mi ausencia! ¡Estáis gordos! Papá rejuvenecido; Paulina soberbia..... Y lo peor es que la casa me parece más grande.

Y paseaba por el comedor una mirada circular, como había hecho en el patio y el vestíbulo, sorprendido y emocionado, hasta que vió á la Minucha echada sobre la mesa, con las patas recogidas, y tan ensimismada en su beatitud de gata, que ni siquiera se había movido.

—¡Hasta Minucha no ha envejecido!—añadió.— Dime, ingrata, ¿no podrías reconocerme?

Y aunque se puso á acariciarla, el animal no se movió.

—¡Oh! Minucha no conoce sino á ella misma— dijo Paulina alegremente.— Anteayer la hemos quitado otros cinco gatitos, y ya ves qué poco caso hace.

Se adelantó la hora de comer, porque Lázaro había almorzado temprano, y á pesar de los esfuerzos de la joven, la velada fué triste: las cosas que no se decían embarazaban la conversación, y el silencio solía reinar con frecuencia.

Evitóse preguntar algo á Lázaro, porque éste manifestaba en sus contestaciones cierta confusión, y no procuraron saber cómo iban sus asuntos en París, ni por qué les había escrito únicamente desde Caen.

Quando el té fué servido, Lázaro exhaló un suspiro de satisfacción. ¡Qué bien se estaba allí! ¡Cómo se desterrarían todas las penas en aquella dulce tranquilidad familiar!

Él pronunció algunas palabras de cierto drama en verso en que se ocupaba hacía ya seis meses, y su prima se quedó estupefacta al oírle decir que venía á Bonneville para concluirle. ¡Unos doce días serían bastantes!

A las diez Verónica anunció que el cuarto del señor Lázaro estaba dispuesto; pero en el primer piso, en la cámara que se había arreglado anteriormente para el matrimonio.

Lázaro se incomodó.

—¿Y crees que me voy á acostar ahí dentro? Pues

no: me acostaré en mi antiguo cuarto, en mi pequeña cama de soltero. La doméstica refunfuñó. ¿Por qué tal capricho? Pues si la cama estaba hecha, ¿por qué darla el trabajo de hacer otra?

— Bueno, bueno— respondió él; — no la hagas, y dormiré esta noche en una butaca.

Y mientras Verónica quitaba furiosa las sábanas y las subía al cuarto del segundo piso, Paulina experimentaba inconsciente alegría, movimientos bruscos que la impelían hacia su primo, para desearle buena noche en un arranque de su antiguo afecto mutuo de camaradas.

A la mañana siguiente Lázaro empezó a confiar sus secretos á Paulina, no de una vez, sino poco á poco, por frases cortas lanzadas en medio de la conversación; y luego, atreviéndose ella, le preguntó con su cariñoso afecto de madre cómo vivía con Luisa; si era siempre su felicidad tan pura.

El respondía que sí, aunque se quejaba de algún fastidio, contaba hechos insignificantes que habían provocado querellas, decía que el matrimonio, en suma, sin estar próximo á una ruptura, sufría los glaciales enojos que provocaban dos temperamentos desiguales, incapaces de equilibrarse ni en la alegría ni en el dolor.

Existía entre ambos una especie de rencor secreto, como si hubiesen tenido la sorpresa y la cólera de despreciarse, de llegar tan pronto al fondo de su corazón, después de su grande amor de los primeros días.

Paulina creyó comprender un instante que pérdidas de dinero habían agriado su existencia, y se engañaba, porque sus diez mil francos de renta estaban intactos; Lázaro se había disgustado de los negocios financieros, como antes se disgustó de la música, de la medicina y de la industria, y con tal motivo, siendo adivinado al fin por su prima, estalló en brutales palabras contra los hombres de negocios, añadiendo que él prefería la obscuridad en una provincia, y la medianía en la fortuna, al cuidado incesante del dinero, al reblandecimiento cerebral bajo la danza vertiginosa de los números.

Por último, declaró que se había separado de la Compañía de Seguros, y que estaba resuelto á probar fortuna en el teatro, desde el próximo invierno, cuando regresase á París: su drama le vengaría de los agiotistas de la Bolsa, porque pondría de relieve el cáncer del dinero que devoraba á la sociedad moderna.

Paulina no se apesadumbró mucho por aquel

nuevo aborto, que había adivinado desde la última carta de Lázaro, y más la emocionaba el enfriamiento que existía entre él y su mujer. ¿Cómo habían llegado (se preguntaba) tan rápidamente á semejante malestar, jóvenes ambos, con medios para vivir holgados, sin otra preocupación que la de su dicha?

Veinte veces interrogó á su primo, que sólo contestaba con balbucientes palabras, palideciendo y volviendo á otro lado sus miradas; ella reconoció al punto en aquel aspecto de vergüenza y de miedo la angustia de la muerte que le producía en otro tiempo escalofríos, y que disimulaba como un vicio secreto. ¿Pero era posible que el hielo de la nada, el frío del no ser hubiese podido acostarse entre los dos, en el lecho todavía caliente de su noche de boda?

Dudó ella por espacio de algunos días; mas luego, sin que él declarase una palabra más, leyó la verdad en sus ojos cierta noche en que bajó de su cuarto, sin luz, trastornado, como huyendo delante de lividos espectros.

En París, en medio de la fiebre de amor de las primeras noches, Lázaro había olvidado la muerte refugiándose en los brazos de Luisa y tan rendido

luego de laxitud, que se dormía con profundo sueño de niño.

Ella también le amaba con sus gracias voluptuosas de coqueta, y volvía otra vez á excitarle, á provocarle, si él cesaba una hora de ocuparse en ella....

Pero la saciedad vino; él se extrañaba de no poder ir más allá de la embriaguez de amor en que se hundía los primeros días, y ella con su ardiente necesidad de caricias, no pidiéndole y no dando nada, tampoco le ofrecía ni sostén ni valor de la vida.

¿Luego eran tan breves las alegrías de la carne? ¿luego no se podía gozarlas incesantemente, buscar allí sensaciones nuevas cuya incógnita descubierta fuese poderosa para mantener la ilusión de la dicha?

Una noche Lázaro se despertó sobresaltado por un soplo glacial que le erizaba los pelos de la nuca, y tembló, y balbuceó su grito de angustia:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Es necesario morir!

Luisa dormía á su lado.... Luego era la muerte lo que él volvía á encontrar entre el chasquido de los besos.

Entonces, sucediéndose noches tan tristes, volvió á caer en su antigua pesadilla, y súbitamente, en medio de sus horas de calma, sentía horribles escalofríos.

Y esto no era ya el sobresalto, la excitación de otras veces; la lesión nerviosa había aumentado en él; los choques de las nuevas sacudidas le quebrantaban todo su ser; las tinieblas exasperaban su ansiedad, y no podía acostarse sin dejar lamparilla encendida, no obstante el continuo temor que le embargaba porque Luisa descubriese su malestar.

Aquella criatura palpitante, viva, cuyo tibio calor sentía al lado suyo, le inquietaba; y desde que el miedo le hacía levantar de la almohada la cabeza, cargada aún de sueño, dirigía hacia ella la mirada con el medroso pensamiento de verla, con sus grandes ojos abiertos, mirándole fijamente.

Pero Luisa no se movía; él veía, á favor de la tenue luz de la lamparilla, el rostro inmóvil de su mujer, sus labios gruesos, sus párpados finos cerrados.

Y cuando empezaba á tranquilizarse, una noche la encontró como había temido encontrarla tantas veces: mirándole fijamente con sus grandes ojos abiertos.

Ella nada le dijo, aunque le vió temblar y palidecer. ¡Sin duda ella también había sentido pasar la muerte, porque se arrojó sobre él, con abandono de mujer asustada que pide amparo!

Luego, queriendo engañarse mutuamente, ambos fingieron haber oído ruido de pasos, y se levantaron para mirar bajo los muebles y detrás de las cortinas.....

Desde aquella noche, Luisa estaba tan nerviosa como Lázaro, según acontece cuando dos amantes son arrebatados por la misma enfermedad.

Él, si se despertaba y ella estaba dormida, asustábase de aquel sueño. ¿Pero ella respiraba? ¡Si no sentía su aliento! ¡Acaso acababa de morir de repente!

Y estudiaba las líneas de su rostro, la tocaba las manos, se tranquilizaba, por último, y sin embargo, no podía volver á dormirse, porque la idea de que ella habría de morir alguna vez le inspiraba este lúgubre ensueño: «¿Quién marcharía primero, él ó ella?»

Y examinaba las dos hipótesis, los cuadros téticos de la muerte; desenvolvía ante sus ojos imágenes precisas, con cruel estertor de agonía, con la abominación de la mortaja, con la separación brutal y eterna.

Y entonces todo su ser se agitaba: ¡no volver á verse nunca, nunca!

¡Cuando se ha vivido como ellos vivían, carne

contra carne! ¡Oh! ¡él sentía que su cabeza desvariaba, que la locura le acometía, y aquel horror parecía como que no podía entrar en su cráneo!

Su miedo entonces se transformaba en bravura, y anhelaba partir antes que ella.....

Y muchas veces, para librarse de semejante obsesión, la cogía dulcemente, sin despertarla, y no podía sostenerla mucho tiempo, no, porque la sensación de vida que llenaba sus brazos le aterraba todavía más.

Si apoyaba la cabeza sobre el pecho de Luisa, si escuchaba latir su corazón, no podía seguir sin angustia aquellos movimientos, porque suponía cercano un desmayo mortal: las piernas que él tenía enlazadas con las de su esposa, el talle que ceñía en estrecho abrazo, aquel cuerpo entero, tan flexible, tan adorado, se le hacía bien pronto como insostenible, le llenaba de ansiosa expectación en su pesadilla imbecil de la nada, de la muerte.

Y cuando ella se despertaba, cuando un ardiente deseo les unía más estrechamente, labios sobre labios, estremeciéndose en el espasmo del amor con idea de olvidar allí sus miserias, salían después tan temblorosos, y quedaban tan rendidos sobre la espalda, que no podían recobrar el sueño, disgustados hasta de la dicha de amarse.

Y en la sombra de la alcoba, sus ojos, desmesuradamente abiertos, seguían contemplando el vestiglo de la muerte.

*
*
*

Por entonces fué cuando Lázaro se cansó de los negocios; la pereza le dominaba, y pasaba sus días en la ociosidad, presentando por excusa el desprecio que sentía hacia los hombres de dinero.

La verdad era que tal preocupación constante de la muerte le quitaba cada día más el gusto y la fuerza de vivir.

Y caía otra vez en su antigua idea: «¿Y para qué?»

Si el viaje final estaba siempre dispuesto, mañana, hoy, quizás dentro de una hora, ¿para qué agitarse, y moverse, y apasionarse por llegar á poseer una cosa mejor que otra?

Su existencia era una muerte lenta y diaria, de la cual escuchaba sin cesar, como antes de casarse, el movimiento acompasado, movimiento de relojería que ahora empezaba á debilitarse: su corazón no latía tan fuerte; los demás órganos de su cuerpo estaban como perezosos; todo quizá se paralizaría en breve plazo, y pensaba con escalofríos en semejante disminución de la vida.

¡Creía estar enfermo á todas horas, que se despedazaba en el interior de su cuerpo, que sus días estaban contados, y aguardaba febrilmente una catástrofe!

Luego veía morir las gentes de su conocimiento, y cada vez que se le anunciaba el fallecimiento de un camarada, recibía una sacudida violenta. ¿Era aquello posible? ¡Pues si el muerto tenía tres años menos que él, y parecía robusto para vivir cien años! ¿Y otro de los muertos? ¿Cómo había desaparecido tan pronto un hombre tan prudente que pesaba hasta sus alimentos?

Y durante dos días no pensaba en otra cosa, y se palpaba á sí mismo, é interrogaba las enfermedades de aquéllos, y acababa por buscar querella á los pobres difuntos, porque, en la necesidad de tranquilizarse, les acusaba de haber muerto por cometer alguna imprudencia imperdonable, ó bien de haber sucumbido á una dolencia desconocida en absoluto por los mismos médicos.

Y aunque procuraba alejar de su vista el espectro importuno, oía siempre en su interior las ruedas de la máquina, á punto de destornillarse, y resbalaba sin momento de reposo por la pendiente de los años, y al fin de ella veía con el pensamiento el enorme

agujero negro de la nada, que le ponía de punta los pelos y le bañaba el rostro en sudor frío.

Cuando Lázaro no iba á la oficina estallaban rencillas en el hogar doméstico; tenía miedo de que la casa se quemase; vivía en expectación de una desgracia; sobresaltábase al oír que abrían una puerta con demasiado ruido; latíale el corazón violentamente cuando recibía una carta....

Y tenía desconfianza de todos, hasta ocultar el dinero en pequeñas sumas y en partes diversas, y tener secretos los más sencillos proyectos; y su fastidio crecía inmenso, dominándolo todo, ahogándolo todo; el fastidio de un hombre que ha perdido su equilibrio moral, y á quien la idea siempre viva de la muerte próxima disgustaba de toda acción y le hacía quedar inútil para todo, bajo el pretexto de la nada miserable de la vida.

¿Por qué agitarse? ¡La ciencia era limitada!

Tenía, en suma, el hastio escéptico de toda la generación de su tiempo, no aquel hastío romántico de los Werther y los René, llorando la pérdida de sus antiguas creencias, sino el de los nuevos héroes de la duda, el de los jóvenes químicos que declaran al mundo imposible porque no han hallado de golpe la vida en el fondo de sus retortas.

Un poco dolor de cabeza le hacía quejarse rabiamente de dolores en todos los huesos; con cualquier amigo su conversación versaba sobre la estupidéz de la existencia, sobre la ruda suerte de los que llenaban los nichos del cementerio; los asuntos lúgubres le atraían, y se impresionó enormemente con el artículo de un astrónomo de fantasía que anunciaba el advenimiento de un cometa cuya cola habría de barrer la tierra como si ésta fuese un grano de arena.

¿No se veía en esto la catástrofe cósmica esperada, el colosal cartucho que habría de hacer saltar al mundo como si fuese el casco de un buque podrido?

Y este anhelo continuo de la muerte, estas acariaciadas teorías de universal desquiciamiento no eran sino el debate desesperado de sus terrores, el vano ruido de sus palabras, bajo el cual se ocultaba la expectación abominable de su fin.

Y, sin embargo, la preñez de su mujer, hacia el mismo tiempo, le causó nuevos temores, es decir, sensación indefinible de malestar y á la vez de grandísima alegría, porque, contra las ideas del *viejo* (así llamaba á Schopenhauer), la idea de ser padre, de haber hecho una vida, le llenaba de orgullo.

* *

Justamente desde los primeros meses la preñez se presentó con accidentes dolorosos, y siempre la casa agitada, los hábitos ordinarios desarreglados, surgieron querellas frecuentes que acabaron de hacerle verdaderamente desgraciado.

El hijo que anhelaba, aquel hijo que hubiera debido ser motivo para la unión más íntima de los esposos, aumentaba en ambos el descontento, la frialdad en la vida conyugal; y por lo mismo, cuando el médico habló de la conveniencia del aire de las montañas, sintióse aliviado con el proyecto de conducir á su mujer á casa de su prima y disfrutar él de una ausencia de quince días con el pretexto de ir á ver á su padre á Bonneville.

La noche en que Paulina conoció la historia completa de los diez y ocho meses de su matrimonio, quedóse un instante sin voz, como aturdida por aquel desastre.

Estaban en el comedor: Chanteau se había acostado, y Lázaro acabó su confesión bajo la lámpara que fulguraba, cuando después de un rato de silencio Paulina exclamó:

— ¡Pero ya no os amáis, Dios mío!

Y él, levantándose para subir á su cuarto, protestó con sonrisa indefinible, y dijo estas palabras:

—Nos amamos tanto como se puede amar, querida mía. Tú no sabes nada en este rincón de Bonnevillle. ¿Por qué el amor ha de tener privilegios?

Paulina subió á su cuarto y fué presa de una crisis de desesperación que la tuvo en una silla, desvelada é inquieta, mientras la casa dormía. ¿Es que iban á repetirse las desgracias? ¡Cuando ella se había arrancado el corazón hasta entregar Lázaro á Luisa, comprendía entonces la inutilidad de su sacrificio! ¡Ya no se amaban! ¡Ella había llorado en vano lágrimas ardientes y vertido toda la sangre de su martirio!

¿Luego nunca se cesaba de sufrir?

Y mientras miraba fijamente consumirse la bujía, el pensamiento de que ella sola era la culpable, en tan fatal suceso, surgía de su conciencia y la oprimía el corazón: ella sola, sí, había concebido y realizado el matrimonio de los jóvenes, sin comprender que Luisa no era la mujer que su primo necesitaba, demasiado nerviosa para equilibrar las facultades y las aspiraciones de su marido.

¡Qué miseria! ¡Hacer el mal cuando se quiere hacer el bien! ¡Ignorar las variaciones de la existencia hasta el punto de perder á las gentes á quien se quiere salvar!

Cierto que ella quiso ser buena, dar solidez á su obra caritativa, pagando la felicidad de aquéllos con muchas lágrimas; pero á la sazón despreciaba su misma bondad, porque tal bondad no daba siempre la dicha.

La casa estaba en el silencio del sueño, y Paulina sólo escuchaba los latidos de su sangre que la golpeaba en las sienes. ¿Por qué no se había casado ella misma con Lázaro? Si él la pertenecía, ¿por qué dársele á la otra?

Quizás él se habría desesperado en los primeros días, pero luego hubiera sabido ella inspirarle su valor, defenderle contra aquellos ensueños imbéciles; porque ¿no valía más que la otra?

Y ahora negaba su pasión, á pesar de sus abandonos de amante sensual, porque encontraba en su corazón una pasión distinta, más amplia, la que se sacrifica al ser amado; sí: porque ella amaba á su primo hasta desaparecer de su lado si la otra había de hacerle dichoso; pero si la otra no sabía ni conservar la gran dicha de tenerle consigo, giría quizás á romper aquella mala unión?

Y su cólera aumentaba, y sentíase más hermosa y más valiente, mirando su garganta y su seno de virgen con el brusco orgullo de la mujer que hubiera

ella sido al lado de Lázaro, porque ella sola debía haberse casado con Lázaro.

Las horas de la noche caían una á una, sin que tuviera el pensamiento de meterse en el lecho, y un ensueño invadió sus ojos abiertos, fascinados por la llama de la bujía que miraba siempre sin verla.

Parecía que no estaba en su cuarto, que se había casado con Lázaro, y su existencia se desenvolvía delante de ella en cuadros de amor y de felicidad: estaban los dos en Bonneville, al lado del ancho mar azul, ó bien en París, en una calle ruidosa; la tranquilidad de su morada, los libros que había por todas partes, las flores que adornaban la mesa, la lámpara que resplandecía con fulgores dorados, mientras las sombras de la noche caían del techo; en cada momento sus manos se buscaban, y si él había recobrado la alegría feliz de la juventud, ella lo amaba tanto que le hacía creer en la eternidad de la existencia; á tal hora se ponían á la mesa; á tal otra salían juntos; mañana verían los dos la cuenta del gasto semanal, y gozarían con los detalles familiares de la casa, del hogar doméstico; ella siempre alegre con su dicha, desde que se ponía el ligero vestido de las mañanas hasta su postrer beso de las noches; y un día observaba ella que estaba en cinta....

Entonces un gran escalofrío sacudió y desvaneció su ensueño, y Paulina se encontró en su cuarto, delante de la bujía casi acabada.

¡Dios mío! ¡Y la otra estaba en cinta! ¡Y ella no conocería jamás aquellas dulces alegrías!

Aquello fué una caída tan ruda, un despertar tan brusco, que lágrimas saltaron de sus ojos, y lloró amargamente, con gemidos de angustia que la destrozaban el pecho.

Paulina conservó de esa noche de fiebre una emoción profundísima, una piedad caritativa hacia aquel matrimonio descreído y hacia ella misma, y su pesar se fundía en una especie de esperanza de ternura, aunque no hubiera podido decir con qué contaba, ni se atrevía á analizarse en medio de los sentimientos confusos que agitaban su corazón.

La bujía se extinguió, y Paulina tuvo que acostarse á oscuras.

* *

Al presente lo que más la importaba era tranquilizar á Lázaro, hacer que su reposo en Bonneville fuera en realidad provechoso, y por lo mismo recobró al punto su alegría y los dos se engolfaron en sus antiguas costumbres de compañeros.

Primero le habló como amiga de su infancia:

—¡Deja en paz ese drama, gran tonto! Desde ahora te digo que será silbado.... ¡Vaya! empieza por ayudarme á buscar mi carrete de hilo que Minucha ha debido llevar hacia el armario.....

Él sujetaba una silla, mientras ella miraba sobre el armario alzándose en las puntas de los pies.

La lluvia caía sin cesar, y no podían salir del cuarto, regocijándose con fuertes risotadas cuando tropezaban con algún objeto que les recordaba los años pasados.

—¡Oh! aquí está la muñeca que tú hiciste para mí con algunos trapos viejos..... ¿Y esto? ¡Ah, ya! Es el retrato tuyo que dibujé el día en que llorabas de coraje porque yo rehusaba darte la navaja de afeitar.....

Ella apostó en seguida á que todavía saltaba de un brinco sobre la mesa, y él saltaba también, dichoso por ser distraído agradablemente.

¡Su drama dormía ya en un cajón de la mesa!

Una mañana descubrieron la *Gran sinfonía del dolor*, y Paulina tocó al piano algunos compases, acentuando cómicamente el ritmo; y él entonces se burlaba de su obra, y cantaba las notas para acompañar al piano, cuyos sonidos apagados no se oían.

Sin embargo, una de las partes, la famosa *Marcha de la Muerte*, les puso serios.....

Todo les divertía y les enternecía: una colección de *florideas*, disecadas por ella en otro tiempo, y hallada entre los libros; un frasco olvidado que contenía muestras del bromuro obtenido en la fábrica; el modelo en miniatura de la presa, ya medio roto, como arrollado bajo la tempestad de un vaso de agua.

Y luego corrían por la casa, persiguiéndose como dos muchachos escapados, subiendo y bajando la escalera veinte veces, atravesando por las puertas cuyas hojas cerraban con violencia.

¿No eran aquellas horas las mismas de antes? ¡Ella tenía aún diez años, y él diez y nueve! ¡Ella recobraba para él su amistad apasionada de niña!

Nada había cambiado: el comedor tenía aún su mesa de nogal, su aparador, su lámpara suspendida, la vista del Vesubio, las cuatro litografías de las Estaciones que todavía les regocijaban; la obra maestra del abuelo dormía aún en el mismo sitio bajo su fanalito de cristal, como si formase un solo cuerpo con la chimenea, donde la doméstica solía colocar los platos y las copas.

Había una pieza á la que ellos entraban con viva

emoción: la antigua cámara de la señora Chanteau, que permanecía intacta después de la muerte de su dueña. ¡Nadie había vuelto á abrir el *secrétaire*! Justamente por entonces acaeció un aniversario de fiesta, y ellos adornaron el cuarto con gruesos ramos de flores.

Pero bien pronto, arrastradas las nubes de lluvia por ráfagas de templada brisa, pudieron ambos salir de la casa, recrearse en el huerto, pasear por la costa; y su juventud volvió á aparecer.

—¿Quieres que vayamos á pescar langostinos?— le dijo ella una mañana, saltando del lecho, á través de la mampara.— ¡Ya ves cómo baja la marea!

Y partieron en traje de baño, y visitaron las pedregosas rocas, apenas abandonadas por las olas después de semanas y aun de meses; y ellos se acordaban de todo como si hubiesen estado el día anterior en aquel mismo sitio.

—¡Ten cuidado!—gritaba él, evocando recuerdos.—Mira que ahí existe un agujero, y el fondo está erizado de piedras.

Y ella le tranquilizaba contestando risueña:

—¡Ya me acuerdo! ¡No tengas miedo! ¡Oh! ¡mira, mira qué enorme langosta acabo de coger!.....

Y repetían sus escapatorias de otros tiempos, los

paseos lejanos, el descanso en la playa arenosa, y se abrigaban en grutas antes conocidas para dejar pasar un aguacero repentino, y volvían luego á casa, entrada la noche, por los senderos oscuros.

¿No era ayer cuando habían estado allí, contemplando el mismo azulado horizonte con sus grandes nubes pálidas, en las que se ensanchaba el estremecimiento de las mareas? ¿Y aquella fina lluvia que caía del cielo, y llegaba hacia ellos con el flujo del mar, no era también la que habrían de ver en el siguiente día, confundiendo así lo pasado con las horas actuales?

Y así pasaron los días sin zozobra aparente.

Comenzó la tercera semana de la estancia de Lázaro, y éste no partía, aunque recibió algunas cartas de Luisa, diciéndole que se fastidiaba grandemente; pero que su prima se obstinaba en que se quedase allí más tiempo.

Él, en sus cartas de respuesta, la animaba á permanecer allí, y la enviaba consejos del doctor Cazenove, á quien consultaba efectivamente; y embriagábale aquella vida regular y tranquila, sus antiguas comidas, sus horas de levantarse y acostarse, el mal humor de Verónica, los dolores incessantes de su padre, que permanecía inmutable, con

el semblante contraído por el sufrimiento, cuando todo alrededor suyo se precipitaba y cambiaba con las mutaciones de la vida.

Volvió á encontrar los banquetes de los sábados, los viejos rostros conocidos del médico y del cura, las eternas conversaciones sobre los últimos temporales ó sobre los bañistas de Arromanches; la Minucha, á los postres, saltaba en la mesa con ligereza de pájaro, y le daba una cabezada en la barba para acariciarle, y aquel roce de sus dientes fríos le rejuvenecía en muchos años, trayéndole á la memoria sucesos antiguos.

No había allí sino una cosa nueva: Lulú, triste y feo, hecho una bola bajo la mesa de comer, gruñendo desde que él se aproximaba, y eso que Lázaro le daba terroncitos de azúcar, que el perro devoraba con ruidoso chasquido, y mostraba luego los dientes con refinamiento de mala amenaza.

Algunas veces, cuando Paulina y Lázaro daban sus largos paseos, les ocurrían aventuras singulares.

Un día, cuando procuraba no pasar por su antigua fábrica de la bahía del Tesoro, justamente encontraron á Boutigny al dar un rodeo por camino desusado. Boutigny era ya un gran señor, enriquecido con la fabricación al por mayor de sodio del

comercio, y se había casado con la muchacha aquella que le siguió hasta el corazón del país de lobos, donde moraban, dándole tres hijos.

Toda la familia, con un criado y una nodriza, ocupaba un *break* soberbio tirado por hermoso tronco de caballos blancos, y los dos paseantes se vieron obligados á pegarse al talud del camino para no ser enganchados por las ruedas del carruaje.

Boutigny, que guiaba, puso los caballos al paso, y aunque hacía muchos años que unos y otros no se hablaban, saludáronse entonces, al pasar lentamente, sin decir una palabra.

Lázaro, que estaba muy pálido, cuando el coche hubo desaparecido, murmuró con cierto esfuerzo:

—¿Parece que gasta ahora un tren de príncipe?

Y Paulina respondió con dulzura:

—Sí, parece que ha realizado ganancias enormes en estos años últimos.... ¿Tú sabes? pues ha repetido tus antiguos experimentos.

Eso era precisamente lo que mortificaba á Lázaro, á quien los pescadores de Bonneville habían enterado, sabiendo que tales noticias le causarían desagrado; y en efecto, Boutigny, con ayuda de un joven químico que tenía á sueldo, trataba las cenizas de las algas por el método del frío, y merced á

su obstinación prudente de hombre práctico obtenía resultados asombrosos.

— ¡Pardiez! — murmuró Lázaro con voz ronca — siempre que la ciencia avanza un paso, es un imbécil quien la impulsa y sin querer hacerlo.

Su paseo fué silencioso, y cuando regresaron á casa, entrada la noche, los dos estaban trémulos.

Otro día, hacia la costa de Verchemont, como siguiesen por un sendero á través de campos de remolachas, paráronse un momento sorprendidos de ver que salía humo de la cubierta de una cabaña.

Aquello era un incendio, y el sol no dejaba ver las llamas; pero la casa se quemaba sola, cerradas puerta y ventana, mientras sus propietarios trabajaban acaso en alguna heredad cercana.

Al punto corrieron, gritaron, y poco después una mujer, cuya cabeza estaba cubierta con blanco pañuelo, salió de un campo de patatas, miró un instante y echó á correr hacia la choza á través de los campos cultivados, gesticulando, vociferando una sola palabra que no se comprendía.

Y la infeliz cayó y se levantó, y otra vez cayó y volvió á levantarse y á correr, llevando ensangrentadas las manos, con la cabeza descubierta, porque

el pañuelo se le llevaba el viento, y sueltos y flotando los cabellos.

— ¿Pero qué dice? — exclamó Paulina con inquietud.

La mujer llegaba, y entonces comprendieron su grito ronco, semejante á un alarido de fiera:

— ¡El niño, el niño, el niño!....

Desde por la mañana, su marido y su hijo mayor trabajaban en un campo de avena á una legua de distancia, y ella, que acababa de salir de la casucha para llenar de patatas un cesto, había dejado á su niño dormido, cerrando bien los huecos; y sin duda el fuego se incubaba largo tiempo hacia, porque ella juraba haber apagado hasta el menor resto de lumbre.

Las llamas subían ya con violencia, convirtiendo la cabaña en enorme brasero, que se destacaba con rojizo resplandor en la ancha claridad amarillenta del sol.

— ¿Pero habéis cerrado con llave? — gritó Lázaro.

Y la mujer no le oía, dando vueltas alrededor de la choza, como si buscase algo abierto, un agujero para entrar, desfalleciendo de espanto y desesperación, y gritando sin cesar:

— ¡El niño, el niño!

Paulina sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas, y Lázaro exclamó de repente:

— ¡Corro á salvar á su hijo!

Miróle su prima con extravío, intentó cogerle las manos, detenerle.

— ¿Tú? no, no quiero.... El techo se va á hundir.

— Veremos, veremos—dijo él sencillamente.

Y en seguida gritó á la mujer:

— ¡Vuestra llave, dadme vuestra llave!

Lázaro la empujó, la arrancó la llave y marchó con tranquilo paso hacia la puerta, mientras la mujer gritaba.

Caía una lluvia de chispas, y Lázaro tuvo que pegarse á la puerta para abrirla, porque la paja inflamada salía de lo alto como un torbellino de agua en medio de la tempestad.

Pero él consiguió abrir, y se paró un momento en el umbral para que se escapara la oleada de humo que le azotaba el rostro, y luego bajó la cabeza y desapareció.

— ¡Dios mío, Dios mío!—murmuró Paulina, ahogada por la más cruel zozobra.

Y juntaba las manos, se las apretaba hasta retorcerlas, alzábala con un temblor seguido, como hacen los enfermos en sus grandes dolores. ¡El techo

crujía, se hundía! ¡Su primo no iba á tener tiempo de salir!

Y de repente exhaló tremendo grito del fondo de sus entrañas, sin quererlo acaso, al ver que la cubierta de la casa se desplomaba entre los muros humeantes.

— ¡Lázaro!

Él apareció allí, á la puerta, con los cabellos apenas chamuscados y en las manos ligeras quemaduras, y puso en brazos de la mujer al pobre niño, que se agitaba llorando.

Entonces casi se incomodó con su prima, y ella se arrojó en sus brazos, y sollozaba con tal emoción nerviosa, que por temor á un desvanecimiento sentóse en una piedra inmediata al pozo de la casa.

Luego, repuesta algún tanto, examinóle las manos, diciendo:

— No, esto no será nada, porque la quemadura no es profunda; pero es necesario volver á casa, y yo te las vendaré. ¡Dios mío! ¡qué miedo me has hecho pasar!

Y mojó su pañuelo en agua del pozo para envolverle la mano derecha, que era la más lesionada, y trataron ambos de consolar á la mujer, diciéndola Paulina:

—Vamos, valor, pobre mujer; venid mañana á mi casa para hablar conmigo.

Y regresaron lentamente á Bonneville, donde se habló largo tiempo de este suceso, y enviaron socorros á los campesinos perjudicados por el incendio.

*
*
*

Hacia ya un mes que Lázaro estaba en el pueblo, cuando llegó una carta de Luisa, diciendo que estaba desesperada de fastidio, y él la contestó prometiendo ir á recogerla en la semana siguiente.

Una noche Paulina, mientras Lázaro trabajaba en el drama, había estado velando á su lado, ocupada en hacer calceta para los pobres de sus sábados.

Lázaro la confesaba que su vida había sido inútil hasta entonces, y que si la literatura se rompía también bajo sus pies, estaba decidido á retirarse á un rincón y vivir como un ermitaño.

—Pienso con frecuencia—añadió sonriendo—que hubiéramos debido expatriarnos después de la muerte de mi madre.

—¿Cómo? ¿expatriarnos?

—Sí: huir muy lejos, á Oceanía, por ejemplo, á una de aquellas islas donde la vida es tan dulce.

—¿Y tu padre?

—¡Oh! ya te digo que esto sólo es un sueño..... No está prohibido imaginarse cosas agradables cuando la realidad no es alegre.

Había dejado la mesa donde escribía, y sentóse en uno de los brazos del sillón que Paulina ocupaba, la cual dejó caer su calceta para reirse grandemente del galope incesante de aquella imaginación de niño voluntarioso.

—¿Estás loco, mi pobre amigo? ¿pues qué hubiéramos hecho allá abajo?

—¡Habríamos vivido! ¿Te acuerdas de aquel libro de viajes que leíamos juntos hace ya doce años? Se vive allí como en un paraíso: nunca hay invierno, un cielo perpetuamente azul, una existencia al sol y á las estrellas..... Hubiéramos tenido una cabaña y comido frutos deliciosos, y sin hacer nada, sin tener un pesar.

—¡Bueno! entonces dos salvajes más, con anillos en la nariz y plumas en la cabeza.

—¡Toma! ¿y por qué no? Nos hubiéramos amado todo el año, y sin contar los días, lo que no habría sido tan necio.....

Ella le miraba, y un ligero estremecimiento hizo palidecer su semblante; él sentía necesidad de acercarse más, de tener algo de ella, y jugaba con su

mano tibia, y doblaba sus finos dedos, siempre riendo, con una risa embarazosa.

Ella al principio no se inquietaba, mas luego, creciendo su turbación, su voz desfallecía.

— ¿Pero basta con frutos para comer? Habría sido preciso cazar, pescar, cultivar un campo.... Y si allí son las mujeres las que trabajan, como se cuenta, me hubieras puesto á cavar la tierra

— ¿Tú? ¿Con estas preciosas manos? ¿Y los monos? ¿Ignoras que son hoy excelentes criados?

Ella se rió con semejante salida, y él añadió:

— Además, haría ya mucho tiempo que tus manos no existirían, porque yo las hubiera devorado....

Mira, ¡así, así!

Y besaba las manos de Paulina, y las mordía, y la sangre le subía al rostro en asalto de deseos que le cegaban.

Ella se abandonaba, se deslizaba hacia el fondo del sillón, con la faz roja, los ojos cerrados para no ver; él, con mano brutal, la quitaba los botones del corpiño, rompía los broches de las faldas; sus labios se encontraron, y él la dió un beso, que ella le devolvió furiosamente, abrazándole por el cuello con toda la fuerza de sus brazos.

Pero en aquella excitación de su cuerpo virgen,

Paulina abrió los ojos; se vió rodando por el suelo; reconoció la lámpara, el armario, el techo, y pareció despertarse sobresaltada, con la sorpresa de una persona que se encuentra en su casa al volver de un terrible ensueño.

Se puso de pie, sus faldas se caían, su corpiño abierto dejaba entrever el seno desnudo.

Lanzó un grito en el silencio anhelante de la sala.

— ¡Déjame! ¡eso es abominable!

Y él no la oía, loco de deseo.

La volvió á coger, la arrancó del todo las faldas, la quemaba en la desnudez de su piel con besos que la hacían estremecerse.

Dos veces estuvo á punto de caer, cediendo á la invencible necesidad de entregarse, sufriendo cruelmente en lucha contra sí misma, cuando él consiguió arrojarla sobre un viejo sofá, cuyos muelles rechinaron, y ella repetía con voz enronquecida:

— ¡Oh! ¡déjame! ¡yo te lo suplico! Es abominable lo que intentas....

Él, con los dientes apretados, creía poseerla; ella, empero, se desprendió de sus brazos con rudo esfuerzo, lanzándole hasta la mesa, y entonces pudo salir, atravesar de un brinco por el corredor, y entrar en su cuarto; y antes que tuviera tiempo para

cerrar la puerta, él llegó empujando por fuera, hasta que la llave dió una vuelta y todo quedó en silencio.

*
**

A la mañana siguiente llegó Luisa, y su marido la recibió con estas palabras:

—¿Estás loca? ¡No se hacen tales tonterías sin escribir! ¡Eso es ridículo! Volverás á marchar mañana.

Luisa, aturdida por tal recibimiento, cayó en brazos de Paulina.....

Y por la noche, cuando Lázaro y Paulina subían á sus respectivos cuartos, él exclamó:

—¡Adiós!

—Adiós, no—contestó ella esforzándose por sonreír.—Hasta la vista, porque no marcharé hasta el lunes.

Era sábado aquel día.



IV.



la mañana siguiente, en la hora del desayuno, cuando todos estaban sentados á la mesa teniendo delante grandes vasos de café con leche, extrañábanse de no ver llegar á Luisa, y ya la doméstica iba subir para llamar en la puerta del cuarto de la joven, cuando ésta apareció en el comedor.

Estaba muy pálida y andaba con dificultad.

—¿Qué tienes?—preguntó Lázaro alarmado.

—Estoy sufriendo desde antes de amanecer—respondió ella—y apenas he conseguido pegar los ojos..... ¡Creo que he oído sonar todas las horas de la noche!

cerrar la puerta, él llegó empujando por fuera, hasta que la llave dió una vuelta y todo quedó en silencio.

*
**

A la mañana siguiente llegó Luisa, y su marido la recibió con estas palabras:

—¿Estás loca? ¡No se hacen tales tonterías sin escribir! ¡Eso es ridículo! Volverás á marchar mañana.

Luisa, aturdida por tal recibimiento, cayó en brazos de Paulina.....

Y por la noche, cuando Lázaro y Paulina subían á sus respectivos cuartos, él exclamó:

—¡Adiós!

—Adiós, no—contestó ella esforzándose por sonreír.—Hasta la vista, porque no marcharé hasta el lunes.

Era sábado aquel día.



IV.



la mañana siguiente, en la hora del desayuno, cuando todos estaban sentados á la mesa teniendo delante grandes vasos de café con leche, extrañábanse de no ver llegar á Luisa, y ya la doméstica iba subir para llamar en la puerta del cuarto de la joven, cuando ésta apareció en el comedor.

Estaba muy pálida y andaba con dificultad.

—¿Qué tienes?—preguntó Lázaro alarmado.

—Estoy sufriendo desde antes de amanecer—respondió ella—y apenas he conseguido pegar los ojos..... ¡Creo que he oído sonar todas las horas de la noche!

Paulina se incomodó.

—¿Por qué no has llamado? ¡Siquiera te habríamos hecho compañía!

Luisa se acercó á la mesa, y tomó asiento, exhalando un suspiro de satisfacción y de alivio.

—¡Oh! —replicó.— No podéis hacer nada por mí..... Demasiado sé lo que tengo, porque estos dolores no me dejan parar hace ya ocho meses.

Su penoso embarazo, en efecto, la había acostumbrado á continuas náuseas, á dolores de estómago cuya violencia la obligaba á estar encorvada por espacio de días enteros.

Aquella mañana habían desaparecido las náuseas, y estaba ella como abroquelada por un cinturón que la oprimía cruelmente el vientre.

—¡Oh! ¡se acostumbra uno al dolor!—dijo Chanteau sentenciosamente.

—Si—contestó la joven—y es menester que yo pasee esto..... Por eso he bajado, porque allá arriba no hubiera podido estar quieta en un sitio.

Hizo esfuerzos para comer, y bebió algunos sorbos de café con leche, y toda la mañana estuvo dando vueltas por la casa, arrastrándose de una silla á otra.

Nadie se atrevía á dirigirla una palabra, porque

esto era bastante para que ella se incomodase, y parecía que sus dolores aumentaban cuando se la hablaba.

Antes de mediodía éstos cedieron, y pudo sentarse á la mesa y tomar una sopa; mas entre dos y tres de la tarde se repitieron con más fuerza, declarándose crueles retortijones, y ella entonces no se paraba, iba del comedor á la cocina, subía pesadamente á su cuarto, volvía á bajar al comedor.....

Paulina mientras tanto seguía haciendo su maleta: iba á partir en la mañana del siguiente día, y apenas contaba con el tiempo justamente preciso para escudriñar sus muebles y arreglarlo todo.

A cada minuto, sin embargo, salía á la escalera, y se asomaba por la balaustrada, conmovida con el ruido de aquellos pasos, pesados por el sufrimiento, que hacían rechinar los peldaños, y hacia las cuatro, sintiendo que Luisa se agitaba mucho, decidióse á llamar á Lázaro que se había encerrado en su cuarto en la exasperación nerviosa de las desgracias con que, según él, le agobiaba el destino.

—No podemos dejarla así—exclamó Paulina.—Es preciso hablarla..... Baja conmigo.

Justamente la encontraron en la meseta del primer piso, agarrada á la barandilla de la escalera, sin fuerzas para subir ni para bajar.

—Querida niña—dijo Paulina con dulzura—nos estas alarmando, y vamos á llamar á la partera.

Luisa se incomodó.

—¡Dios mío! ¿Es posible que me atormentéis de este modo, cuando pido únicamente que se me deje en paz? ¿A los ocho meses de mi embarazo, qué puede hacer la partera?

—Siempre será lo más razonable que ella lo vea.

—No, no quiero; ya sé yo lo que esto significa.....

Por piedad, no me habléis más, no me atormentéis.

Y Luisa se obstinó, con tal exageración de cólera, que Lázaro entonces se incomodó también, y fué necesario que Paulina hiciese formal promesa de no enviar en busca de la comadrona.

Era ésta cierta señora Bouland, de Verchemont, que tenía en la comarca gran fama de habilidad y energía, y se decía que no se encontraba otra igual ni en Bayeux ni aun en Caen.

Y he aquí por qué Luisa, herida por el presentimiento de que habría de morir en el parto, se había decidido á ponerse en manos de la señora Bouland, aunque la temía grandemente, con el temor irreflexivo del dentista que debe curar y se decide á ver lo más tarde posible.

A las seis presentóse nuevamente una calma re-

pentina: la joven triunfó; bien lo decía ella, porque aquellos dolores suyos eran los habituales, aunque más fuertes.

Y como estaba rendida de cansancio, se acostó, después de comer una chuleta.

—Todo concluirá—decía—si consigo dormir.

Y quedó sola mientras la comida de familia, prohibiendo que subieran á verla para no despertarse con sobresalto.

Serviase aquella noche una sopa de coles y huevos y un trozo de ternera asada; y el principio de la comida fué triste, porque á la crisis de Luisa se agregaba la pena por la marcha de Paulina: y hasta se evitaba hacer ruido con cucharas y tenedores, para que no llegasen los ecos al primer piso y la enferma se exasperase.

Chanteau, sin embargo, refería casos de extraordinarios embarazos.....

Y cuando Verónica llevaba á la mesa el asado, dijo bruscamente:

—Yo no sé..... pero me parece que se quejan allá arriba.....

Lázaro se levantó para abrir la puerta del comedor; y todos, dejando de comer, escucharon; al principio nada se oía; luego sonaron gemidos largos, ahogados.

—Se repite la crisis—murmuró Paulina.—¡Subo! Y tirando su servilleta, ni siquiera aguardó á comer el trozo de ternera que se había servido en su plato.

Afortunadamente la llave estaba en la cerradura, y Paulina pudo entrar en el acto; Luisa, al borde de su lecho, con los pies desnudos, mal envuelta en un peinador, se balanceaba de derecha á izquierda con la fijeza intolerable de un sufrimiento que la arrancaba grandes suspiros.

—¿Pero estás peor?—preguntó Paulina.

Luisa no respondió.

—¿Quieres ahora que se vaya á buscar á la señora Bouland?

Ella tartamudeó entonces con resignación forzada:

—Sí.... es igual.... Quizá me tranquilizaré en seguida.... ¡No puedo más, no puedo más!

Lázaro, que había subido detrás de Paulina y escuchaba á la puerta, se atrevió á entrar diciendo que sería prudente ir á Arromanches para traer al doctor Cazenove, en la previsión de que se presentasen complicaciones.

Pero Luisa rompió á llorar. ¿No tenían piedad de su estado? ¿Por qué la martirizaban de aquel

modo? ¡Demasiado sabían que no podía sufrir la idea de que un hombre la asistiese en su alumbramiento!

Y era que tenía el pudor enfermizo de mujer coqueta, la vergüenza de mostrarse en el abandono cruel del sufrimiento, el cual, aun delante de su marido y de su prima, la hacía apretarse el peñador contra sus caderas temblorosas.

—Si vas en busca del doctor—murmuró—me acuesto, me vuelvo hacia la pared, y no contesto á nada ni á nadie.

—Pues vete inmediatamente á llamar á la partera—dijo Paulina;—no creo que haya llegado el momento, y por lo mismo se trata sólo de tranquilizarla.

Los dos bajaron.

El cura Horteur acababa de entrar á dar las buenas noches, y quedó estupefacto delante de Chanteau, que estaba asustado.

Querían que Lázaro comiese un pedazo del asado antes de ponerse en camino, y él, declarando que se ahogaría con un bocado, partió á escape hacia Verchemont.

—¡Creo que Luisa me llama!—dijo Paulina de pronto, lanzándose á la escalera.—Si tengo necesi-

dad de Verónica, haré algún ruido para que suba..... Acabariés de comer sin mí, ¿verdad, tío?

El cura, molestadado por aquel suceso, no encontraba sus habituales palabras de consuelo, y acabó por retirarse pronto, ofreciendo volver después de visitar á los Gonin, porque el viejo enfermo estaba en los últimos.

Chanteau quedó solo en presencia de la mesa; las copas estaban á medio llenar; la ternera humeaba en los platos; pedazos de pan empezados á morder y tenedores con grasa habían sido abandonados sobre el mantel.

Paulina encontró á Luisa de pie, apoyada en el respaldo de una silla.

—Sufro demasiado estando sentada..... Ayúdame á andar.

Desde por la mañana quejábase de pinchazos en la piel, como si moscas la picasen fuertemente, y ahora sentía contracciones interiores, una sensación que la oprimía el vientre en un espacio más angosto.

Y cuando se sentaba ó se echaba, parecía que una masa de plomo la aplastaba las entrañas, y comprendía entonces la necesidad de moverse, de andar, apoyada en el brazo de Paulina, que la paseaba desde el lecho á la ventana.

—Tienes algo de fiebre—murmuró esta última.— ¿Quieres beber?

Pero Luisa no respondió, porque una contracción más violenta la obligaba á encorvarse, á agarrarse á los hombros de Paulina con tal estremecimiento que las dos temblaban y vacilaban.

—¡Muero de sed!—dijo cuando pudo hablar.—Mi lengua está seca, y ya ves cómo tengo encendido el rostro..... Pero no me dejes, no, no, porque caería..... Andemos, andemos, que ya beberé dentro de poco.

Y ella continuó su paseo arrastrando las piernas, apoyándose con más fuerza en el brazo que la sostenía, y durante dos horas anduvo sin detenerse.

Eran ya las nueve. ¿Por qué no llegaba la partera? ¡Ahora que ella la deseaba con ansia! ¿Pero es que se quería verla morir, cuando se la dejaba tanto tiempo sin socorro?

Verchemont estaba á una distancia de veinticinco minutos, y una hora bastaba para el viaje: ó Lázaro se entretenía, ó le había ocurrido algún accidente, y entonces nadie vendría.

Declaráronse náuseas y vómitos.

—Vete, no quiero que estés aquí—dijo á Paulina.—¿Pero es posible, ¡Dios mío! llegar á tal estado, á causar repugnancia á todo el mundo?

Y á pesar de su abominable tortura conservaba la preocupación única de su pudor y de su gracia de mujer.

De gran resistencia nerviosa, no obstante sus delicados miembros, empleaba las pocas fuerzas que entonces tenía en no abandonarse, en arreglar de continuo sus bajos y sus medias, inquietándose por la desnudez que en ocasiones mostraba.

Y también la atormentaban necesidades imaginarias, y entonces quería que su prima se volviese de espaldas, y ella se ocultaba detrás de una cortina para intentar satisfacerlas.

Como la doméstica había subido á ofrecer sus servicios, Luisa balbuceó con voz agitada:

—¡No, no, por Dios, delante de esa mujer!....

Paulina empezaba á perder la cabeza.

Dieron las diez, y no se explicaba la ausencia de Lázaro; tal vez no habría encontrado á la señora Bouland, pero ¿qué iba á suceder entonces con la pobre Luisa, cuya situación empeoraba, ignorando ella lo que era necesario hacer en tales casos?

Acordábase de sus antiguas lecturas, y gustosa hubiera reconocido á Luisa, con la esperanza de poder tranquilizarla; pero ésta se mostraba tan púdica, que Paulina vacilaba en proponérselo.

—Escucha, querida— la dijo por fin— si me dejases ver....

—¿Tú? ¡Oh, no, no! ¡Tú no estás casada!

Paulina se echó á reir.

—¿Y qué importa eso? Me consideraría feliz si pudiese aliviarte.

—¡No, que no! Yo moriría de vergüenza; no me atrevería nunca á mirarte de frente....

A las once la espera se hizo intolerable, y Verónica partió hacia Verchemont, llevando una linterna, con orden de visitar los fosos y los barrancos.

Dos veces Luisa había intentado acostarse, teniendo las piernas quebrantadas de cansancio; mas tuvo que levantarse al punto, y sólo podía tenerse de pie, sola, con los codos apoyados en la cómoda y agitándose con incesante movimiento del cuerpo.

Los dolores, que se sucedían por crisis, se aproximaban, se confundían casi en un dolor único, y su violencia cortaba la respiración á la enferma.

Y Paulina, de pie, detrás de ella, no podía hacer nada, sino verla sufrir, y volvía la cabeza para fingir que no la miraba, porque Luisa recogía su peñador con algún embarazo, y preocupábanla con insistencia su bella cabellera rubia destrenzada y su delicado semblante descompuesto.

Hacia la media noche, por fin, el ruido de un carruaje hizo bajar precipitadamente á Paulina.

—¿Y Verónica?—gritó desde el vestíbulo, reconociendo á Lázaro y la comadrona.—¿No la habéis encontrado?

Lázaro refirió que venían por el camino de Portles-Bessin, porque le habían ocurrido todas las desgracias posibles: la señora Bouland estaba en otro pueblo, á tres leguas de distancia, asistiendo á otra parturienta, y no había ni coche ni caballería para ir á buscarla, por lo que tuvo que hacer el camino á pie, á paso de carrera; pero, felizmente, la señora Bouland tenía un carricoche para venir.

—¿Pero y la parturienta?—preguntó Paulina.—¿Había terminado? ¿Podía dejarla ya esta señora?

La voz de Lázaro se hizo trémula y ronca.

—La parturienta ha muerto.

Entraron en el vestíbulo, que estaba alumbrado por una bujía colocada en un peldaño, y hubo un silencio penoso mientras la señora Bouland colgaba en la percha su abrigo.

Era la tal partera una mujer delgada, morena, amarillenta como cáscara de limón, con nariz arrogante que indicaba soberbia, y hablaba mucho, con

ademanos despóticos, que la daban cierto respeto, casi veneración, entre los sencillos aldeanos.

—Si la señora quiere seguirme....—dijo Paulina.—Yo no sabía ya qué hacer, porque ella no ha dejado de quejarse en toda la noche.

Luisa estaba en su cuarto pataleando delante de la cómoda, y se echó á llorar cuando vió á la partera; mas ésta la dirigió varias preguntas breves, sobre la fecha, el sitio y el carácter de los dolores que sentía.

Luego dijo secamente:

—Pues vamos á ver.... Yo no puedo decir una palabra mientras no determine la presentación.

—¿Y eso es ahora?—tartamudeó Luisa llorando.—¡Oh, Dios mío! ¡A los ocho meses! ¡Y yo que creía tener delante un mes todavía.

La señora Bouland, sin responderla, tomaba las almohadas y las amontonaba una sobre otra en medio de la cama.

Lázaro, que había subido, tenía la actitud contrariada de un hombre obligado á presenciar el drama de un alumbramiento: acercóse, no obstante, y dió un beso en la frente sudorosa de su mujer, quien pareció no tener conciencia de aquella caricia.

—Vamos, vamos—dijo la comadrona.

Luisa, asustada, dirigió á Paulina una mirada de

súplica, y comprendiendo esta última semejante indicación, salió con Lázaro, quedándose ambos en la meseta de la escalera.

La bujía, que estaba encendida en la parte baja, iluminaba el hueco de la escalera con tenue resplandor de lamparilla, interrumpido por sombras de caprichosa forma.

Allí estaban los dos: él de espaldas hacia la pared, y ella en la barandilla, enfrente, inmóviles, silenciosos.

Su atención se dirigía á la cámara vecina: algunas veces llegaban hasta ellos vagos gemidos, y otras, desgarradores gritos.

Luego parecióles que pasaba una eternidad hasta el momento en que la comadrona abrió la puerta.

Los dos quisieron entrar, pero aquélla los rechazó para salir ella misma y cerrar inmediatamente.

—¿Qué ocurre?—preguntó Paulina.

La comadrona, haciéndoles una seña, les obligó á bajar la escalera, y cuando los tres llegaron al descansillo del corredor, habló así:

—El caso se presenta grave, y mi deber es prevenir á la familia.

Lázaro palideció, y un soplo frío le azotó el rostro. Luego balbuceó:

—¿Por qué, por qué?

—Porque el niño se da por el hombro izquierdo, según he podido investigar, y temo que el brazo se desprenda el primero.

—¿Y qué?—preguntó Paulina.

—Que en tal eventualidad es necesario el concurso de un médico..... Yo no puedo cargar con la responsabilidad de un alumbramiento como éste..... de ocho meses nada más.....

Hubo largo silencio, y después Lázaro expresó su desesperación.

¿Dónde hallar un médico en tal hora de la noche? ¿No tendría tiempo de acabar diez veces su mujer, antes de que él trajese de Arromanches al doctor Cazenove?

—No creo en peligro inmediato—decía la comadrona.—Partid inmediatamente, porque yo no puedo hacer nada.....

Y como Paulina la dijese, en nombre de la humanidad, que empezara á obrar, siquiera para alivio de la desventurada, cuyos fuertes suspiros llenaban la casa, declaró la partera francamente:

—No puede ser, me está prohibido..... La otra, la de allá abajo, ha muerto, y no quiero que también ésta se quede entre mis manos.

En aquel momento se oyó un lamento lacrimoso de Chanteau.

—¿Conque estáis ahí? Entrad.... ¿No se quiere decirme nada? ¡Hace un siglo que estoy esperando noticias!

Los tres entraron al comedor.

Después de la comida interrumpida, todos habíanse olvidado de Chanteau, quien permanecía ante la mesa servida, pacientemente, dando vueltas á sus pulgares, con la resignación somnolienta de un enfermo que está acostumbrado á larga inmovilidad solitaria.

La nueva catástrofe que amenazaba á la casa llenábale de tristeza, y no había tenido valor el pobre gotoso para acabar de comer, teniendo aún su mirada fija sobre el plato servido.

—¿Pero no va bien eso?—murmuró.

Lázaro alzó con rabia los hombros, y la señora Bouland, que conservaba toda su sangre fría, le aconsejaba que no perdiera el tiempo.

—Usad de mi cabriolé—añadió;—porque si bien el caballo anda poco, en dos horas ó dos y media podréis ir y venir. ... De aquí á entonces yo velaré.

Entonces, tomando una determinación súbita, lanzóse fuera, con la certidumbre de que al regresar,

encontraría á su mujer muerta: se le oyó jurar y fustigar al caballo; resonó en seguida el ruido del cabriolé, que arrancó del patio rápidamente.

—Pero ¿qué pasa?—preguntó otra vez Chanteau, á quien nadie respondía.

Porque la comadrona había subido al punto hacia el cuarto de Luisa, y Paulina la siguió, diciendo sencillamente á su tío que la pobre Luisa estaba muy mala.

Ofrecióse además á acostarle, y él rehusó, obstinándose en saber lo que ocurría, y añadió que si el sueño lo dominaba, dormiría perfectamente en su sillón, como dormía buenas siestas por la tarde.

Mas apenas estuvo solo, Verónica entró con su linterna apagada.

Estaba furiosa la doméstica.

—¿Por qué no se me ha dicho que ellos vendrían por otro camino? Yo que miraba uno á uno todos los fosos, y que he ido hasta Verchemont como imbécil estúpida.... Y todavía he aguardado allí más de media hora, plantada en el camino.

Chanteau la miraba con sus grandes ojos.

—¡Diablo, hija mía! Pues ¿cómo habías de encontrarlos?

—Y luego—continuó Verónica—he ahí que vengo;

y veo al Sr. Lázaro corriendo como un loco en un mal carricoche..... Le grito que se le está esperando en casa, y él fustiga con rabia al caballo, y pasa tan cerca de mí que á poco me aplasta bajo las ruedas..... No, de ningún modo; no quiero para otra vez comisiones que no entienda..... ¡Sin contar con que mi linterna se había apagado!

Y empujó á su amo para que acabara de comer, porque deseaba levantar los manteles cuanto antes.

Pero Chanteau declaró que no tenía ganas, y que sólo comería un bocado de ternera en fiambre con el objeto de matar el tiempo.

Lo que entonces preocupaba grandemente al gotoso era la falta de palabra del cura Horteur. ¿Por qué hace la promesa de acompañar á los amigos si decidía quedarse en su casa?

—Pero la verdad es—pensaba—que los curas hacen mal papel en casa donde hay mujer de parto.....

Este pensamiento le divertía, y se puso á comer el buen hombre, solo y alegremente.

—Vamos, señor—repetía Verónica;—despachaos, que es ya la una, y mi vajilla no ha de estar sucia hasta mañana. ¡Vaya una casa donde todo el mundo tiene desazones!

Y comenzaba á quitar los platos, cuando Paulina la llamó por el hueco de la escalera, con voz de urgencia, mientras Chanteau volvía á quedarse enfrente de la mesa, olvidado, solo, sin que nadie bajase á llevarle noticias.

*
**

La señora Bouland acababa de tomar posesión de la cámara de Luisa, con autoridad omnimoda, registrando muebles y dando órdenes perentorias.

Primero mandó encender un buen fuego, porque la pieza le parecía húmeda; en seguida manifestó que la cama era incómoda, muy baja y muy blanda; y habiéndola dicho Paulina que en el granero había un viejo catre de cordeles, hizo que Verónica le trajese al cuarto de Luisa, le instaló delante de la chimenea, y colocó en el fondo de él un tablero y encima de éste un colchón pequeño.

Además pidió gran cantidad de ropa blanca, una sábana grande que plegó en ocho dobleces para garantizar el colchón, otras sábanas, toallas, paños, que ponía á calentar en el respaldo de las sillas, delante del fuego.

En resumen: el cuarto aparecía como ambulancia instalada de repente en la expectación de una bata-

lla, guarnecido de lienzo blanco y de un lecho de campaña.

Y entretanto no dejaba de hablar con Luisa, exhortándola con voz militar como si pudiese dominar al dolor.....

Paulina la rogó en voz baja que no hiciese mención del médico.

—¡Bah! esto no será nada, hija mía—dijo la partera.—Preferiría veros acostada, es verdad; pero, en fin, apoyaos en mí y andad sin temor..... Yo he tenido hijos sietemesinos, y son más gordos y mejores mozos que los otros..... Y luego, no creáis que eso es tan doloroso como se dice: en dos ó tres movimientos, se acabó todo.....

Luisa no se tranquilizaba, y sus ayes tomaban caracteres de cruel angustia: agarrábase á los muebles y pronunciaba palabras incoherentes, indicando con ellas algo de delirio.

La comadrona, para tranquilizar á Paulina, que estaba lívida, explicaba en voz baja que los dolores producidos por la dilatación (1) eran más crueles aún que los otros, y que en muchas primerizas so-

(1) También suprimimos detalles, frases y palabras en la descripción pesadísima que es el asunto de este capítulo, propio de un tocologista más que de un novelador de costumbres. (*N. del T.*)

lían durar dos días, añadiendo que ella temía que se presentasen determinados síntomas antes de la llegada del médico, porque entonces se vería precisada á hacer una operación peligrosa.

—¡Eso no es posible!—decía Luisa anhelante.—
¡No es posible!..... ¡Voy á morir!

La señora Bouland se decidió á darla veinte gotas de láudano en media copa de agua, y además fricciones en los lomos, porque los dolores eran cada vez más insoportables.

—Esperemos—dijo estoicamente la señora Bouland.—¡No puedo hacer nada, nada en absoluto! Es menester dejar que la naturaleza lo haga.

Y entabló en seguida larga peroración sobre el cloroformo, contra el cual tenía la repugnancia de la vieja escuela.

A creerla, morían como moscas las parturientas á quienes se propinaba el cloroformo, entre las manos de los médicos que usaban de tal droga, porque el dolor era necesario para el acto, y nunca una mujer adormecida podría ejecutar éste como otra mujer en uso de sus fuerzas.

Paulina, que había leído lo contrario, no respondía, teniendo el corazón embargado por los estragos del mal que aniquilaba á la pobre Luisa, rubia de-

licada cuyos encantos se transformaban en espantable objeto de piedad.

Rugía en ella cierta cólera contra el dolor, una necesidad de suprimirle, y lo habría hecho así, combatiéndole como enemiga, si hubiese conocido los medios de lograrlo.

Pasaba el tiempo, y eran ya cerca de las dos.

Luisa habló de Lázaro varias veces, y se la engañaba diciéndola que estaba abajo, y de tal manera desalentado que temía él mismo desanimarla con su presencia; y como no tenía conciencia del tiempo transcurrido, las horas, los minutos le parecían eternos.

El único sentimiento que persistía en su agitación era que aquello no acabaría jamás, que todos los que la rodeaban tratábanla con malevolencia; y entonces culpaba á la comadrona, á Paulina y á Verónica, acusándolas de no hacer lo que debieran haber hecho para libertarla de aquellos dolores.

La señora Boulard no respondía; dirigía furtivas miradas al reloj, si bien no esperaba al médico antes de una hora, porque demasiado conocía la pesada lentitud de su caballo.

Mas de repente obligó á Luisa á echarse en la cama.

—No os asustéis— la dijo — si os sentís mojada; y no os mováis, por favor, pues quisiera no hacer nada con apresuramiento.

Luisa estuvo inmóvil durante algunos segundos, y tuvo que emplear un excesivo esfuerzo de voluntad para resistir á los impulsos desordenados del dolor.

Pero su mal la irritaba, y no podía luchar más.

Súbitamente saltó del lecho de cordeles, en un arranque desesperado de sus miembros, y en el instante mismo en que sus pies tocaban en la alfombra, resonó un estallido, como el de un odre que se rompe, y sintió sus piernas mojadas y grandes manchas en el peinador que la envolvía.

—¡Ahí está! — gritó la partera, jurando entre dientes.

Luisa, aunque ya estaba prevenida, quedó como clavada en el sitio, temblorosa, mirando aquello con terror; mas pronto volvió á echarse en la cama, y experimentó entonces una calma repentina, un bienestar inesperado, murmurando con acento de triunfante alegría:

—¡Esto ya no me molesta! ¡ya no sufro! ¡Todo ha concluído!..... ¡Ah! Ya sabía yo que no daría á luz antes del noveno mes de embarazo, es decir, en el mes próximo..... ¿Pero no me oís nadie?

La señora Bouland movió la cabeza, respondiéndola que pronto llegarían los dolores más fuertes, y en seguida rogó á Paulina que se pusiera al otro lado del lecho, para impedir que la parturienta cayese al suelo en un momento de paroxismo.

Y cuando los dolores volvieron á estallar, Luisa ya no intentó moverse, porque estaba exánime, sin fuerzas y sin voluntad.

— ¡Pero no concluirá esto, Dios mío! — murmuró Paulina, cuya sangre fría y valor habituales arrebató aquel espectáculo.

De cuando en cuando la paciente exhalaba quejas de fatiga y de impotencia: era aquello como el desesperado gemido, el ¡hau! que lanza el leñador después de hendir con su hacha durante horas enteras en el nudo de un árbol, y sólo consigue partir la corteza.

Entre cada crisis, en los breves momentos de reposo, Luisa se quejaba de sed ardiente, porque su garganta sin saliva apenas tenía sino movimientos de ahogo.

— ¡Yo muerol — gritaba — dadme de beber.

Y bebía un sorbo de infusión de tila, que Verónica tenía constantemente cerca del fuego, y á veces, en llevándose la taza á los labios, Paulina tenía

que quitársela en seguida, porque llegaba otra crisis y las manos la temblaban.

Sobreviniéronla después atroces calambres, y en cada momento hablaba de levantarse, porque no podía sufrirlos; pero la comadrona se oponía enérgicamente.

— Quedad tranquila..... Eso es efecto de los mismos dolores.

A las tres la señora Bouland no ocultó sus inquietudes á Paulina, porque se manifestaron síntomas alarmantes.

Hubiérase podido creer que la enferma padecía menos, porque sus gritos y sus esfuerzos disminuían de vigor; y la verdad era que el trabajo mecánico del alumbramiento se paraba ante un gran obstáculo que le impedía llegar hasta el fin.

La desgraciada sucumbía á sus dolores, y cada minuto de retraso era un peligro más.

El delirio reapareció, y en seguida la enferma tuvo desfallecimientos.

La señora Bouland aprovechó uno de éstos para reconocerla de nuevo, y en seguida murmuró:

— ¡Lo que me temía!..... ¿Pero se habrá roto las piernas el caballo, cuando nadie viene?

Y como Paulina dijese que no podía dejar mo-

rir á aquella desventurada, la partera exclamó:

—¿Pero creéis que yo estoy en un banquete de bodas? Pues sabed que si intento la operación necesaria y sale mal, tendré sobre mis espaldas toda clase de responsabilidades. ¡Y cuidado que nadie es blando para nosotras!

Cuando Luisa recobró el conocimiento, quejóse de gran malestar.

—Es que pasa un bracito—continuó la señora Bouland—pero no pasará jamás el hombro....

A las tres y media la situación fué tan crítica que la partera casi se decidía á maniobrar, cuando Verónica, que subía de la cocina, llamó á su señorita al corredor para decirle que el médico llegaba.

Todos salieron del cuarto y bajaron al patio, dejando sola á la parturienta.

Lázaro vomitaba injurias contra el caballo, y cuando se le dijo que llegaba á tiempo, que su mujer vivía, la reacción que sintió fué tan profunda y violenta que se tranquilizó de repente.

El doctor Cazenove subía la escalera con la comadrona, á quien dirigía preguntas rápidas.

—Vuestra presencia la asustará—le dijo Paulina—y ahora que estáis aquí es necesario prevenirla.

—Pues hacedlo pronto—respondió el médico en voz breve.

Paulina entró sola en el cuarto de Luisa.

—Querida mía—la dijo—imagínate que el buen Doctor, que vió ayer cómo estabas, ha creído que esta noche podría ocurrirte algo, y acaba de llegar. Debes consentir en verle, porque ya ves que tu situación no acaba.

Luisa aparentaba no oírle, moviendo la cabeza sobre la almohada, y luego balbuceó:

—Haced lo que queráis, Dios mío.... ¿Pero no veis que ahora ni siquiera conozco que existo?

Entró el doctor, y se puso cerca del lecho; Paulina y Verónica salieron; Lázaro, de pie delante de la puerta, no podía contener el llanto, y entonces la comadrona le aconsejó que también saliese de allí, con promesa de llamarle si tenían necesidad de su ayuda.

Abajo, en el comedor, Chanteau acabó por quedar dormido ante la mesa servida, y el sueño debió de acometerle en medio de su ligera comida, prolongada aquel día con la lentitud de una distracción, porque el tenedor, colocado al borde del plato, conservaba todavía un pedazo de ternera.

Paulina, al entrar allí, quitó la lámpara que se extinguía, y murmuró:

—Dejémosle dormir, porque es inútil que lo sepa. Y sentóse en una silla, mientras Lázaro, de pie, inmóvil, permanecía enfrente de ella.

No se hablaron, no pudieron siquiera sostener la angustia de su mutua mirada, volviendo la cabeza desde que sus ojos se encontraban.

Ni un rumor llegaba del cuarto de arriba, ni se oían ayes comprimidos, ni escuchaban ambos, aunque su oído estaba atento, sino el zumbido de la propia fiebre.

¿Qué ocurría en aquel cuarto? ¿Por qué se les había despedido? Los dos hubieran preferido los gritos, una lucha algo viva é inquieta agitándose por encima de sus frentes.

Los minutos corrían, y la casa continuaba sumergida en silencio profundo, en el silencio de la nada.

Pero la puerta se abrió, apareciendo el Dr. Cazenove.

—¿Qué?—le preguntó Lázaro, el cual se había sentado enfrente de Paulina.

El doctor no respondió en seguida.

El fulgor de la lámpara, el fulgor nebuloso de las grandes veladas, iluminaba débilmente su rostro bronceado, donde las fuertes emociones sólo hacían palidecer las arrugas.

Y cuando respondió, el eco frío de sus palabras reveló el combate que en su alma se libraba.

—¿Qué?—dijo.—Pues que nada he hecho, y nada puedo hacer sin consultaros.

Y con un gesto maquinal, pasó los dedos de su mano izquierda sobre la frente, como para arrojar de ella un obstáculo, un nudo que él no podía allanar ni deshacer.

—Pero eso no es para decidirnos, doctor—dijo Paulina;—porque nosotros la hemos puesto en vuestras manos.

Cazenove movió la cabeza, porque no le dejaba en paz un recuerdo importuno: pensaba en las mujeres negras á quienes había asistido en las colonias, en una especialmente, cuyo hijo se presentaba también por el hombro, y que sucumbió mientras él extraía difícilmente un paquete de carne y huesos.....

Y encontrándose en aquella casa de amigos, en presencia de un caso tan difícil, sentía las vacilaciones de entonces; temblaba como un principiante; inquietábanle además sus manos de viejo, que no tenían ya la energía de los años juveniles.

—Es necesario que os hable francamente, que os lo diga todo—respondió á Paulina.—Creo que la madre y el hijo están perdidos..... Veremos si toda-

vía llegó á tiempo para salvar una de las dos vidas.

Lázaro y Paulina se habían levantado al oírle, acongojados por frío estremecimiento; Chanteau, despertándose al escuchar las voces, abría sus turbios ojos y observaba con espanto los sucesos que ocurrían y las frases que se pronunciaban delante de él.

—Ahora bien—prosiguió el médico, tan tembloroso como las gentes que le rodeaban;—¿á quién he de procurar salvación, á la madre ó al hijo?

—¿A quién? ¡Dios mío!—exclamó Lázaro.—¿Lo sé yo por acaso? ¿Puedo siquiera saberlo?

Y gruesas lágrimas le sofocaban, estremecimientos involuntarios le agitaban con sobresaltos nerviosos, mientras su prima, pálida como un cadáver, permanecía inmóvil, sin una palabra, sin un ademán, en presencia de aquella alternativa.

—Si intento la evolución del niño—continuó el doctor, que discutía sus vacilaciones en voz alta—éste saldrá tal vez deshecho, y temo además causar demasiada fatiga á la madre, que sufre hace ya largo rato.... Mas, por otra parte, la operación cesárea aseguraría la vida al niño, si bien el estado de la pobre madre no es desesperado hasta el punto de

que yo me considere en derecho para sacrificarla de ese modo. Esta es cuestión de conciencia, y os suplico que decidáis vos mismo.

Pero los sollozos ahogaban á Lázaro, quien no pudo responder: tenía un pañuelo entre las manos, y le retorcía convulsivamente con el esfuerzo supremo que hacía para recobrar un poco de razón....

Chanteau miraba estupefacto.

Paulina sólo pudo decir:

—¿Por qué habéis bajado, doctor? Hacéis mal en torturarnos así, sin saber ni poder obrar....

En aquel momento la señora Bouland anunció que la situación se agravaba.

—¿Qué habéis decidido? ¡Tened en cuenta que la enferma se debilita mucho!

El doctor quedó pensativo algunos instantes, y en seguida, con uno de esos bruscos arranques que desconciertan, abrazó á Lázaro, y dijo tuteándole por vez primera:

—Escucha: voy á procurar salvar á los dos, y si sucumben, yo tendré más sentimiento que tú mismo, porque llegaré á creer que ha sido por culpa mía.

Y rápidamente, con la vivacidad de un hombre resuelto, discutió el empleo del cloroformo, del cual había llevado la cantidad suficiente, aunque ciertos

síntomas anunciaban una hemorragia, y ésta era contraindicación formal.

Preocupábanle intimamente los síncope y la debilidad del pulso, y así resistía mejor á las súplicas de la familia, que pedía unánime el uso del clorofórmio, y estaba además apoyado por la actitud de la comadrona, que se encogía de hombros con ademán de repugnancia y desprecio.

—He asistido á doscientas mujeres por año—murmuraba la señora Bouland;—¿y ha tenido ninguna de ellas necesidad de eso para salir del paso? Sufren como todas las mujeres sufren, y nada más.

—Subid, hijos míos—dijo el doctor—que tendré necesidad de vosotros..... Y además, quiero que estéis cerca de mí en el instante decisivo.

Todos salían del comedor, cuando Chanteau, decidiéndose á hablar, llamó á su hijo:

—Ven á abrazarme..... ¡Ah, pobre Luisita! ¿Es posible tal accidente cuando menos se le esperaba? ¡Si al menos fuese ya de día! Ven á darme noticias en el momento en que se resuelva.....

Y de nuevo quedó solo en el comedor.

La luz de la lámpara se oscurecía, y él bajaba los párpados ante la claridad opaca, y sentíase acometido por el sueño: luchó algunos minutos, paseando

su mirada por la vajilla de la mesa y por las sillas en desorden, de las que pendían las servilletas; y como el ambiente era muy pesado y el silencio profundo, acabó por cerrar los ojos y plegar los labios con la influencia de una respiración normal en medio del trágico desorden de aquella comida interrumpida desde la tarde anterior.

Arriba el doctor Cazenove dispuso que se encendiera buen fuego en el cuarto vecino al de Luisa, ó sea en la antigua cámara de la señora Chanteau, porque se podía necesitar después del trance esperado, y Verónica, que había estado velando á la enferma durante la ausencia de la comadrona, fué al punto á encenderla.

Todos los preparativos estaban hechos: se colocaron las sábanas finas al calor de la chimenea, se llevó un gran lebrillo y una caldera de agua caliente, se dispuso además un frasco de alcohol y un trozo de manteca de puerco en plato.

El doctor creyó que era deber suyo prevenir á la parturienta.

—Mi querida niña—la dijo—no os alarméis porque sea necesaria mi intervención en este caso. Vuestra vida es muy amada por todos nosotros, y si el pobre pequeño está amenazado, no podemos perma-

necer inactivos más tiempo. Me permitiréis operar, ¿no es cierto?

Luisa no manifestó que lo había oído: crispada siempre por sus dolorosos esfuerzos, con la cabeza torcida hacia el lado izquierdo, sobre la almohada, la boca abierta, exhalaba un gemido continuo, incesante, que se parecía al estertor de un moribundo.

Cuando sus párpados se alzaban, miraba al techo con espanto, cual si se hubiese despertado en un lugar desconocido.

—¿Me permitís?—añadió el doctor.

Y entonces ella balbuceó:

—¡Matadme, matadme cuanto antes!

—Os suplico, doctor, que operéis pronto—murmuró Paulina.—Aquí estamos nosotros para asumir la responsabilidad de lo que ocurra.

Y el doctor añadió, no obstante, dirigiéndose á Lázaro:

—Respondo de ella, si no sobreviene una hemorragia; pero el niño me parece que se desgracia.... En casos como éste, de diez perecen nueve, porque siempre hay lesiones, fracturas y aun completo magullamiento....

—Operad, doctor, operad—replicó el padre con ademán de angustia.

El lecho de cordeles no fué considerado como resistente, y se transportó á la joven al catre de hierro, después de haber colocado un tablero entre los colchones; la cabeza de la enferma estaba dirigida hacia la pared, sobre un grupo de almohadas; se la separaron las piernas, colocando los pies en el respaldo de dos butacas pequeñas.

—Perfectamente—dijo el médico, después de tales preparativos.—Así procederemos bien y con toda la comodidad posible para la enferma.... Pero será prudente sujetarla, por si acaso opusiera alguna resistencia....

Luisa no existía; abandonábase como una cosa, no como un ser sensible, y su pudor de mujer, su repugnancia á dejarse ver en toda su desnudez, habían sido destruidos por el sufrimiento: sin fuerza para moverse, no tenía conciencia de sus carnes desnudas, ni de que en ellas la tocaban, y descubierta hasta la garganta, con las piernas estiradas, permanecía sin un escalofrío, mostrando su maternidad ensangrentada y sucia.

—La señora Bouland sujetará una de las piernas—continuó el doctor—y vos, Paulina, es menester que sujetéis la otra.... No tengáis miedo: sujetad firme para impedir todo movimiento.... Ahora, Lázaro, haced el favor de alumbrar....

Todos le obedecieron: la desnudez de Luisa había desaparecido ante la mirada de los cuatro, que sólo veían entonces un drama lamentable, el drama de un nacimiento disputado que mataba y destruía la idea del amor.

Á la luz brutal de la bujía, no quedaba allí sino la humanidad doliente, el alumbramiento en un lago de sangre y de miseria, que hacía rechinar el vientre de la madre, que alargaba hasta causar horror el rojo seno de la desdichada, semejante á un golpe de hacha que abre el tronco de un árbol y da salida á la savia de la eflorescencia.

El médico, hablando á media voz, quitóse la levita y se levantó las mangas de la camisa hasta por encima del codo.

—La introducción de la mano va á ser difícil— dijo—por habernos retrasado algún tiempo. ¿Veis? El hombro del niño aparece ya en el cuello.

En efecto, el niño se presentaba entre los musculos carnosos y enrojecidos, pero estaba quieto allí, sin movimiento, por la contracción del órgano materno.

Y sin embargo, la madre, aunque desvanecida, le impulsaba con esfuerzos, extenuándose con aquel trabajo, en la necesidad mecánica del alumbramiento,

to, y los dolores la agitaban sin resultado, como si luchase contra un imposible.

La mano del niño colgaba fuera de la vulva: una mano pequeña, negra, cuyos dedos se abrían y se cerraban por momentos, como si quisieran agarrarse á la vida.

El doctor Cazenove se había colocado entre las dos piernas, que sujetaban las dos mujeres, y una vez se volvió, aturdido por los trémulos resplandores que le alumbraban.

Era que Lázaro, detrás de él, temblaba con pavor tan grande, que la bujía se agitaba en su mano como impulsada por ráfagas de viento.

—¡Eh, muchacho!—dijole el doctor.—Dejad la palmatoria sobre la mesa de noche, y me alumbrará mejor.

Y el marido, incapaz de mirar más, fué á caer anonadado sobre una silla, al otro extremo del cuarto.

Y era en vano que no quisiera mirar más, porque veía sin cesar la pobre mano del niño, aquella mano que quería vivir, que buscaba á tientas un socorro en este mundo, á donde llegaba antes que las otras partes del cuerpo.....

Entonces el doctor se arrodilló, después de fro-

tarse con manteca la mano izquierda, que introdujo lentamente en el seno de la parturienta, mientras la oprimía el vientre con la derecha.

Fué necesario hacer entrar el brazo del niño para que los dedos del operador pudieran pasar, y tal era la parte más peligrosa de la maniobra: los dedos, ensanchados en forma de ángulo, penetraron en seguida poco á poco, con leve movimiento de rotación que facilitó la entrada de toda la mano; ésta se hundió más todavía en el seno, y fué á buscar las rodillas y luego los pies del niño, mientras la mano derecha se apoyaba con doble fuerza en el bajo vientre, ayudando á la operación que se practicaba en el interior; no se veía, empero, ningún resultado de tal operación, y sólo constaba que el brazo del feto había desaparecido dentro del cuerpo de la madre.

—Apenas se mueve—hizo notar la señora Bouland;—y yo temía que fuera bien indócil, porque hay ocasiones en que no bastan hombres para sujetarlas....

Paulina oprimía maternalmente hacia ella la pierna de Luisa, sintiéndola estremecerse de dolor y angustia.

—¡Querida mía, ten valor!—la dijo.

El silencio volvió á caer en aquella escena.

Luisa procuraba ver, y el menor movimiento irritaba sus dolores: si no hubiera podido decir lo que se hacía con ella, experimentaba por lo menos una ansiedad creciente, una sensación como si la arrancasen las entrañas.

Y Paulina no podía reconocer á la delicada niña rubia, de rasgos finísimos, de encantos dulces, en aquella criatura que se retorcía á través del lecho, con el rostro desfigurado por el sufrimiento.

Acometió á Luisa un nuevo síncope, de tal manera que parecía una muerta, y el esfuerzo de sus músculos se paralizó en absoluto.

—Más vale esto—dijo el médico, á quien se lo hizo observar la señora Bouland—porque me aplastaba la mano de tal modo con sus contracciones, que temía verme obligado á retirarla por ser insoportable el dolor. ¡Ah! ¡ya no soy joven!

Instantes después, aquella mano izquierda sujetaba las piernas del niño y las impulsaba suavemente para operar el movimiento de versión; la mano derecha comprimió el bajo vientre con mayor esfuerzo; los pies del niño aparecieron, después de indefinibles momentos de angustia.

Cazenove exhaló un fuerte suspiro, teniendo la

frente llena de sudor y la respiración entrecortada, como después de violento ejercicio.

Todos los presentes experimentaron también un gran alivio.

—¡Ahí estamos!— exclamó el médico.— Creo que no va mal, y el corazón del pequeño continúa latiendo.... ¡Pero todavía no le tenemos en nuestros brazos!

Y se levantó afectando alguna sonrisa.

Vivamente pidió á Verónica sábanas calientes, y en seguida, mientras se lavaba la mano, ensangrentada y sucia como la de un carnicero, procuró reanimar el ánimo del marido, que continuaba aplanado sobre una silla.

—Esto se acaba pronto, amigo mío. ¡Tened esperanza, qué diablo!

Lázaro no se movió.

La señora Bouland, que había logrado disipar el desvanecimiento de Luisa haciéndola aspirar en un frasco de éter, alarmóse no poco al ver que los esfuerzos de la parturienta cesaron por completo, y se lo dijo en voz baja al doctor.

—Lo esperaba—dijo éste—y es menester que nos ayude.

Y dirigiéndose á Luisa, añadió:

—Os ruego que no reprimáis los dolores.... Si me ayudáis un poco, ya veréis cómo todo saldrá bien.

Pero Luisa hizo un ademán para indicar que estaba sin fuerzas, exánime, y se la oyó balbucear con voz apagada:

—¡No siento nada en ninguna parte de mi cuerpo!

—¡Pobre querida mía!—dijo Paulina besándola.— Ya estás al cabo de tus penas....

El doctor volvió á arrodillarse y las dos mujeres volvieron á sujetar las piernas de la doliente, mientras Verónica entregaba al médico una sábana caliente.

Envolvió en ella los pies del niño y tiró de estos lentamente, con tracción suavísima é incesante; sus dedos subían á medida que el feto bajaba, cogiéndole primero por los tobillos, luego por las rodillas, envolviendo en seguida en la sábana cada nueva parte del pequeño cuerpo.

Cuando aparecieron las caderas, evitó la presión en el vientre de la madre, y operó con ambas manos en las ingles: el pequeño ser deslizábase con lentitud, ensanchando cada vez más el orificio de rojizas carnes con una tensión que amenazaba romperse.

Pero la madre, hasta entonces dócil, agitóse brus-

camente con los dolores que otra vez le acometían.

Aquello no era ya un esfuerzo: era que todo su cuerpo se rompía, como si se lo cortasen con un cuchillo muy pesado, á la manera de descuartizar las reses en una carnicería.....

Y su rebelión estalló con tal violencia, que Paulina la soltó de sus manos, y el niño se deslizó de las del Doctor.

—¡Cuidado!—gritó éste.—¡Evitad que se mueva! Si el cordón no ha sido comprimido, todavía tenemos suerte.

Y habiendo cogido otra vez al niño, se apresuró á sacarle los brazos, uno después de otro, para que el volumen de la cabeza no se aumentase con alguna lesión importante.

Pero los estremecimientos convulsivos de la parturienta le estorbaban, y tenía que pararse en medio de la operación por temor á una fractura.

Las dos mujeres empleaban todas sus fuerzas en aquel lecho de miseria; y ella las sacudía, las levantaba con irresistible fuerza, apoyando la nuca en el borde de la cama, defendiéndose esforzadamente con las piernas para librarse de las manos que la atormentaban.

Era aquella una crisis de rabia, de gritos horri-

bles, en la sensación cruel de que se la asesinaba, arrancándola los riñones hasta el vientre.

—¡Sólo falta la cabeza!—dijo el Doctor con voz trémula.—No me atrevo á tocarla ahora, en medio de estas incesantes convulsiones..... Y como los dolores han reaparecido, ella misma dará á luz..... ¡Esperemos un poco!

Y sentóse á esperar.

La señora Bouland, sin dejar á la madre, cuidaba del niño, que estaba entre las piernas ensangrentadas, sujeto aún por el cuello y como estrangulado.

Sus pequeños miembros se agitaban débilmente, y luego cesaron todos los movimientos.

Asaltó al médico nuevo temor, y tuvo la idea de excitar las contracciones para concluir cuanto antes: levantóse, y ejerció fuerte presión en el vientre de la enferma.

Hubo algunos instantes de espantosa incertidumbre; la desgraciada gritaba con más fuerza á medida que la cabeza salía, y rechazaba las carnes del ancho orificio, que se aglomeraban como formando un anillo blanquecino; la piel amenazaba estallar; los excrementos se escapaban espontáneamente en medio de aquella suciedad.

El niño cayó, impulsado por supremo esfuerzo, bajo una lluvia de sangre y aguas cenagosas.

—¡Por fin!—murmuró Cazenove.—No podrá evanecerse este chiquillo de haber entrado en el mundo alegremente.....

La emoción de todos era tan intensa, que ninguno se preocupó de saber el sexo del recién nacido.

—¡Niño, caballero!—dijo la señora Bouland al padre.

Lázaro, con la cabeza vuelta hacia la pared, estaba en sollozos.

¡Luchaba el desgraciado con una desesperación inmensa! ¡Creía que hubiera sido mejor haber perecido todos que vivir todavía después de tan agudos sufrimientos!

¡Aquel pequeño ser que nacía, le dejaba triste hasta desear la muerte!

Paulina se había inclinado hacia Luisa para depositar un beso en la frente de la enferma.

—Ven á besarla—dijo después á su primo.

Él se acercó, y se inclinó también sobre Luisa; pero sintió cruel escalofrío al contacto de aquel rostro bañado en glacial sudor.

Su mujer estaba sin aliento, con los ojos cerrados, y él procuró ahogar su llanto, arrodillándose

al pie del lecho, con la frente apoyada en la pared.

—Creo que está muerto—murmuró el Doctor.—Atad pronto el cordón.

El niño, que no había tenido, al nacer, esos débiles vagidos que indican la entrada del aire en los pulmones, estaba casi amoratado, lívido en algunas partes, y era pequeño para ocho meses, con una cabeza de tamaño extraordinario.

La señora Bouland cortó y ató el cordón con mano rápida, después de haber hecho fluir una porción de sangre, y el niño, sin embargo, no respiraba, y los latidos de su corazón eran imperceptibles.

—¡Esto se acabó!—dijo Cazenove.—Tal vez podremos intentar fricciones y acaso insuflaciones de aire; pero creo que se perderá el tiempo..... Además, la madre necesita de todos nuestros cuidados, y es urgente pensar en ella.

Paulina escuchaba.

—Dadme el niño—exclamó.—Voy á probar.... Si no respira, le inspiraré mi aliento.....

Y le llevó consigo al cuarto inmediato, llevando también el frasco de alcohol y lienzos tibios.

Luisa sentía entretanto los últimos dolores del parto, expulsando la placenta con ayuda de la operación del Doctor; y éste y la partera lavaron las en-

sangrentadas piernas de la enferma, y arrolláronla al vientre una ancha tira de lienzo.

La debilidad de la recién parida y el frío sudor que bañaba su frente eran muy alarmantes; Luisa no se movía, pálida como la cera, con las sábanas cubierta hasta la barba, agobiada bajo cobertores de lana que no reanimaban su calor perdido.

—Quedaos—dijo el médico á la comadrona, que no dejaba el pulso de Luisa.—Yo tampoco me retiraré hasta que inspire tranquilidad el resultado de lo que hemos hecho.

* * *

Al otro lado del pasillo, en la antigua cámara de la señora Chanteau, Paulina luchaba contra la asfixia creciente del desdichado ser que había llevado consigo.

Habíale colocado en un sillón, delante de un buen fuego, y de rodillas en la alfombra, humedeciendo una compresa de hilo en una copa de alcohol, le friccionaba sin descanso, sin sentir el calambre que poco á poco la embargaba con su rigidez el brazo.

Era el pobre niño tan delgado, de carnes tan débiles, de fragilidad tan deplorable, que la joven tenía miedo de acelerar su muerte frotándole demasiado fuerte.

Y así, aquella fricción incesante era como una dulce caricia, como el suave roce de las alas de un pájaro.

Y le volvía con precaución, intentando llevar la sangre y la vida á cada uno de los rígidos miembros del niño, el cual no se movía; si las fricciones le habían dado algún calor, el pecho continuaba exhausto, hueco, sin que el menor aliento le animase, y el color del cuerpo se tornaba cada vez más azulado.

Entonces, sin repugnancia por aquella faz yerta y apenas lavada, pegó su boca á la boca inerte del pequeño, y sopló débilmente, con lentitud, midiendo su aliento con relación á la escasa fuerza de los angostos pulmones en que el aire debía entrar.

Y luego, cuando sentíase sofocada con tal esfuerzo, parábase algunos segundos y volvía á empezar con doble insistencia y sin perder la esperanza.

¡Toda su sangre afluíá á su cabeza, zumbábanle los oídos, sentía el amago del vértigo!

Y no dejaba al pequeñuelo, sino que le dió su propio aliento por espacio de media hora, aunque no lograba ningún resultado, y cuando aspiraba sólo sentía el hedor de la muerte.

Muy suavemente procuró todavía alguna reacción

en los costados, oprimiéndolos con la punta de los dedos.

¡Cualquiera menos ella habría abandonado aquel intento de resurrección imposible!

Pero Paulina quería que el niño viviese, y sintió animarse aquel pobre cuerpo al observar que la pequeña boca había tenido un ligero estremecimiento bajo sus propios labios, débil signo de existencia que la infundió nuevo aliento, valor más heroico.

Y volvió á empezar la fricciones, y continuó de minuto en minuto inspirándole su aliento, alternativamente, con su caridad incomparable.

¡Oh! ¡había en ella como una necesidad creciente de vencer en la lucha, de dar la vida á aquel ser desdichado!

Y sin embargo, temió por un instante haberse equivocado, porque con sus labios oprimía sólo otros labios inmóviles, inertes.

Mas luego observó una rápida contracción: poco á poco el aire entraba, el niño lo aspiraba y lo devolvía suavemente, y bajo su garganta parecían resonar los latidos del corazón.

Y desde entonces su boca no se apartó de la pequeña boca del recién nacido; ella, Paulina, vivía

con aquel pequeño ser; sólo había para los dos un aliento en tal milagro de resurrección: su aliento débil, pausado, que se alargaba, que iba de la una al otro como si fuese de un solo cuerpo.

Y cuando el niño gritó con gemido lastimero, ella cayó sentada delante del sillón, removida hasta el fondo del cuerpo.....

El fuego de la chimenea llenaba de viva claridad el cuarto.

Paulina continuaba en el suelo, delante del niño, á quien todavía no miraba.....

¡Cuán raquítico era aquel pobre ser, apenas formado!

Y una especie de protesta levantaba su corazón, contra aquel miserable hijo que Luisa daba á Lázaro.

Y ella dirigía sus miradas á su propio seno, á sus anchas caderas, á su vientre de virgen que acababa de estremecerse, y sospechaba que habría tenido en la amplitud de su seno un hijo más sólido y más fuerte.

¡Dolor inmenso de su existencia sin objeto, de su sexo de mujer que dormiría estéril!

La crisis que la asaltó en la noche de las bodas de Lázaro y Luisa volvía á acometerla ahora en presencia de tal nacimiento. ¡Justamente en aquella

misma mañana se había levantado con el flujo potente y perdido de su fecundidad!

¡Nunca sería madre!

Y ella hubiera querido entonces que toda la sangre de su cuerpo se agotase, por lo mismo que no podía dar la vida á ningún ser humano.

¿Para qué su pubertad vigorosa, sus órganos y sus músculos henchidos de savia de vida, el perfume de salud y robustez que exhalaban sus carnes?

¡Ella permanecería como campo inculto que se marchita y se deseca en el abandono!

En vez de aquel aborto deplorable, parecido á un insecto, desnudo sobre el sillón, Paulina veía al hermoso vástago que hubiera nacido de su matrimonio con Lázaro, y no podía consolarse, y lloraba por el hijo que no tenía y no tendría nunca. ¡Su maternidad se resistía á morir!

Pero el pobre ser continuaba gimiendo lastimero, y se agitaba en el asiento del sillón hasta que ella tuvo miedo de que cayese al suelo; y entonces su caridad se despertó delante de tanta fealdad y tanta pobreza de cuerpo débil.

¡Ella le aliviaría! ¡Ella le ayudaría á vivir, como le había ayudado á nacer!

Y en el olvido de sí misma, acabó por darle los

primeros cuidados, y le puso encima de sus rodillas vertiendo lágrimas por el dolor de su esterilidad y por su compasión hacia la miseria de los vivos.

*
* *

La señora Bouland, advertida al punto, entró al cuarto para ayudarla á lavar al recién nacido, y luego le envolvieron ambas en una sábana tibia, le vistieron, y le acostaron en el lecho de la cámara, esperando á que la cuna estuviese dispuesta.

La partera, asombrada de encontrar al niño con vida, examinóle con cuidado, y declaró que parecía de buena contextura, pero que sufriría mucho en su infancia, por lo raquitico que era.

Y se apresuró á volver al lado de Luisa, que estaba en gran peligro.

Lázaro entró á ver á su hijo, enterado del milagro que Paulina había hecho.

—Ven, ven á verle—dijole su prima conmovida.

Él se acercó temblando, y no pudo contener esta exclamación:

—¡Dios mío! ¡tú le has acostado en ese lecho!

Desde la puerta había tenido un estremecimiento de miedo: aquella sala abandonada, todavía triste por el luto, donde se entraba pocas veces, encontrá-

bala entonces templada y luminosa, como rejuvenecida por el centelleo del fuego de la chimenea.

Los muebles estaban en su antiguo sitio; el reloj marcaba aún las siete y treinta y siete minutos; nadie había dormido allí desde que la señora Chanteau murió en aquel cuarto mismo.

¡Sí! ¡En aquel mismo lecho había espirado su madre! ¡En aquel lecho temido y sagrado veía renacer á su hijo, demasiado pequeño en la grande anchura de las sábanas!

—¿Esto te contraría?—preguntóle Paulina sorprendida.

Él hizo un signo negativo con la cabeza, porque no podía hablar. ¡Tan grande era su emoción!

Luego balbuceó:

—¡Es que pienso en mi madre! Ella ha partido para siempre, y he ahí que partirá como ella. ¿Por qué habrá venido al mundo?

Los sollozos le cortaron la voz.

Su miedo y su disgusto de la vida estallaban con fuerza, á pesar del esfuerzo que hacía para callar, desde el doloroso alumbramiento de su mujer Luisa.

Y cuando él imprimió sus labios en la frente arrugada de su hijo, retrocedió con algún asombro, por

que creía sentir que el cráneo del pequeño se hundía con la presión de sus labios.

Delante de aquella criatura que él arrojaba tan débil en la existencia, desesperábase el remordimiento.

—Tranquilízate—decía Paulina para animarle.—Será un guapo mancebo, porque nada significa que hoy sea pequeño....

Él la miró con extravió, y en su aturdimiento se le escapó de lo hondo del pecho una confesión sincera.

—¡A ti sola debemos su vida! ¿Está escrito que siempre me has de ofrecer motivos de gratitud?

—¿Yo?—respondió ella con la mayor naturalidad.—Yo he hecho sencillamente lo que la comadrona habría hecho si hubiese estado sola.

Y con un ademán le impuso silencio.

—¿Es que me crees bastante ingrato para no comprender todo lo que te debo?—añadió Lázaro.—

¡Desde tu entrada en esta casa no has cesado de sacrificarte! No hablo, no, de tu dinero: es que me amabas cuando me has dado á Luisa, y yo lo comprendo ahora. ¡Si supieses cuán grande es mi vergüenza al mirarte! Te habrías abierto las venas por nosotros, y estabas siempre alegre y amable, hasta en los días

en que yo te magullaba el corazón..... ¡Ah, Paulina! Dices bien: no hay más dicha en la vida que la alegría y la bondad. ¡Todo lo demás es una horrible pesadilla!

Su prima quiso interrumpirle, y él prosiguió así, con voz más alta:

—¡Eran imbéciles mis negaciones, mis fanfarro-
nadas, el vacío de desesperación en que yo me agi-
taba por temor y por vanidad! Soy yo sólo el que ha
hecho mala nuestra vida, la tuya, la mía, la de toda
la familia..... Sí: tú eras la prudente, y con tu cari-
dad y tu alegría nos llenabas de delicias, porque la
existencia es fácil, es dulce cuando en la casa reina
alegría y los unos viven para los otros. Si el mundo
tiene un fermento de miseria, que lo sufra siquiera
con alguna resignación, compadeciéndose de sí
mismo.....

La violencia hiperbólica de tales frases hizo son-
reír á Paulina, que le tomó las manos.

—Vaya, cálmate..... Y si reconoces ahora que
tengo razón, corrígete y todo marchará bien.

—¡Ah, sí! ¡Corrígete! Esto lo digo en cada mo-
mento, porque hay horas en que la verdad se me
impone..... Pero ¡mañana quizás volveré á caer en mi
tormento ordinario! ¿Acaso se cambia? ¡No! Esto

no marchará bien, esto marchará cada día peor. ¡Tú
lo sabes como yo! ¡Es mi propia estupidez la que
me impulsa rabiosamente!

Ella le atrajo hacia sí con dulzura, y le dijo con
solemne gravedad:

—Tú no eres estúpido ni malvado; eres un infeliz.
¡Bésame, Lázaro!

Y los dos cambiaron un beso delante del pobre
pequeño, que parecía dormir tranquilamente: era
un beso de hermano y hermana, en el que no había
la más leve centella del fuego de deseos en que se
abrasaban ambos la víspera de aquel triste día.

*
*
*

El alba se levantaba, una aurora pálida y gris, de
maravillosa dulzura.

Cazenove llegó para ver al niño, y se asombró de
encontrarle en tan buen estado, expresando su pa-
recer de trasladarlo á la cámara de la madre, por-
que él creía que ya no peligraba la existencia de
Luisa.

Cuando ésta vió á su hijo, bosquejóse en sus labios
una débil sonrisa, y en seguida cerró los ojos, y
cayó en uno de esos profundos sueños que suelen
ser la convalecencia de las recién paridas.

Habían abierto un poco la ventana del cuarto para que se disipase el olor de la sangre derramada, y una frescura deliciosa, un soplo de vida subía hasta allí con la marea alta.

Todos permanecían inmóviles, cansados, satisfechos, delante del lecho en que la enferma dormía, y luego se retiraron ahogando el ruido de sus pasos, quedándose únicamente la señora Bouland á la cabecera de la cama de Luisa.

El médico no partió á su casa hasta las ocho: tenía hambre, y Lázaro y Paulina desfallecían también de inanición.

Fué necesario que Verónica preparase café con leche, y una tortilla.

En el comedor estaba aún Chanteau, durmiendo profundamente en su sitial: nada se había tocado, y el aire del cuarto estaba emponzoñado con el humo acre de la lámpara, que todavía quedaba encendida.

Paulina, sonriendo, hizo notar que la mesa estaba ya puesta, y sacudiendo las migajas de la comida que se interrumpió la víspera, volvió á ponerlo todo en orden.

Luego, como el café con leche se retrasase, los tres desfallecidos atacaron á la ternera asada, lan-

zando agudas bromas sobre el banquete suspendido por causa de aquel alumbramiento laborioso.

Ahora que había pasado el peligro mostraban una alegría de muchachos.

—Creedme, si queréis —decía Chanteau encantado con tal alegría;—dormitaba sin dormir; estaba furioso porque nadie bajaba á darme noticias, y no tenía, sin embargo, mucha inquietud, porque pensaba en que todo iría bien....

Y su alegría se aumentó al ver al cura Horteur, que venía despues de decir misa.

Chanteau se mofó de él sin piedad.

—¡Y bien! ¿qué os ha ocurrido? ¿Así me dejáis solo? ¿Es qué os dan miedo los niños?

El cura, para salir del aprieto en que lo ponía el gotoso, contó que una noche había ayudado á una pobre mujer á dar á luz en medio del camino, y después bautizó al recién nacido....

Y en seguida aceptó una copa de curazao.

Claro sol inundaba de luz el patio cuando el doctor Cazenove se despidió de la familia.

Lázaro y Paulina le acompañaron hasta el vestíbulo, y allí el médico preguntó á la joven en voz baja:

—¿No marcháis hoy?

Ella quedó un instante silenciosa.

Sus grandes ojos soñadores se levantaron hacia el ancho espacio, como si hubiesen querido mirar á lo lejos, en el porvenir.

—No—respondió.— ¡Debo esperar!



V.



Después de un mes de Mayo abominable, los primeros días de Junio fueron muy ardorosos: el viento del Oeste soplabá hacia tres semanas, y algunas borrascas habían devastado la costa, tragado varias barcas,

ahogado muchos pescadores.

Y aquel hermoso cielo azul, aquel mar satinado, aquellos días resplandecientes y tibios que entonces

fulguraban, tenían por contraste infinita belleza y dulzura.

En una tarde soberbia Paulina se decidió á empujar el sillón de Chanteau hasta la terraza, y acostar cerca del abuelo, en una manta de lana roja, al pequeño Pablo, que ya tenía diez y ocho meses.

Ella había sido su madrina, y mimaba al niño tanto como el anciano.

—¿No te incomodará el sol, tío?

—No, hija mía. ¡Hace ya tanto tiempo que no le he visto! Y á Pablo, ¿le dejas dormir ahí?

—Sí, por cierto: este aire puro le hará mucho bien.

Y ella se arrodilló en un ángulo de la manta, y miraba al niño, que estaba envuelto en lindo traje blanco, con los brazos y las piernas desnudos.

Pablo tenía cerrados los ojos, y volvía hacia el espacio su faz sonrosada é inmóvil.

—En verdad que se ha dormido muy pronto— murmuró ella.—Tal vez estaba cansado de dar vueltas..... Ten cuidado de que las bestias no le incomoden.

Y amenazó con un dedo á la Minucha, sentada en la ventana del comedor, lamiéndose los pelos, mientras el perro Lulú, tendido en la arena todo lo largo

que era, abría de vez en cuando sus ojos con desconfianza, y siempre aparecía dispuesto á gruñir y morder.

Como Paulina se levantase, Chanteau exhaló un gemido ronco.

—¿Vuelve eso?

—Sí, vuelve..... Es decir, ¡eso no me deja un punto de sosiego!

Y en verdad que era objeto de lástima y piedad: la gota crónica había acumulado poco á poco la materia tofácea en todas las articulaciones del desdichado, y excrecencias enormes le rompían la piel con sus ángulos blanquecinos.

Los pies, que él no podía verse, metidos en grandes zapatillas, se retorcián sobre ellos mismos, semejantes á patas de pájaro enfermo; las manos presentaban todo el horror de su deformidad, hinchadas en cada falange con nudos rojos y relucientes, y los dedos separados por bultos que los aislaban; la izquierda tenía una concreción del tamaño de un huevo pequeño, que la daba horrible forma; en el codo del mismo brazo habíase presentado una úlcera dolorosa.

La anquilosis era ya completa: ni los pies ni las manos podían servirle para nada, y si algunas ar-

ticulaciones jugaban todavía á medias, rechinaban como si se quebrasen, como cuando se sacude un talego de bolitas de madera.

Todo su cuerpo deforme parecía haberse petrificado en la posición que tenía que adoptar para sufrir mejor el mal, inclinándose hacia adelante, con gran desviación á la derecha, y quedaba así, en la forma á que le obligaba el sillón, plegado, retorcido, inmóvil.

El dolor no desaparecía nunca, y la inflamación se presentaba con la menor fase del tiempo, ó bien por un sorbo de vino ó por un bocado de carne tomados fuera del estricto régimen que guardaba.

—Si quisieses una taza de leche —le dijo Paulina— acaso te refrescaría...

—¡Ah, sí! ¡leche!— respondió él entre dos gemidos.— ¡Una linda invención la de la cura con leche! ¡Yo creo que por ella me han acabado más pronto! No, no, nada; ¡esto es lo que me sienta mejor!

Mas pidió á Paulina que le hiciese cambiar de posición la pierna izquierda, porque él solo no podía moverla.

—¡La infame abrasa hoy! ¡Ponla un poco más lejos! ¡Así! Empújala más todavía.... Bien, muchas gracias. ¡Ah! ¡qué hermoso día! ¡Dios mío! ¡Dios mío!.....

Y fijando su mirada en el ancho horizonte, continuó lamentándose hondamente, sin tener conciencia de lo que hacía.

Su grito de lástima era ya tan necesario como su propio aliento: vestido el infeliz con grueso traje de muletón azulado, en cuya anchura hundía sus miembros, parecidos á raíces de árbol, dejaba sobre sus rodillas las manos contrahechas, deplorables, á la luz del sol.

Y el mar le interesaba: aquella inmensidad azul por la cual pasaban blancas velas, aquel camino sin límites abierto delante de él y donde ya no era capaz de poner un pie antes que otro.

Paulina, á quien las desnudas piernas de Pablo inquietaban sin cesar, arrodillóse otra vez para taparle con un ángulo de la manta.

Por espacio de tres meses la joven había formado en cada semana el propósito de partir el lunes siguiente, y las débiles manos del niño la detenían con poder invencible.

El primer mes, sobre todo, se llegó á temer por las mañanas no encontrarle con vida antes de la noche, y ella volvió á empezar su milagro de salvarle en cada momento, porque la madre estaba aún en el lecho, y la nodriza que hubo necesidad de tomar

daba sencillamente su leche con la estupidez bestial de una vaca.

Y he aquí por qué los cuidados de la joven eran incesantes, la temperatura observada con frecuencia, la vida disputada hora por hora, con verdadera obstinación de una gallina que incubaba, para reemplazar al mes de gestación que faltaba al chiquillo.

Pasado ese mes primero, el niño ganó felizmente la robustez de quien ha nacido con todo tiempo, aunque se desarrollaba con cierta lentitud; y como siempre estaba inclinado al raquitismo, Paulina no le abandonaba un momento, cuidándole con amor y celo de madre.

—Así— dijo ella en voz alta, después de cubrirle —no tendrá frío. ¿Pero ves, tío, que hermoso está sobre esa manta colorada? ¡Parece en verdad una rosa!

Chanteau volvió penosamente la cabeza, única parte de su cuerpo que podía mover, y murmuró:

—Si le besas mucho, le vas á despertar. ¡Deja en paz á ese lindo querubín! ¿Has visto allá un buque de vapor? Indudablemente viene del Havre..... ¡Mira, mira! ¡Ya se larga!.....

Paulina tuvo que mirar hacia el vapor, sólo para complacer á su tío.

Había á lo lejos, en la inmensidad de las olas, un punto negro y una ráfaga de humo que manchaban el horizonte.

Paulina quedó inmóvil un momento, extasiada ante aquel mar tranquilo, bajo el ancho cielo límpido, y como gozando de la grandiosidad del día.

—¡Cabal! Y mientras tanto, se estará quemando la sopita del niño.

Y se dirigió en el acto á la cocina.

Pero cuando iba á entrar, una voz gritó desde el primer piso:

—¡Paulina!

Era Luisa, que estaba de codos á la ventana de la antigua cámara de la señora Chanteau, y la cual ocupaba el matrimonio.

Medio peinada, vestida apenas con una camisola, continuó con su vocecita aguda:

—¡Si Lázaro está ahí, dile que suba!

—No está: aun no ha vuelto.

Entonces Luisa se incomodó.

—¡Ya sabía yo que no le veríamos hasta la noche, y eso contando con que se digne volver! Él ha pasado todo un día fuera de casa, no obstante su formal promesa..... ¡Vaya una gentil manera de cumplir! Cuando va á Caen, nadie le puede arrancar de allí.....

—¡Pero si hay tan pocas distracciones en este miserable pueblo!—respondió Paulina con dulzura.—Y además, el negocio de los abonos le preocupa de masiado y le embargará todo su tiempo. Indudablemente utilizará el cabriolé del Doctor para regresar.

Lázaro y Luisa, desde que habitaban en Bonneville, tenían continuas desazones; no eran éstas querellas francas, sino mal humor que no se calmaba, que sin cesar renacía, como en la existencia de dos seres que no se entienden, que jamás están de acuerdo.

Ella, después de su alumbramiento cruel y laborioso, llevaba una vida estéril, sin ocupación alguna, porque tenía horror á los quehaceres de la casa, matando el tiempo con asidua lectura y con prolongar sus horas de tocador hasta la de la comida.

Él, hastiado de invencible fastidio, no abría nunca un libro, pasaba las horas mirando al mar, emprendía de vez en cuando una escapatoria á Caen, de donde regresaba más fastidiado que antes.

Y Paulina, que continuaba llevando el gobierno de la casa, se había hecho indispensable para ellos, porque tenía la habilidad de reconciliarlos tres veces en cada día.

—Acaba de vestirme, y baja—la dijo Paulina—

porque el Cura no tardará en llegar, y estarás en el comedor con él y con mi tío. ¡Yo estoy tan ocupada!.....

Pero Luisa no daba tregua á su rencor.

—¿Será esto posible? ¡Ausentarse dos días y una noche! Mi padre me lo había escrito..... ¡Ahí se consumirá la última parte de nuestro dinero!

En efecto, Lázaro se había dejado robar en dos nuevas empresas desgraciadas, hasta el punto de que Paulina, alarmada por el porvenir del niño, siendo su madrina, le había hecho el presente de las dos terceras partes de lo que ella poseía, imponiendo la suma en una Compañía de Seguros, á nombre de Pablo, que debía rendir á éste cien mil francos en el día de su mayor edad.

Ella sólo se quedó con unos quinientos francos de renta, y su único pesar consistía en restringir las limosnas de los sábados.

—¡Buena especulación la de los abonos!—prosiguió Luisa.—Mi padre le habrá disuadido de ello, y sino ha vuelto aún, es porque estará divirtiéndose..... ¡Oh! ¿qué me importa eso? ¡Ya puede correr todo lo que quiera!

—¿Pues entonces, por qué te incomodas?—replió Paulina.—Vaya, el pobre hombre no piensa en

hacer mal.... Vamos, ¿bajas?.... ¿Pero no has visto esa estúpida Verónica que desaparece de casa en un sábado, y me deja en planta la cocina?

Era una aventura inexplicable la que ocupaba á la casa hacía ya dos horas: Verónica, después de haber pelado las legumbres para el guisado, desplumado un ánade y preparado la carne en un plato, desapareció súbitamente, como si la tierra se la hubiera tragado.

¡Nadie la había vuelto á ver!

Paulina se decidió á poner el guisado al fuego, estupefacta con tal desaparición de la doméstica.

—¿Pero tampoco ha vuelto?— preguntó Luisa, distraída en su cólera.

—No, no ha vuelto—respondió la joven.—¿Sabes lo que sospecho ahora? Qué ella ha pagado cuarenta sueldos por el ánade á una mujer que pasaba por la calle, y me acuerdo de haberla dicho que yo los había comprado mejores por treinta sueldos en Verchemont.... Y en seguida, al oirme, su rostro se descompuso y me lanzó una de sus malas miradas.... Pues bien; apuesto cualquier cosa á que ha ido á Verchemont para ver si yo mentía.

Y rompió á reír, mostrando gran tristeza en su misma risa, porque sufría mucho con las violencias

de Verónica, la cual no tenía motivo alguno de animosidad contra Paulina.

—Hace más de una semana que no se puede sacar de ella una palabra—dijo Luisa.—¡Todas las calladas son posibles con semejante carácter!

Paulina hizo un gesto de tolerancia.

—¡Bah! dejémosla satisfacer sus caprichos, que ya volverá, y nosotros no pereceremos de hambre esta vez.

Pero el niño se había movido en la manta, y ella corrió hacía él inmediatamente.

—¿Qué quieres, amor?

La madre, que no se había apartado de la ventana, miró un instante, y en seguida entró en su cuarto.

Chanteau apenas volvió la cabeza, cuando el perro Lulú empezó á gruñir, y entonces el gotoso previno á su sobrina.

—Ahí llega tu gente, Paulina.

Dos galopines harapientos llegaban, en efecto, los primeros de la turba que la visitaban todos los sábados, y como el pequeño Pablo volvió á quedarse dormido, ella se levantó diciendo:

—¡Vaya! pues llegan á punto, hoy que no tengo un minuto libre.... Quietos ahí, sentaos en ese

banco Tú, tío, si vienen otros, les harás sentarse al lado de éstos..... Es absolutamente necesario que yo vaya á cuidar del puchero.....

Cuando regresó, después de un cuarto de hora, había en el banco dos muchachos y dos niñas, sus antiguos pobres, pero ya muy crecidos y conservando aún sus hábitos de mendicidad y vagancia.

Nunca tanta miseria había empobrecido á Bonneville.

Durante las tempestades de Mayo las tres últimas casas del pueblo habían sido aplastadas contra la costa, y las grandes mareas acabaron de barrer la aldea.

¡Aquello estaba concluído! El mar, que por espacio de siglos sitiaba á la aldea, invadiéndola sin cesar con encrespadas olas, cada año se tragaba un pedazo del país.

¡Ya no había sobre las rocas puntiagudas sino las olas avasalladoras que borran hasta las huellas de los cimientos y de los escombros!

Los pescadores, arrojados del agujero donde tantas generaciones de antepasados suyos se habían obstinado en vivir á pesar de la eterna amenaza del

Océano, se vieron obligados á subir más arriba, hacia las quebraduras de las rocas, y acampaban allí en montón confuso: los más ricos erigían viviendas, los pobres se cobijaban en los huecos de los peñascos, todos contribuían á fundar otro Bonneville, esperando sin duda á que las olas llegasen otra vez á desalojarlos de aquel punto, después de nuevos siglos de batalla.

Y el mar, completando su obra de destrucción, había concluído por destruir en absoluto las presas y las empalizadas.

Aquel día soplabá recio viento del Norte, y enormes torbellinos de agua se rompían con tal estrépito, que las sacudidas hacían temblar la iglesia del pueblo.

Lázaro, advertido de lo que pasaba, no quiso bajar, y quedó en la terraza viendo llegar la marea, mientras los pescadores corrían hacia la playa, muy alarmados por tan furioso ataque.

Un orgullo de terror se manifestaba en todos ellos.

—¡La bribona! ¡qué fuerte grita! ¿querrá tragarse todo esto?

Y en menos de veinte minutos desapareció todo aquello: las empalizadas deshechas, las presas rotas en mil pedazos.

Y los pescadores rugían con el mar, y gesticulaban y danzaban como salvajes, excitados por la embriaguez del viento y del agua, cediendo al horror de aquella destrucción.

Y luego, cuando Lázaro les amenazó con los puños cerrados, huyeron á todo escape, con el galope rabioso de las olas, sin que nada les detuviera.....

¡Ahora tenían hambre! ¡Ahora se quejaban de morar en el nuevo Bonneville, y acusaban de su ruina á la *bribona*, al mar, y venían á implorar la caridad de la buena señorita!.....

—¿Qué haces ahí?—gritó Paulina en viendo al hijo de Houtelard.—¡Te había prohibido volver!

Aquél era un bigardo que se acercaba á los veinte años, y tenía el aspecto miserable, triste y tímido de muchacho castigado, y á la vez socarrón y grosero.

Respondió, bajando los ojos:

—¡Tened piedad de nosotros, señorita! ¡Somos tan desgraciados desde que padre ha muerto!

Houtelard partió una tarde á la pesca, con mal tiempo, y no volvió; ni siquiera se pudo encontrar su cadáver, ni el de su marinero, ni una tabla de su barca.

Pero Paulina, obligada á vigilar sus limosnas, había jurado no dar nada al hijo ni á la viuda..... Por-

que esta infame, la antigua criada de Houtelard, que castigaba tan cruelmente al muchacho por maldad y por avaricia, ahora que el chico no tenía edad para dejarse apalear, y muerto su padre, había hecho de él un amante.....

Bonneville estaba escandalizado con tal arreglo.

—Ya sabes por qué no quiero que pongas los pies en mi casa—prosiguió Paulina.—Cuando hayas variado de conducta, veremos.

Y él entonces defendió su causa con voz tímida.

—Es ella quien lo ha hecho..... porque, si no, me pegaría cada vez más. Y luego, ¡como no es mi madre!..... Lo mismo la da que sea conmigo ó con otro. ¡Dadme algo, señorita! ¡Todo lo hemos perdido! ¡Es para ella, que está enferma! ¡Oh, es verdad! ¡Lo juro!

Paulina, compadeciéndose, le dió un pan y un puchero, y le despidió diciendo que iría á visitar á la enferma y á llevarla remedios.

—¡Ah, sí! ¡remedios!—murmuró Chanteau.—¿A qué no la hacéis tragar uno? ¡Esa no quiere más que carne!

Paulina llamó en seguida á la muchacha Prouane, que tenía un carrillo desollado.

—Pero ¿cómo te has hecho eso?

—Cayéndome contra un árbol, señorita.

—¿Contra un árbol? pues cualquiera diría que te has caído sobre el ángulo de un mueble.....

La chica Prouane, ya muy crecida, de pómulos salientes, con grandes ojos de alucinada, de histérica, hacía grandes esfuerzos para tenerse de pie: sus piernas se doblaban; su lengua, espesa y torpe, no acertaba á pronunciar una palabra.

—¡Estás ebria, desgraciada!—gritó Paulina, después de mirarla fijamente.

—¡Oh, señorita! ¿quién puede decir eso?

—Sí; estás ebria, y te has caído en tu misma casa..... Siéntate, que voy á buscar árnica y vendas.....

Y ella la vendó, procurando excitar su vergüenza.

¡Qué cosa más bella para una chieuela de su edad embriagarse de aquel modo, como su padre y su madre, dos borrachos incorregibles que encontrarían la muerte en cualquier día, congestionados por el aguardiente!

La chica escuchaba y aparentaba dormir, y cuando se le puso la venda, tartamudeó:

—Papá se queja de insufribles dolores..... y yo le daría fricciones, si vos, señorita, me hicieseis merced de un poco de aguardiente alcanforado.....

Paulina y Chanteau no pudieron disimular su risa.

—¡De ningún modo! Ya sé adónde iría á parar mi aguardiente alcanforado..... Te daré una libreta, y casi me atrevo á creer que irás á venderla para emplear su importe en bebida..... Continúa sentada, que Cuche te acompañará.

Entonces se levantó el muchacho Cuche: estaba descalzo, y por todo vestido llevaba un viejo pantalón y una camisa desgarrada, que dejaba ver la piel del mendigo, curtida por el aire del mar, casi negra, y salpicada de granos.

Ahora los hombres no querían ya á su madre, que estaba sumida en decrepitud prematura y cruel, y aquel hijo desnaturalizado corría por el mundo buscándola clientela.....

Se le encontraba en los caminos, saltando los barrancos y las quebraduras con agilidad de lobo, viéndolo como bestia salvaje impulsada por el hambre sobre todas las presas.

Y era tal degradación humana como el último límite de la miseria, de la abyección, hasta el punto de que Paulina le miraba con remordimiento, cual si ella se culpase de haber dejado al muchacho en semejante cloaca.

Pero á cada una de sus tentativas para sacarle de aquella suciedad, el muchacho se disponía á huir, á alejarse de su salvadora, por horror al trabajo y á la sujeción.

—¿Conque has vuelto aquí?—dijole con dulzura.
—¿De manera que has reflexionado sobre mis consejos del sábado anterior? Quiero ver en tí un resto de buenos sentimientos, en las visitas que todavía me hagas..... No puedes por ningún concepto seguir más tiempo una existencia tan ruin, y yo no puedo darte socorros para que nada hagas, porque al presente no soy rica. ¿Estás decidido á aceptar lo que te he propuesto?

Ella, desde su ruina, procuraba suplir la falta de dinero recomendando sus pobres á otras personas caritativas.

El doctor Cazenove había obtenido el ingreso de la madre de Cucho en el hospital de Incurables de Bayeux, y Paulina misma tenía reservados cien francos para vestir á aquel muchacho, para quien había logrado una plaza de cargador en la línea férrea de Cherbourgo.

Pero Cucho, mientras ella hablaba, escuchándola con desconfianza, bajaba la cabeza.

—¿Has comprendido, verdad?—continuó la jo-

ven.—Tú acompañarás á tu madre, y en seguida irás á desempeñar tu destino.

Mas como avanzase un poco hacia él, Cucho dió un salto por detrás, mirándola á través de sus pestañas, como si temiese que ella intentara agarrarle por las muñecas.

—¿Qué es eso?—exclamó Paulina sorprendida.

Y entonces el tunante murmuró, con un rugido tremendo, como el de un animal furioso:

—¡Es que queréis cogermé para encerrarme! ¡No quiero, no quiero!

Todo era inútil: él la dejaba hablar, y parecía como convencido con los razonamientos de la joven; pero desde que ésta se movía hacia adelante, el miserable retrogradaba hasta la puerta de salida; prefería no comer, rehusándolo todo, para él y para su madre, y vivir en libertad.

—¡Fuera de aquí, malvado!—gritó Chanteau con indignación.—¡Eres demasiado buena, Paulina, para ocuparte en favorecer á ese pillo!

Las manos de la joven temblaban por la inutilidad de su amor al prójimo, que se rompía y destruía contra el empedernido corazón de aquel miserable, contra aquella miseria voluntaria. Hizo un ademán de tolerancia desesperada, y exclamó:

—Vaya, tío mío; ellos también sufren, y es menester darles socorros.

Y llamó á Cuche para entregarle, como todos los sábados, un pan y cuarenta sueldos.

Pero el muchacho retrocedió todavía, y dijo:

—Poned eso en el suelo, y retiraos..... Yo lo cogeré.

Y ella le obedeció.

Entonces el miserable avanzó con precaución, vigilándola siempre con mirada atenta, y cuando hubo cogido el pan y los cuarenta sueldos, echó á correr á galope, con sus pies desnudos.

—¡Salvaje!—gritó Chanteau.—¡Vendrá cualquier noche á estrangularnos á todos!..... Lo mismo digo de esa hija de presidiario que está ahí. ¡Juraría yo con la mano en el fuego que ella fué la que robó el tapabocas la otra noche!

Referíase el gotoso á la muchacha Tourmal, cuyo abuelo había ido á reunirse en la cárcel con el padre de ella.

Estaba ya sola en el banco, cerca de la Prouane, estúpida con su borrachera.

Levantóse, aparentando no haber oído la acusación de robo que se la dirigía, y comenzó á gímotear.

—Tened clemencia, mi buena señorita..... Ya no hay nadie en mi casa, sino mamá y yo, y los gendarmes entran todas las noches para apalearnos..... ¡Mi cuerpo es una llaga! ¡Mi madre está á las puertas de la muerte! ¡Oh, mi buena señorita! Hacedme gracia de un poco de dinero, de una taza de caldo, de un vaso de buen vino.....

Chanteau, exasperado con aquellas mentiras, se removía en su asiento, pero Paulina hubiera dado hasta su camisa por no oirla.

—¡Cállate!—dijo.—Obtendrás más, si hablas menos. Quédate ahí, que voy á arreglar un cestito.....

Y como volviese poco después con una vieja cesta, donde había puesto un pan, una botella de vino y un trozo de carne, encontró en la terraza otra de sus clientes, la muchacha Gonin, que llevaba en brazos á su hija, ya de veinte meses.

La madre tenía diez y seis años, y era tan débil, tan poco formada, que más bien parecía una hermana mayor que sacaba á paseo á su hermanita.

Llevábala con gran trabajo, casi á la rastra, porque sabía que la señorita adoraba á los niños y no rehusaba lo que se pidiera en nombre de ellos.

—¡Dios mío, qué gorda está!—dijo Paulina, tomando en brazos á la inocente chiquilla.—¡Y decir

que apenas tiene seis meses más que nuestro Pablo!

Y á su pesar dirigía la mirada con tristeza hacia el pequeño, que continuaba durmiendo en la manta roja.

¡Aquella madre, que tenía una hija tan gorda y crecida, era bien dichosa! ¿Y todavía se quejaba?

—¡Si supieseis cuánto come, señorita! Y yo no tengo ropas, ni sé cómo vestirla. Y además, desde que papá ha muerto, mamá y su hombre caen á todas horas contra mí..... ¡Ah! me tratan como á la última de las últimas..... y me dicen que cuando se tiene esta vida, debe ser en provecho, en vez de costar cara.

En efecto, una mañana se encontró al viejo ya muerto en su cofre de carbón, y estaba su cuerpo tan amoratado por los golpes recibidos, que la policía estuvo á punto de mezclarse en el negocio.

Y desde entonces, la viuda y su amante hablaban de estrangular á aquella muchacha inútil y enfermiza, que les tomaba parte de su comida.....

—¡Pobre pequeña!—murmuró Paulina.—He dejado aparte mis quehaceres diarios, y estoy haciéndola unas medias..... Tráemela más á menudo, porque aquí tenemos siempre leche, y comerá con gusto unas sopitas de puches. Ya iré á ver á tu madre, y

procuraré intimidarla para que no te amenace todavía.....

La Gonin cogió á su hija, mientras Paulina preparaba también para ella un paquete de víveres.

Habíase sentado, y tenía á la niña en sus rodillas, con la poca habilidad de una chicuela que juega á las muñecas; sus ojos claros guardaban como una continua sorpresa de ser madre, y aunque ella la hubo lactado, parecía que la dejaba caer cuando la mecía sobre su aplastado pecho.

La señorita la había reprendido muy severamente un día en que, para batirse á pedradas con la chica Prouane, dejó á la niña al borde del camino, sobre un montón de guijarros.....

* * *

El cura Horteur apareció en la terraza.

—Ahí llegan el Sr. Lázaro y el Doctor—anunció.

Oyóse al punto el ruido del cabriolé, y mientras el tío Martín, el antiguo marinero de la pierna de palo, llevaba el caballo á la cuadra, Cazenove entró al patio, gritando:

—Os traigo á este pícaro que ha pasado la noche, según creo, fuera de su casa. ¿No vais á cortarle la cabeza?

Lázaro entró en seguida, sonriendo tristemente. ¡Envejecía bien pronto! Sus espaldas estaban encorvadas; su rostro lívido, terroso, devorado por la angustia interior que le destruía lentamente.

Sin duda se disponía á decir la causa de su retraso, cuando la ventana del primer piso, hasta entonces entreabierta, fué cerrada de golpe.

—Luisa no está aún dispuesta—explicó Paulina; —pero bajará dentro de un minuto.

Todos se miraron con alguna molestia, porque aquel ruido de enojo anunciaba una querrela.

Lázaro, después de haber dado un paso hacia la escalera, prefirió esperar: besó á su padre y al pequeño Pablo, y luego, para disimular su inquietud, la emprendió con su prima, diciéndola en voz áspera:

—Libranos pronto de esta canalla..... Ya sabes que no me agrada encontrarla en casa.

Referíase á las tres muchachas que estaban aún sentadas en el banco.

Paulina se apresuró á atar el paquete destinado á la Gonin, y dijo:

—Partid ahora; vosotras dos acompañad á vuestra compañera, para que no se caiga..... Y tú ten mucho cuidado de tu hija..... Y procura no olvidar el camino.

Pero cuando las muchachas se marchaban, Lázaro quiso ver el cesto de la Tourmal, y encontró escondida en él una cafetera vieja que la chicuela había robado.....

Echaron fuera de la casa á las tres, y la borracha caminaba tambaleándose entre sus dos camaradas.

—¡Qué gente!—exclamó el Cura, sentándose al lado de Chanteau.—¡Decididamente Dios les abandona! Estos infames, desde su primera comunión tienen hijos, y beben y roban como sus padres y sus madres..... ¡Ah! ¡bien les había dicho yo las desgracias que les agobian!

—Decid, amigo mío—preguntó irónicamente el médico á Lázaro—¿es que vais á hacer reconstruir las famosas presas?

Pero Lázaro le contestó con un ademán violento, porque la más pequeña alusión á su batalla perdida contra el mar, le exasperaba.

Y exclamó:

—¿Yo?..... Dejaría que la marea llegase á esta casa sin poner siquiera una escoba atravesada en el camino para detenerla. ¡Ah, no! He sido demasiado estúpido, y no se hacen dos veces tales tonterías..... ¡Cuando pienso en que he visto á esos miserables danzar y reir el día del desastre! ¿Y sabéis lo que

sospecho? Que ellos han aserrado mis empalizadas la víspera de la gran marea..... porque es imposible que aquellos gruesos pilotes se hayan quebrado por sí solos.

¡Él salvaba así su amor propio de constructor!

En seguida, amenazando con el puño á Bonneville, gritó:

—¡Que se mueran! ¡Entonces bailaré también!

—¡No te hagas malo!—dijo Paulina, con su voz dulce y tranquila.—¡Sólo los pobres pueden tener derecho á ser malos! Tú, tú mismo reconstruirás las presas.

Ya calmado, como exánime con aquel relámpago de pasión, añadió:

—¡Oh, no! ¡Eso me fastidiaría demasiado! Pero tienes razón: no vale la pena de incomodarnos por ello. Que se ahoguen ó que no se ahoguen, ¿qué me importa?

De nuevo reinó el silencio.

Chanteau había vuelto á caer en su inmovilidad dolorosa, después de haber erguido la cabeza para recibir el beso de su hijo; el Cura daba vueltas á sus dedos pulgares; el Doctor paseaba por el cuarto, con las manos cruzadas en la cintura.

Y todos se pusieron á mirar al pequeño Pablo

dormido, á quien Paulina protegía contra las caricias del padre, no queriendo que se le despertase.

Ella, desde que llegaron, no dejó de suplicarles que hablasen en voz baja, que no pisasen fuerte alrededor de la manta roja; y aun amenazó con un látigo á Lulú, que gruñía sin cesar después de oír que llevaban el caballo á la cuadra.

—¿Crees que callará?—dijo Lázaro.—¡Ya tiene para rompernos los oídos por espacio de una hora! ¡Jamás he visto perro más desagradable! ¡Sólo sirve para hacernos deplorar con doble lástima á nuestro pobre Mateo!

—¿Qué edad tiene la Minucha?—preguntó Cazenove.—Porque yo siempre la he conocido aquí.....

—Diez y seis años cumplidos—respondió Paulina;—pero no se porta mal.

La Minucha, que continuaba haciéndose la *toilette* en la ventana del comedor, levantó la cabeza cuando el Doctor pronunció su nombre; quedó un instante con una pata levantada, el vientre como puesto al sol, y en seguida comenzó á lamerse el pelo con suavidad.

—¡Oh! ¡no es sorda!—dijo Paulina.—Yo sospecho que ha perdido un poco la vista, lo que no impide que su conducta sea la de una picaruela..... ¡Fi-

guraos que la hemos arrojado al mar cinco pequeños, aun no hace una semana! Si hubiésemos dejado vivir á todos sus hijos, seguramente habrían devorado el país.... Pues bien: sabed que ha desaparecido otra vez el martes último, y ved cómo se limpia, porque no ha vuelto hasta hoy, después de tres días y tres noches de abominaciones.

Hablaba de los amores de la gata sin embarazo, sin ruborizarse, alegremente.

¡Un animal tan pulcro, tan delicado, que no salía al vestíbulo en tiempo de lluvia, y que sin embargo arrastraba su vientre cuatro veces al año en el fango de los arroyos y las calles!

La víspera la había observado en un alero con un gatazo, batiendo los dos el aire con sus colas erizadas, y después de un cambio de uñadas, habían caído en medio de un charco, lanzando atroces maullidos; y la gata volvió á casa, después de su aventura, con una oreja rasgada y el pelo del lomo ennegrecido por el fango.

Por lo demás, cuando se tiraban al mar sus hijuelos, ella se lamía el vientre como en su juventud, sin dudar de su fecundidad inagotable, y volvía otra vez á quedarse preñada.

—Por lo menos, tiene buen cuidado del aseo para

ella—dijo el cura Horteur.—¡Hay tantas bribonas que ni siquiera se lavan!

Chanteau, que también miraba á la gata, suspiraba más recio, con el gemido continuo é involuntario de que él mismo no tenía conciencia.

—¿Sufrió más?—le preguntó el Doctor.

—¿Eh? ¿por qué?—respondió despertando sobresaltado.—¡Ah! ¿lo decís porque respiró fuerte?..... Sí, la verdad es que sufro mucho esta noche: yo creía que el sol me hubiera hecho bien, pero me ahogo, no tengo una articulación que no arda....

Cazenove le examinó las manos, y todos, al ver aquellas pobres manos deformes, sintieron escalofríos.

El Cura emitió una reflexión sensata.

—Con tales dedos no debe ser muy cómodo jugar á las damas.... He ahí una distracción que fracasa, amigo mío.

—Sed comedido en el alimento—dijo el médico.—El codo está inflamado, y la ulceración progresará más y más.

—¿Pero qué debo hacer para ser comedido?—gimió desesperadamente Chanteau.—Se me tasa el vino y la carne.... ¿Queréis que se me prive del necesario sustento? En verdad que esto no es vivir. ¡Si yo

comiese solo! Pero ¿cómo queréis que pueda hacerlo, con semejantes instrumentos al remate de mis brazos? Paulina, que me hace comer, está bien segura de que no como demasiado.

La joven sonrió.

—¡Sí, sí! ayer te has excedido en la mesa, y declaro que yo soy la culpable.... porque no sé rehusarte nada aunque veo que la glotonería te hace desgraciado.

Entonces todos aparentaron alegrarse, y aun emromarle con sarcásticas frases; pero sus palabras temblaban de piedad delante de aquel resto de hombre, de aquella masa inerte que sólo vivía para sufrir.

El desdichado había vuelto á caer en su posición habitual, el cuerpo echado hacia la derecha y las manos sobre las rodillas.

—Por ejemplo—continuó Paulina:—esta noche tenemos un ánade para la comida....

Y se interrumpió preguntado:

—A propósito: ¿no habéis encontrado á Verónica al cruzar por Verchemont?

Y entonces refirió la fuga de la doméstica.

Lázaro declaró que no la había visto, y cada cual se extrañó de las humoradas de tal muchacha, aca-

bando por tomarlas á broma: la infeliz, cuando volviese, había de ser objeto de burla para todos, y lo bueno sería ver entonces su rostro.

—Vaya, os dejo, porque estoy de cocinera—dijo alegremente Paulina—y si se quemase el guisado, ó sirviese el ánade sin estar en su punto, mi tío sería capaz de castigarme ocho días....

El cura Horteur se rió estrepitosamente, y hasta el médico Cazenove se divertía con aquel episodio, cuando la ventana del primer piso abrióse violentamente, con gran ruido de fallebas.

Pero Luisa no apareció; gritó con voz seca, á través del rechinamiento de los cristales:

—¡Lázaro, sube!

Lázaro sintió un movimiento repulsivo, y no quería acudir á llamamiento hecho en tono semejante; mas Paulina le dirigió una súplica muda, deseosa de evitar escenas desagradables delante de gente de fuera, y subió entonces el marido, mientras ella quedaba todavía en la terraza para combatir la mala impresión que recibiera.

¡Nuevo silencio! todos miraban al mar, con vaguedad y embarazo.

El sol poniente le iluminaba entonces como una sabana de oro, y encendía las suaves olas azules con

manojos de chispas, y en lontananza el horizonte aparecía con colorido de lilas tempranas.

Aquel hermoso día terminaba con serenidad adorable, desarrollándose al par la inmensidad del cielo y la del Océano, sin una nube ni una vela.

—¡Vaya!— se arriesgó á decir Paulina.— Como él ha dormido una noche fuera de su casa, conviene que le regañe un poco.

Pero el Doctor la miraba, y tuvo una sonrisa; en ella encontró Paulina su previsión de otros días, cuando Cazenove la declaraba que no se les hacía un rico presente dándoles el uno al otro.

Y dirigiéndose en seguida á la cocina, dijo:

—¡Ea! os dejo; ocúpaos en algo,.... Y tú, tío mío, llámame si Pablo se despierta.

En la cocina, cuando ella dió una vuelta al guisado y preparó el asador, removió las cacerolas con gran ruido: las voces de Lázaro y Luisa llegaban á través del techo, cada vez más altas, y se desesperaba pensando en que podrían oírlas en la terraza.

¡Bien poco razonables eran gritando como sordos, para hacer á todo el mundo la confidencia de su desunión!

Pero ella no quería subir: primero, por tener que preparar la comida, y además porque experimentaba

malestar con la idea de colocarse entre ellos, en medio de su cámara, y hasta entonces se había contentado con apaciguarles abajo, en las horas de la vida común.

Pasó al comedor, y movió los cubiertos con gran estrépito, porque las voces continuaban; y no pudiendo sufrir más tiempo el pensamiento de que ambos se hacían cada vez más dignos de lástima, subió.

¡Impulsóla su caridad activa, aquella caridad que era el sacrificio de su existencia por la felicidad de los otros!

— Pero, hijos míos — dijo, entrando súbitamente al cuarto del matrimonio — aunque digáis que me entrometo donde no me llaman,.... os ruego que no gritéis demasiado fuerte. ¡No es de sentido común incomodarse de tal modo y consternar así la casa!

Y atravesando por la pieza, apresuróse ante todo á cerrar la ventana, que Luisa dejó entreabierta; pero felizmente ni el Doctor ni el Cura estaban ya en la terraza: ella lo observó con rápida ojeada, viendo únicamente á Chanteau cabeceando al lado de Pablo dormido.

— Se os oye desde abajo como si estuviérais en la sala,.... Vamos á ver, ¿qué ocurre?

Pero ellos continuaban su querella, sin apercibirse apenas de la llegada de Paulina.

Esta sentíase mal en aquel cuarto donde los esposos dormían: la cretona amarilla con ramos verdes, la carpeta roja, los antiguos muebles de caoba, habían cedido el puesto á tapicería de espesa lana y á un mobiliario adecuado al gusto de mujer delicada.

Allí no había un recuerdo de la madre muerta: el perfume de heliotropo se desprendía del tocador, en el cual aparecían aún las toallas humedecidas; y si aquel aroma la aturdió, también cada objeto de la sala indicaba la promiscuidad del matrimonio.

Si ella aceptó vivir cerca de los esposos, en la usura cotidiana de sus desavenencias; si ella podía dormir resignada, aun sabiendo que estaban allí, tal vez con estrecho abrazo unidos, jamás había entrado á su cuarto hasta entonces, jamás se vió en medio de la intimidad conyugal de ambos, entre el desorden de los vestidos arrojados en cualquier parte y en el lecho preparado para la noche.

Un estremecimiento la subió al cerebro: ¡el escalofrío de sus celos!

—¿Pero es posible que os desgarréis de ese modo? —murmuró después de ese silencio.—¿No queréis ser razonables?

—¡No, no!—gritó Luisa.—¡Es que ya estoy harta de ese hombre! ¿Piensas que reconoce su falta? ¡Ah, sí! Me he limitado á decirle cuánto nos alarmó por no haber venido anoche, y ahí lo tienes que se arroja sobre mí como un salvaje, que me acusa de haberle envenenado la vida, que me amenaza con emigrar á América....

Lázaro la interrumpió con voz terrible:

—¡Mientes! si me hubieras reprendido por mi retraso con esa misma dulzura, yo te habría dado un beso, y todo estaría concluido.... Pero es que me acusas de acarrear una vida de lágrimas.... Sí, sí; y me has amenazado con arrojarte al mar, si continuo haciendo imposible tu existencia....

Y así se acusaban los dos, con el rencor amasado en el diario choque de sus caracteres.

Y era que, por la más insignificante cosa, una broma cualquiera les conducía poco á poco á un estado agudo de antipatía: ella, con su dulce semblante llegaba á ser mala cuando él tocaba en sus placeres, con malicia de gata astuta, acariciando y alargando las uñas; él, á pesar de su indiferencia, encontraba en tales querellas una sacudida al amodorramiento que le producía su fastidio, y se obstinaba con frecuencia en ellas hasta abrasarse en la fiebre.

Paulina los escuchaba y sufría más que ellos, porque tal manera de amarse no tenía cabida en su entendimiento.

¿Por qué no tener la piedad mutua de perdonarse? ¿Por qué no fundirse el uno en el otro, cuando era necesario que viviesen juntos? ¡Parecía tan sencilla la dicha, por hábito y por compasión!

Y ella estaba desolada, por considerar siempre que aquel matrimonio era obra suya, una obra que hubiera deseado buena, sólida, para recompensa, por lo menos, de su sacrificio; por la certidumbre de haberla hecho con prudente previsión.

— ¡Yo no te acuso de haber derrochado mi fortuna! — proseguía Luisa.

— ¡Pues no faltaba más que eso! — gritaba Lázaro.

— ¿Tengo la culpa de que me la hayan robado?

— ¡Oh! se roba solamente á los imbéciles que se dejan vaciar los bolsillos..... Estamos ya reducidos á cuatro ó cinco mil francos de renta, lo justamente preciso para vivir en este agujero..... Sin Paulina, nuestro hijo iría desnudo algún día, porque espero que acabarás por derrochar lo que nos queda, con tus ideas extraordinarias, con tus empresas que abortan unas en pos de otras.....

— ¡Sigue, sigue! Tu padre me ha hecho ayer excelentes cumplidos, y he adivinado que le habías escrito..... Pues bien: ya he desechado el negocio de los abonos, operación de éxito cierto en la que había un ciento por ciento de ganancias..... Pero desde hoy pienso como tú: ahora tengo bastante para vivir aquí, y ¡el diablo me lleve si vuelvo á pensar en otro negocio!

— ¡Hermosa existencia! ¡no puede ser mejor para una mujer de mi edad! Una prisión, ¿no es eso? Jamás saldremos de aquí á saber lo que pasa por el mundo; y nos contentaremos con ver todos los días ese mar insulso que agranda nuestro fastidio. ¡Ah! ¡si yo lo hubiera sabido!

— ¿Y yo? ¿crees que me divierto? Si no me hubiese casado, podría marcharme de aquí, muy lejos, á probar fortuna, á intentar aventuras. ¡Veinte veces he tenido pensamientos de hacerlo! Pero eso se acabó por ahora, y heme aquí clavado en el agujero de Bonneville, donde lo mejor que puedo hacer es dormir..... ¡Tú me has acabado! ¡lo veo bien claro!

— ¿Qué yo te he acabado? ¿Te he obligado á casarte conmigo? ¿No podías haber visto que no habíamos nacido el uno para el otro? ¿Quién tiene la culpa si nuestra vida ha fracasado?

—¡Oh, sí! nuestra vida ha fracasado.... Y tú haces lo posible para que sea cada vez más insoporable.

Paulina, aunque había pensado callar, interrumpió temblorosa:

—¡Callaos, infelices! Es verdad que ambos contribuis á hacer amarga esta vida, que podría ser tan buena. ¿Por qué excitaros así, diciéndoos cosas irreparables, que luego deploraréis haber dicho? No, no; callad ya; no quiero que esto continúe.

Luisa, anegada en lágrimas, cayó sobre una silla, y Lázaro, violentamente agitado, andaba á grandes pasos.

—¡Vamos!— añadió Paulina.— El llanto no sirve de nada, querida mía; tú eres poco tolerante, y eso está mal hecho; y tú, Lázaro, mi pobre amigo, ¿es posible que la trates de tal modo? Porque eso es odioso, y creo que, por lo menos, tienes buen corazón. Sí: los dos sois niños grandes, igualmente culpables, que inventáis sin cesar maneras de atormentaros; pero yo no lo quiero así, ¿entendéis? porque no quiero personas tristes al lado mío. ¡Ea! ¡ahora mismo vais á daros un beso!

Y ella procuró reír, disipado el principio de escalofrío que la inquietaba: quedábale en cambio un

sólo y ardiente deseo de caridad, el de ponerlos delante de ella con los brazos abiertos, para cerciorarse de que la querella estaba concluida.

—¡Que yo le bese!— exclamó Luisa.—¡Ah, jamás! ¡Me ha dicho muchas torpezas!

—¡Jamás!—gritó Lázaro.

Entonces Paulina rompió á reír á carcajadas.

—Vamos, fuera enojos.... Ya sabéis que soy muy testaruda.... La comida se está quemando, y los convidados esperan.... ¡Que te empuje, Lázaro, si no me obedeces! Ponte de rodillas delante de tu mujer, y estréchala sobre tu corazón.... ¡Ea! ¡así, así!

Y ella les obligó á abrazarse amorosamente, y vió cómo se besaban en el rostro, sin que la menor turbación pasase por sus hermosos ojos.

Había en ella un calor de alegría, una llama sutil que la enaltecía por encima de los dos esposos.

Sin embargo, Lázaro abrazaba á su mujer con remordimiento vago, y Luisa, todavía envuelta en su camisola, con la garganta y los brazos desnudos, le devolvía sus caricias llorando más reciamente.

—¿Veis cómo eso vale más que regañar?— dijo Paulina.—Y ahora me voy, porque no tenéis necesidad de mí para firmar las paces.

Y salió, cerrando vivamente la puerta de aquella cámara de amor.....

Y al llegar á la cocina empezó á cantar, removi6 otra vez el guisado y encendi6 un buen fuego, prepar6 el asador para el ánade, y vigil6 el asado con mirada atenta y experta.

Aquella necesidad imprevista de ser cocinera en tal día la alegraba: habiase puesto un gran delantal blanco, y estaba encantada de servir á todos, de descender á los quehaceres más humildes, para decirse que, por lo menos entonces, la deberian su alegría y su salud.

Y ahora que todos reian, gracias á ella, su desco era servirles un banquete de fiesta, viandas exquisitas, para que comieran bien y con gusto, y hubiera expansión en la mesa.

De pronto asalt6la el pensamiento de ver á su tío y al pequeño, y ech6 á correr hacia la terraza, quedando asombrada al ver allí á su primo, sentado cerca del niño.

—¡Cómo!—exclam6—¿tan pronto has bajado?

Él la contest6 con un movimiento de cabeza, embargado ya por su indiferencia habitual.

Y le pregunt6 en voz baja:

—¿Espero que no habréis comenzado otra vez?

—No, no—respondió Lázaro, decidiéndose á hablar.—Ella bajará también, cuando se ponga un vestido..... ¡Nos hemos perdonado! ¿Pero cuánto durará esto? Mañana habrá otra historia, y todos los días, y á todas horas.....

Paulina se puso muy seria, y sus ojos entristecidos se velaron: él tenía razón, y ella veía claramente cómo se sucedían los días parecidos, la misma que-rela incesante entre ellos.

Y ella además no estaba segura de no ceder todavía á violencias celosas. ¡Ah! ¡qué perpetua renovación de tales miserias diarias!

—¿Pero dónde han ido el Cura y el Doctor?—pregunt6 Paulina, sorprendida de no verlos allí.

—Creo que están en el huerto—respondió Chanteau;—porque el Cura deseaba mostrar nuestras peras al Doctor.

Paulina iba á lanzar una mirada, desde el ángulo de la terraza, y se detuvo delante del pequeño Pablo.

—¡Ya se ha despertado!—exclam6.

Pablo, en efecto, en medio del cobertor rojo, acababa de levantarse sobre sus rodillas, y se arrastraba furtivamente; pero antes de llegar á la arena de la terraza, encontr6 un pliegue de la manta, vacil6 y cay6 sobre la espalda, con brazos y piernas al aire.

Y gimoteaba, y agitaba su desnudez de color de rosa en el fondo encarnado de la manta, como pájaro desvanecido.

—¡Bueno!— dijo Paulina.—Nos enseña todo lo que tiene.... Atended, que vamos á ver cómo anda desde ayer.

Y se arrodilló cerca del niño, para ponerle de pie; y aunque él había crecido con trabajo, y estaba atrasado para su edad, era un encanto para la familia verle dar sus primeros pasos, con las manos trémulas en el aire, cayendo sentado al menor tropiezo que encontraba.

—¿Quieres no jugar?—le decía Paulina.—Vamos, seriamente; demuestra que eres hombre.... ¡Así! ¡firme! vete á besar á papá, y en seguida al abuelito....

Chanteau, con el rostro contraído por dolorosos pinchazos, había vuelto la cabeza para contemplar la escena, y Lázaro, no obstante su aplanamiento, quiso prestarse á aquel juego.

—Ven—dijo al niño.

—¡Oh! es menester que le tiendas tus brazos—dijo Paulina—porque él no se aventura á tanto, y ante todo quiere saber dónde caerá. ¡Vamos, tesoro mío! ¡un poco de valor!

Había que dar tres ó cuatro pasos, y exclamaciones de entusiasmo estallaron cuando Pablo se decidió á franquear aquel corto espacio con balanceos de equilibrista incierto de sus pies.

Y fué á caer en los brazos de su padre, que le besó en sus escasos cabellos, y se reía alegremente, con la risa vaga y encantadora de los niños, abriendo mucho la boca húmeda y clara como una rosa.

Su madrina quiso hacerle hablar, pero la lengua estaba más torpe que las piernas, y el niño solamente lanzaba sonidos guturales, esos dulces sonidos en que los padres creen escuchar las palabras *papá* y *mamá*.

—Pero no has acabado todavía—dijo Paulina—porque has prometido ir á besar al abuelito. ¿Eh? ¡Ahora sí que hay un buen viaje!

Lo menos ocho pasos separaban de la silla de Lázaro el sillón de Chanteau, y nunca Pablo se había arriesgado tanto; así es que la empresa era considerable.

Paulina se colocó en mitad del trayecto, para evitar una catástrofe, y hubo de emplear más de dos minutos en animar al niño: éste se lanzó, por fin, con las manos al aire, y aunque la madrina creyó en una ocasión recibirle en sus brazos, él, como hom-

bre de valor, fué á parar á las rodillas de Chanteau. ¡Estallaron entusiastas bravos!

—¿Habéis visto? ¡No tiene frio en los ojos! ¡Seguramente será un buen mozo!

Y diez veces más se le hizo andar el mismo camino.

El niño no tenía miedo, y partía con el primer llamamiento: iba de su abuelo á su padre, y volvía á su abuelo, riendo mucho, divertido con tal juego, siempre vacilando y á punto de rodar, como si la tierra temblase bajo sus pies.

—¡Otra vez á papá!—gritó Paulina.

Lázaro empezaba á fatigarse, porque los niños, aun su hijo, le fastidiaban pronto.

Y mirándole tan alegre, la idea de que aquel pequeño ser le sucedería, acaso le cerraría los ojos, acababa de atravesar por su cerebro, dejándole estremecimientos de angustia.

Desde que había resuelto vegetar en Bonneville, una sola preocupación embargaba su ánimo: el pensar que él había de morir en la misma sala donde había muerto su madre.

¡Y no pasaba una vez por la escalera, sin decirse que algún día, fatalmente, su féretro pasaría también por allí!

La entrada al pasillo formaba un ángulo, y el desdichado se atormentaba de continuo la imaginación pretendiendo adivinar cómo los hombres que llevarán el ataúd habrían de sacarlo de aquel mal paso sin dejarle caer.

Y á medida que la edad le quitaba cada día un poco de su vida, el pensamiento de la muerte apresuraba la descomposición de su ser, le destruía hasta aniquilar sus postreras fuerzas viriles.

Era un hombre arruinado, y él mismo se lo decía, que consideraba como inútil moverse, agitarse en la vida, y que se hundía más cada vez en la sima de su fastidio.

—¡Otra vez al abuelo!—gritaba Paulina.

Chanteau no podía alargar los brazos para recibir y guardar al pequeño Pablo, y era curioso ver á éste separarle las rodillas con sus deditos delgados, que se agarraban al pantalón y arrancaban al gotoso prolongados suspiros.

El niño estaba ya acostumbrado al gemido sin fin del anciano, viviendo cerca de él, imaginándose acaso, en su inteligencia apenas lúcida, que todos los abuelos se quejaban de igual modo.

Y sin embargo, aquel día, á la claridad resplandeciente del sol, cuando iba á caer sobre el anciano,

levantaba su gentil cabecita, contenía su sonrisa, mirábale con sus ojos vacilantes.

Las dos manos deformes parecían monstruosos bloques de carne y cal; el rostro, surcado por hondas arrugas, martirizado por el sufrimiento, estaba como echado con violencia sobre el hombro izquierdo; el cuerpo entero tenía las abolladuras y las grietas de un pedazo de viejo santo de piedra mal compuesto.

Y Pablo parecía sorprendido de verle al sol, tan enfermo y tan anciano.

—¡Otra vez, otra vez!—gritaba Paulina.

Ella, vibrante de alegría y de salud, le lanzaba de uno á otro, del abuelo obstinado en el dolor, al padre ya devorado por el espanto del incierto mañana.

—¡Este pertenecerá tal vez á una generación menos imbécil!—dijo ella de repente.—No acusará á la química de dañar á la vida, y creará que se puede vivir con la certidumbre de perecer algún día.

Y Lázaro contestaba con forzada sonrisa.

—¡Bah!—murmuró.—Tendrá la gota, como su abuelo, y sus nervios estarán más descompuestos que los míos..... ¡Mira qué débil es! ¡La ley de las degeneraciones!

—¿Quieres callar?—exclamó Paulina.—Yo le educaré, y veremos si hago de él un hombre.

Y reinó largo silencio, mientras ella oprimía al niño con maternal abrazo.

—¿Por qué no te casas—preguntó Lázaro—si tanto amas á los niños?

Ella quedó estupefacta.

—¡Ya tengo este hijo! ¿No me le has dado tú mismo? ¡Casarme! ¡jamás, jamás!

Y mecía al pequeño, y reía con más fuerza contando á su primo que ya la había convertido á las doctrinas del gran santo Schopenhauer, y quería permanecer soltera para trabajar con ahinco en la liberación universal.....

*
**

El sol se ponía en el mar inmenso, y del cielo pálido descendía una serenidad infinita, lo infinito del agua y lo infinito del aire, uniéndose en la dulzura inefable de un hermoso día al caer la tarde.

Sola una pequeña vela blanca, muy lejos, lanzaba todavía una centella, que se apagó en el espacio cuando el astro descendió bajo la línea extensa y recta del horizonte.

Y entonces empezó á caer el lento crepúsculo sobre las ondas inmóviles.

Y ella mecía al niño, con su franca risa de alegría,

de pie en medio de la terraza azulada ya por las sombras, entre su primo abatido y su tío quejumbroso.

Ella se había despojado de todo, y sin embargo, su risa encantadora llamaba á la felicidad.

—¿Pero aquí no se come hoy?—preguntó Luisa, que apareció en la terraza, vestida con lindo traje de seda gris.

—Yo estoy dispuesta—contestó Paulina;—pero no sé lo que esos hombres pueden hacer en el jardín.

En aquel momento llegó el cura Horteur, con la faz trastornada, y como se le interrogase apresuradamente, respondió con brutal frase, después de buscar palabras para debilitar el golpe:

—¡Esa pobre Verónica! Acabamos de encontrarla ahorcada en uno de los perales.

Todos lanzaron un grito de sorpresa y horror, pálido el semblante con la influencia de aquel soplo de muerte que pasaba.

—¿Pero por qué?—preguntó Paulina.—No tenía ningún motivo, y hasta había empezado ella misma á preparar la comida. ¡Dios mío! ¡No habrá sido por decirla yo que había pagado por el ánade diez sueldos más de lo justo!

El doctor Cazenove llegó entonces: había inten-

tado inútilmente, por espacio de un cuarto de hora, volverla á la vida, en la cuadra, á donde la llevó con ayuda del viejo Martín.

¿Qué se podía esperar de viejas domésticas monomaniacas? Nunca se había consolado de la muerte de su señora.

—Eso no ha debido impulsarla—dijo el Doctor,—se ha ahorcado con el cordón de su delantal de cocina.

Lázaro y Luisa, helados de miedo, callaban.

Chanteau, después de escuchar en silencio, exasperóse de repente con la contrariedad de un banquete comprometido.....

Y aquel miserable sin pies y sin manos, á quien había que acostar y dar alimento como si fuera un niño; aquel lamentable resto de hombre cuya chispa de vida era un alarido de horrible dolor, aquél sólo gritó con furiosa indignación:

—¡Es necesario ser muy bestia para matarse!

FIN.



EMILIO ZOLA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EMILIO ZOLA.

Nació el 2 de Abril de 1840, y está por consiguiente en toda la fuerza de la vida y en pleno vigor de su inteligencia.

Sus principios fueron difíciles: sin aptitudes para la fantasía periodística, desdiciendo la crónica, abominando el teatro fácil y sin enseñanza, tuvo necesidad de vivir entre penosos y oscuros trabajos de literatura, y la miseria. ¡Demasiado conoció el Monte de Piedad!

Más tarde fué empleado de corto sueldo en la casa editorial de Hachette, y entonces publicó su primera novela, *Los misterios de Marsella*, título que revela el género de la obra. ®

En 1864 escribió los *Cuentos á Ninón*, y sucesivamente *El voto de una muerta* y *La confesión de Claudio* (1865), *Teresa Raquin* (1867), *Magdalena Ferat*

(1868), libros que fueron después eclipsados por los *Rougon Macquart*, en los que aparecieron las ideas y aspiraciones del verdadero Zola, su observación psicofisiológica, su intrepidez en el análisis de las miserias humanas, su creencia en el *determinismo* de los medios y en la fatalidad de las influencias hereditarias.

Y sin embargo, todas esas obras tuvieron al principio un éxito mediano, fueron poco leídas: hoy parece mentira que los primeros volúmenes de la serie de los *Rougon*, titulados *La fortuna de los Rougon*, *La canalla (La Curée)*, *El vientre de París*, *La conquista de Plassans* (tan notable por muchos conceptos en el carácter de estudios á lo Balzac), y *La caída del padre Mouret*, con sus asperezas de estilo y sus arranques de poesía materialista, pasaran sin ser apenas notadas entre el fárrago inmenso de las publicaciones parisienses.

Pero el brillante escándalo del *Assommoir* resonó con eco estentóreo en toda la sociedad francesa, y bien pronto aquellas obras tuvieron un éxito retrospectivo incomparable, y fueron traducidas en todos los idiomas de la vieja Europa.

Zola fué proclamado pontífice del *naturalismo*, zaherido por unos, glorificado por otros, y sus últi-

mos libros, tales como *Germinal* y *La Tierra*, son todavía objeto de ruda controversia entre los adeptos y los adversarios de aquella escuela.



Nuestros suscritores leerán con agrado el brillante estudio titulado *Zola íntimo*, que Mr. Henry Ceard ha publicado en la *Revue Illustrée*, de París.

Medan, á distancia igual de Poissy y de Triel, es una antigua residencia señorial, que desde el siglo IX hasta el presente poseyeron sin interrupción los parisienses: en una de las islas que existen enfrente de Medan tiene Emilio Zola su casa, y tal vez algún día el autor de LA ALEGRÍA DE VIVIR instalará allí el busto de Juan Broison, que fué en su tiempo el Mecenaz de los escritores, y que murió pobre por los gastos hechos para protegerlos.

Emilio Zola construyó en Medan una casita, modesta al principio, y aumentada en cada año con el afortunado éxito de sus libros, en la cual ha escrito la mejor parte de su obra literaria, aquella donde se revela un individuo que París no conoce todavía, á despecho de diez años de notoriedad.

Porque hay varios Zola, de igual manera que sus retratos fotográficos, ejecutados en diversas épocas,

le representan con fisonomía variable: se conoce al Zola armado en guerra para las polémicas periodísticas, y se conoce al Zola defensivo y reservado de las primeras representaciones y de los banquetes públicos; pero todo el mundo ignora lo que es Zola en su casa, el Zola retirado de las batallas teóricas, el Zola libre de las convencionales trabas de la sociedad, el Zola que habla espontáneamente, que deja sonreír á su fantasía y desahogarse á su corazón.

Preguntad á Goncourt, preguntad á Daudet, preguntad á todos los que le han visto en Medan, y entonces sabréis cuántas apreciaciones de París sobre Zola son absolutamente falsas, lejos de las hipocresías galantes, de las mesas de café, de las redacciones de los periódicos, y en medio de la franqueza expansiva de la amistad y de la independencia del campo.

Si; es elocuente cuando refiere sin amargura los negros días de su juventud, llena de miseria y de esperanzas, y es espiritual cuando cuenta los acontecimientos de 1870, cuya tragicomedia de lástimas presenció en Marsella y en Burdeos; es elocuente y espiritual á la vez cuando juzga los hechos y aprecia en su justo valor á los hombres, con una sinceridad insinuante y áspera, como regañona, que hace

pensar en lo cómico y al mismo tiempo cruel de ciertos personajes de Molière y en la maquiavélica y sonriente burla del padre Grandet, de Balzac.

Solitario, hambriento de soledad, el examen detenido de sus libros nos le muestra casi dichoso de «ver cómo concluye el mundo á la puerta de su jardín»; después se le oye lamentarse dulcemente de la falta de cohesión amistosa de la literatura actual, y deplorar la «fraternidad batalladora» (en su estudio sobre Jorge Sand) de los escritores del romanticismo naciente; contemplativo otras veces, pedirá «á la madre naturaleza que le acoja y le guarde», y al mismo tiempo, en su antinómica ALEGRÍA DE VIVIR, y por boca de su Lázaro, repitiendo á Shopenhauer y Hartmann, lanzará un grito de suprema desolación sobre los incesantes dolores del mundo, y proclamará con sufrimientos y lágrimas la irrefutable confesión de la inutilidad de todo.

Si; pero se le encuentra además agitándose y hablando con los dominadores de las sociedades y de las circunstancias: es él, es su voluntad inflexible de vencer á la nada, es su creencia en la fuerza, es su *Credo* en «el poder de la vida», es todo esto lo que resalta en sus Sacard, en sus Rougon, en sus Mouret, en sus Faujas, que llevan consigo á todas partes,

donde quiera que entran, á las oficinas, á los ministerios, á los almacenes, á la sacristía, un programa idéntico: ¡conquistar!

¡El trabajo! Consultad los catálogos, y ellos demostrarán en su persuasiva y precisa elocuencia con cuánta asiduidad le practica Emilio Zola; y aun los catálogos son incompletos, porque no dan sino informe aproximado de los innumerables escritos que Zola desdeña recopilar, su colaboración frecuentísima en el *Progrès de Lyon*, en el *Corsaire*, en la *Cloche*, en el *Figaro*, en el *Gaulois*, en la *Vie Parisienne*, en la *Tribune*, en la *Sémaphore de Marseille*, en la *Constitution*, en el *Avenir National*, en el *Rappel*..... ¡más de sesenta volúmenes!

.....
La originalidad hoy consiste en decir cómo Zola descansa.

Concluida su tarea y terminado el almuerzo, se le ve todos los días vigilando á los obreros de sus construcciones siempre comenzadas (porque tiene gran satisfacción en concluir una para pensar en edificar otra), y paseando entre el rechinar de las sierras, el ruido de los martillos, el eco sonoro de los albañiles y los pintores en sus andamios y escaleras, como si fuera la silueta de un arquitecto campesino.

Los planos de las obras son hechos por él mismo, que siente un placer singular en la adición no interrumpida de nuevos pabellones á la pequeña casa donde se limitaban en otros días sus ambiciones de propietario.

Y en esto cede indudablemente á alguna predisposición hereditaria: sin duda sufre la influencia fisiológica de su padre, constructor de canales y gran obrero de proyectos sobre puentes y caminos; y tal vez comprueba él mismo, aunque no lo sospeche, las teorías de su doctor Lucas y el sistema sobre el cual ha construido toda la serie de los Rougon-Maquart, cuando, preguntado por un amigo íntimo acerca de sus gustos hacia los materiales de albañilería y las andamiadas de edificación, contestóle que «amaba mucho hacer de ingeniero».

Acabadas las obras de fábrica, preocupanle enseña las del interior, y entonces empieza sus pesquisas para encontrar ricas tapicerías, buenos muebles y artísticos *bibelots*, en cuya elección revela su gusto por lo majestuoso, lo decorativo y lo *confortable*; y ¡cosa rara! el romanticismo tan combatido en las letras, y del cual no se ha librado enteramente, según él declara, reaparece como vencedor en su mobiliario.

El claro sol atravesando por los vidrios heráldicos de las ventanas de su casa, ilumina preciosos muebles estilo Luis XVI y muebles indios, armaduras de la Edad Media y *Kahmonos* japoneses, gabinetes venecianos incrustados de marfil y oro y sillerías de resplandecientes sedas modernas; flores de todos los climas y de todas las estaciones confunden allí sus matices, sus perfumes y sus paradógicas estructuras; instrumentos raros contribuyen también a la decoración, ya un *gong* japonés, mandolinas italianas, un piano, un órgano, y si las representaciones de ópera encuentran en él un oyente a cada instante impresionado en lo más sensible de su lógica, la música misma, la música por su lúcida complicación y su sabia arquitectura, le interesa y le atrae.

En efecto; siente indefinible y estrecha correspondencia en la construcción de las sinfonías, tales como las escribieron los grandes maestros, con sus procedimientos literarios, y en sus libros, la repetición obstinada de epítetos especiales, característicos del asunto, y la repetición de finales de frases, las mismas siempre, afectan incontrastable semejanza con el *leit motiv* familiar a las composiciones de Ricardo Wagner, de Wagner, a quien él sostenía y alentaba con sus aplausos en la época de los primeros silbidos

y las primeras batallas al maestro, y que todavía le seduce en su retiro por la magistral amplitud de sus desarrollos armónicos, aun quebrantados por el órgano y debilitados por la inevitable sequedad de una ejecución al piano.

Y este silencioso taciturno en París, es un hablador, un gran *causeur* en Medan: dejad que se despierte en el mullido sofá donde, encorvado y con los puños cerrados, duerme la siesta, como buen hijo del Mediodía, y allí, tendido durante largas horas, é invitando a los que le visitan a echarse como él, como si quisiera compensar la pereza del cuerpo con la actividad del espíritu, surgen conversaciones que se relacionan con todo, de las cuales, con una sagacidad maravillosa, excepcional, extrae un detalle, un perfil, una enseñanza.

No abandonando nada al acaso, ni en su palabra, ni en su pluma, con un movimiento familiar, apoyando los dedos de la mano derecha en la palma de la izquierda abierta, dispone metódicamente, casi materialmente, su argumentación y la sigue por todas sus partes sin dejarla un punto, como un jugador de ajedrez sigue atento a todas las piezas del tablero.

Con progresión continua, con delicadeza de estilo

y singular diplomacia de expresiones, infunde sus propias ideas en los espíritus más recalcitrantes y peor dispuestos á recibirlas y acogerlas.

.....
 ¿Y sensible? Sí: ese escritor cuyas frases no han retrocedido nunca delante de la más ruda realidad, ese polemista que aplasta cruelmente á sus adversarios, es sentimental, tiene un corazón de generosos sentimientos.

Leyónos un día, á Huysmans y á mí, su estudio sobre el pobre Gustavo Flaubert.

Sacó del cajoncito de un mueble holandés un manuscrito que no era de su letra, y nos dijo:

—Lo ha copiado mi madre... Ella adora la escritura, sólo que algunas veces pone las palabras unas sobre otras, y eso no es muy cómodo para el que lee.....

La primera parte del estudio es una reseña de los funerales de Flaubert: leyó al principio con lentitud, con pesada calma, y luego, á medida que los detalles se precisaban, su palabra era vibrante y entrecortada; á la llegada del cadáver á Rouen, temblaba; en el camino de Croisset, apenas se le oía; cuando el féretro subía por la cuesta de Cauteleu, y las frases daban cuenta de la conmovedora impre-

sión experimentada por las gentes que fueron de París, ante el cadáver de Flaubert, él rompió en sollozos y continuó llorando en silencio.

Y dándome el manuscrito, dijo:

—Tomad, seguid leyendo.

Y mientras yo leía, él permaneció con la mano en los ojos, disimulando sus lágrimas, entregado en absoluto al dolor que le agitaba, en su obra literaria, en su ternura de amigo, en su persona de meridional refractario á la idea de la muerte y asombrado de la vaguedad de la nada.

Allí, en Medan, se encuentra á Emilio Zola en la plenitud de sus elocuencias, de sus ironías, de sus ternuras; Medan le esconde en medio de espeso follaje y en la antigüedad de su historia.

Tal es el Zola íntimo, el Zola que yo he querido dar á conocer, el Zola que cumple allí su magnífica divisa: *Nulla dies sine linea*.

¿Destruirán acaso estas notas rápidamente bosquejadas la falsa figura que la leyenda, con gran escrúpulo de inexactitud, ha dado del insigne novelista?

Poco me importa.

Únicamente deseo que el público no me acuse de haber lesionado sus antiguas ideas acerca del

autor de *Teresa Raquin*, y que el hombre tampoco me acuse de falta de discreción, por hablar de particularidades íntimas que, según sus propias palabras «son extrañas á su diario combate de escritor».

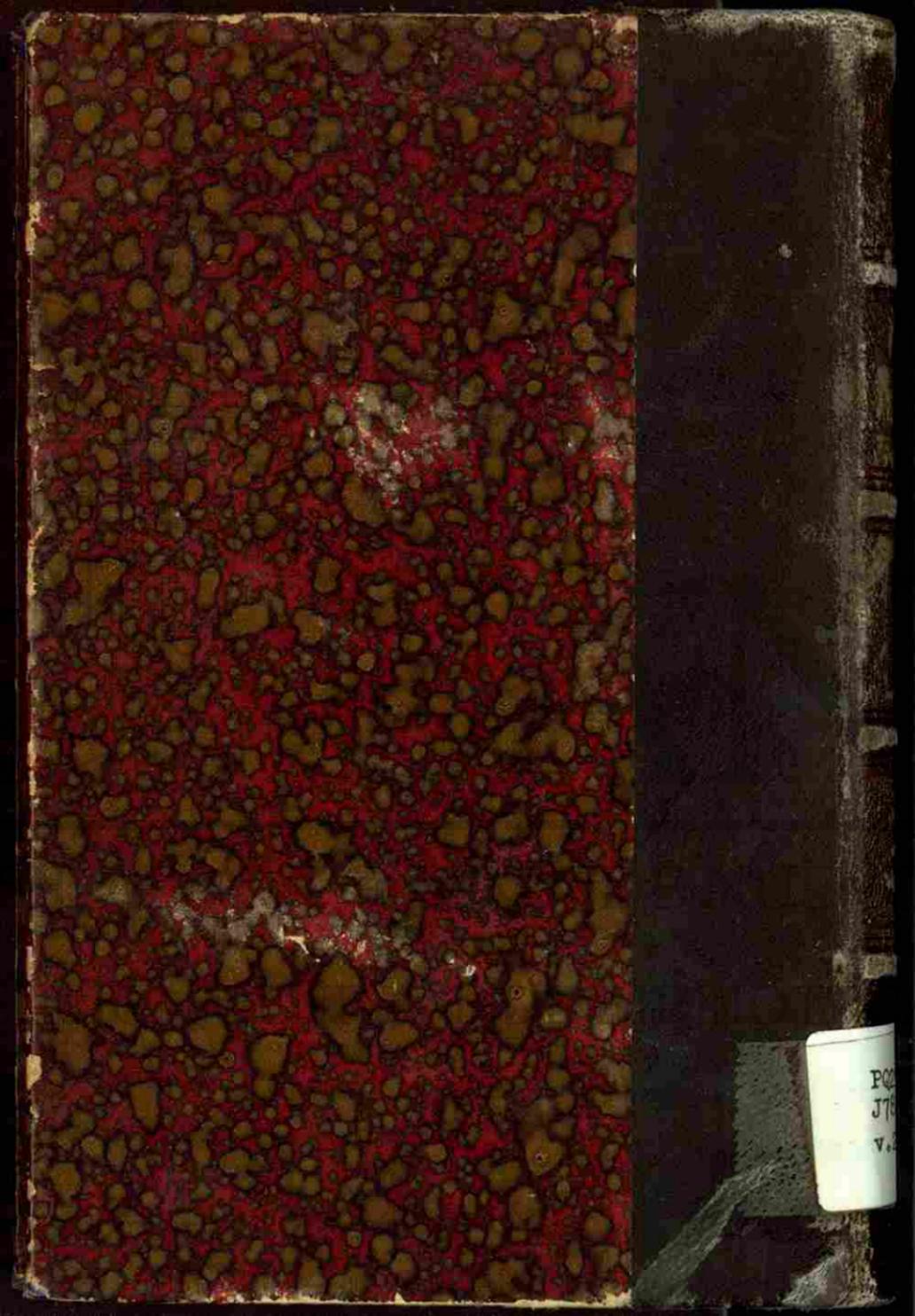


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1005 MONTERREY, MEXICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PC
J78
v.1